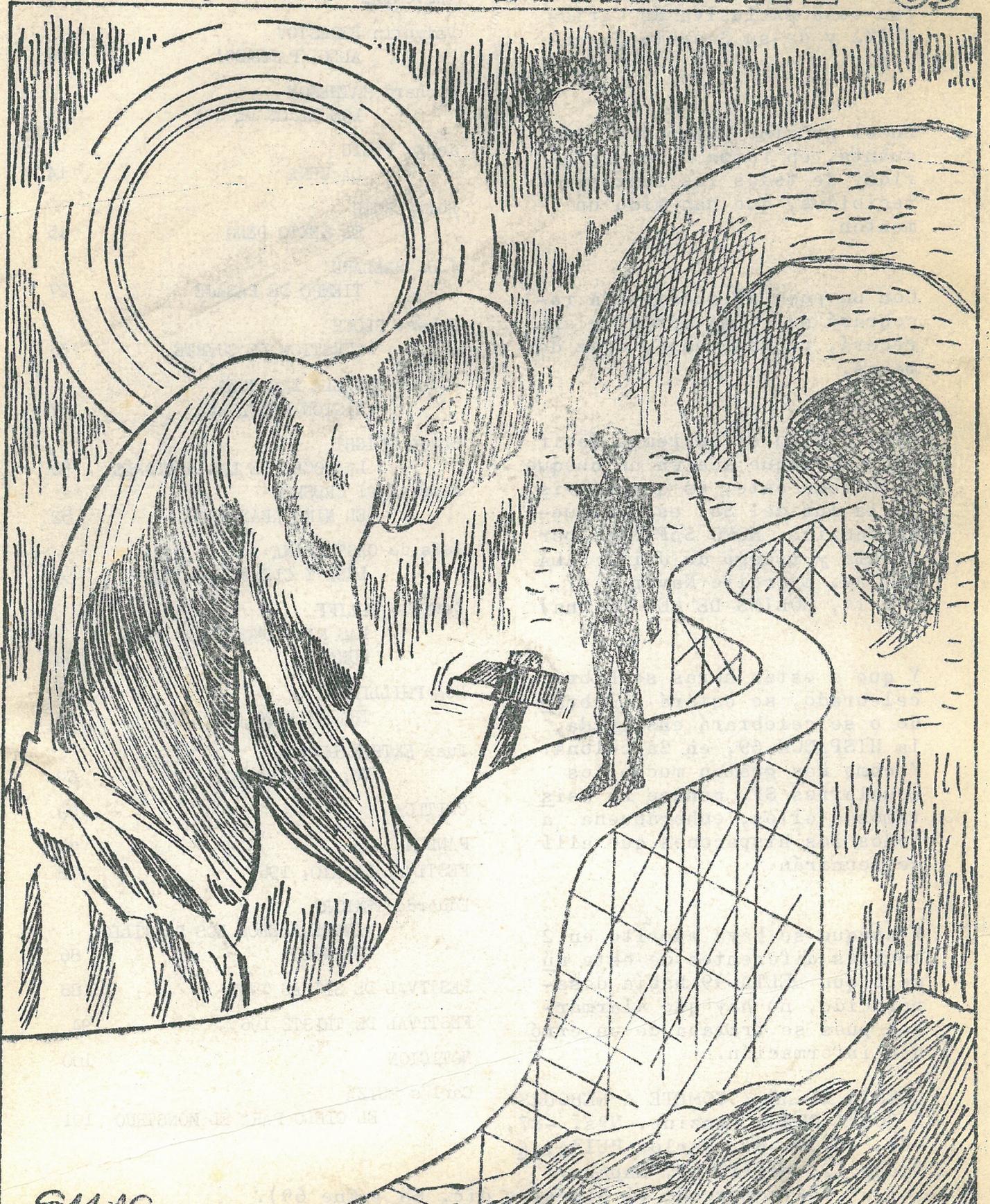


# CUENTA ATRAS

COMPTE A REBOVRS

COVNT-DOWN

FANZINE-85



5/1/85

La suscrip. anual a CUENTA ATRAS fue de 150 pts. la próxima renovación será 160 pts. A pesar de eso de unos trece meses de un año un déficit mínimo de 10.000 pts. (se aceptan obolos)

Este numerazo de CUENTA ATRAS fue cosa exclusiva de Carlos BUIZA y de su Secretaria-robot.

En el próximo daremos debida cuenta, en forma de comentarios, de todos los fanzines recibidos, que han sido un montón.

Con un poco de suerte, CA recobrará su ritmo normal y aparecerá, puntualmente, cada dos meses.

Pero lo que sí queremos decir ahora, aunque sea en un huequito como éste, es que ha visto la luz del Sol ese un nuevo fanzine, HOMO SAPIENS, por cuenta y riesgo de Jaime PALAÑA, Av. Ejército Navarra 47, 1º, 1ª, MOLINS DE REY (Barna)

Y que a estas horas se habrá celebrado, se estará celebrando o se celebrará enseguida, la HISPACON 69, en Barcelona. Y como nos gustan mucho los aquelarres SF, aunque no asistamos a ellos, enhorabuena a todos los hispacones que allí se reunirán.

Y aunque se haya escrito en 2 lugares diferentes de este número que DELTA 99 había desaparecido, no hay que alarmarse, pues se trataba de un errónea información.

CUENTA ATRAS / COMPTE A REBOURS / COUNT-DOWN, fanzine. N.ºs. -87, -86, -85 & -84. Carlos BUIZA, Atocha 12, Madrid 12, España.- (el n.º -84 comprende el bimestre dic. 68 - Ene 69).

## FANTASUMARIO

EDITORIAL	3
Valentin BERESTOV ALLO, PARNASO!	4
Richard MATHESON LOS HIJOS DE NOE	5
Jorge FELIU LA URNA	14
Holly ROTH EL SEXTO DEDO	15
J.G. BALLARD TIEMPO DE PASAJE	27
Robert BLOCH CUESTION DE SUERTE	36
Esther BRUALLA ZARAGOZA MISION FRACASADA	47
Damon KNIGHT LA NOCHE DE LAS MENTIRAS	50
José-Angel CRESPO EL NIÑO ABANDONADO	52
Luis de CASTRESANA LUNA Y CIENCIA FICCION	53
Oswaldo ELLIFF LAS MIL CONQUISTAS DE LA LUNA	54
Rog PHILLIPS TRATAMIENTO COMPLETO	59
Juan EXTREMADURA Yo, MURCIELAGO	69
CRITICA	70
FANDOM	72
FESTIVAL DE RIO, 1969	78
Eduardo TEXEIRA ADONDE FUERON LOS PLATILLOS VOLANTES	86
FESTIVAL DE SITGES 1969	88
FESTIVAL DE TRISTE 1969	94
NOTICION	100
Carlos BUIZA EL CIELO PARA EL MONSTRUO	101

# EDITORIAL

Y También estamos en la Luna, ya por segunda vez. Por eso también hay que estar alegres. Sentimos que WILLY LEY no pudiera asistir a este nuevo des censo desde la Tierra; pero lo verá desde alguna lejana estrella y se alegrará con nosotros. Y cabalgando sobre algún imposible alazán, en la inmensidad cósmica, también se hallará HAROLD PALMER PISER, que asimismo nos dejó. Su obra inacabada, que marchó con él, prometía ser monumental. Un directorio del fanzine con comentarios sobre todos ellos, es monumental. Desde donde esté nos seguirá viendo y tomando notas y también se alegrará cada vez que uno de ellos, como ahora que balbucea este -87 -84, vea la luz en esta pequeña y amarillenta estrella, Sol, que nos ilumina.

Ellos ya están mejor. Han pasado al otro estadio: cuando el cuerpo se llena de gusanos y el espíritu se sacia de estrellas.

Descansen ambos en la paz de las praderas siderales.

Aquí estamos de nuevo. Con un gran esfuerzo se han sacado atrasos, aunque aún falte un poco para estar al día. No nos gusta esta fórmula -ni la recomendamos- de incluir varios números en uno. En nuestro caso parecía la única solución viable, y por eso fue adoptada. Sea como sea, ya estamos aquí otra vez, que es lo que importa.

Durante este tiempo de silencio han ocurrido cosas, buenas y malas. En la p.º damos cuenta de alguna de estas últimas. También decimos que no es bueno ser extremistas y juzgar a la Historia (aunque sea tan pequeñita como la Historia SF) con precipitación. Y aunque no suele ocurrir, lo que parece malo es, a la larga, bueno.

De las cosas buenas se verán noticia en diversas pp. de este número: el fabuloso BANG! y la nueva editorial de Luis GASCA; nuevos fanzines y FANTASIA PARA TODOS (la primera colección auténticamente de SF, la de planteamiento más honrado... y la más pobre).

Y terminamos.

El Hombre, a estas alturas, tiene ya sus ojos puestos en las estrellas. La Tierra va siendo pequeña. Buscamos en nuestra fantasía nuevos horizontes para la Humanidad y otros, por nosotros, menos soñadores pero mucho más prácticos se encargarán de encontrarlos. Los encontrarán. Nuestros sucesores, dentro de mucho tiempo, tal vez releen estas torpes líneas y, como ahora lo están haciendo Willy y Harold, sonreirán, felices o divertidos, pero seguramente con un gran amor por este pequeño momento de este dudoso presente en el que os decimos estas cosas.

!A L L Ó,

P A R N A S O!

V a l e n t i n

B E R E S T O V

Como anunciamos en nuestro nº anterior (que es vuestro), he aquí el cuento de BERESTOV, tan infantil e inocentón como toda la producción made in-CCCP. Su autor nació en 1928, arqueólogo, diplomado en la Universidad de Moscú. En 1957 publicó su 1ª col. de poesías, RUMBO A LA MAR; en 1962, la 2ª, LA PALOMA SILVESTRE. También, reportajes, libros de versos para niños y la novela corta documental NO HABRÁ AVENTURAS (1962), especie de crónica de unos trabajos arqueológicos - etnográficos que se realizaron en Joresma.

Interesante el cuento, creemos, al menos para el bibliófilo SF. Aunque la SF soviética se ha traducido bastante a nuestro idioma, no así este autor, cuyo principal mérito es, a nuestro entender, el no escribir "ladrillos".

-!Alló, Parnaso, Parnaso! ¿Me oís bien? Paso a la escucha.

-Te oímos bien. ¿Qué órdenes nos das para la evacuación? Paso a la escucha.

-A la hora fijada. Dentro de tres horas todos deben de estar en el cosmódromo. ¿Me habéis entendido?

-Perfectamente. Informo de la situación. Las colecciones no caben. Doce compartimentos están cargados hasta los topes.

Prometeo propone repartir parte de los equipos entre los griegos y el sitio libre ocuparlo con las colecciones. ¿Qué opinas, jefe?

-!Parnaso! !Parnaso! Autorizo a poner las colecciones en el compartimento trece. !Volar los equipos! Que no quede la menor huella. Que Prometeo se encargue de eso. ¿Cómo me habéis entendido? Paso a la escucha.

-Te he entendido bien. Volaremos los equipos. Mercurio pide permiso para regalar su bicicleta a Hércules.

-Repito: en ese planeta no deben de quedar huellas de nuestro paso por él. !Mercurio es un idiota! ¿Acaso no comprende que Hércules quiere la bicicleta para fines políticos?

-Júpiter, te enfadas; ollo quiere decir que no tienes razón.

-¿Qué bromitas son esas? Paso a la escucha.

-Jefe, te habla Melpómene. Dilo a Apolo que mande un helicóptero para media hora. Me olvidé de filmar el teatro de Epidauro.

!Jefe, jefe! !Peligro! Se han apoderado de Himeneo. De nuevo se lo llevan para una boda.

-¿Eres tú, Marte? Tírales una andanada de cohetes para que se dispersen. Melpómene, nada de helicópteros. Haberlo pensado antes Apolo, ¿qué haces? Tienes diez auxiliares de laboratorio, y todo en desorden.

-Jefe, vuelve a hablar Marte. Sólo tengo cohetes rojos. Van a creer que se trata de la señal de guerra.

-Ya es hora de que sepas que las causas de las guerras son sociales. ¿Qué pinta aquí el color del cohete? !Haz lo que te he dicho!

-Papaíto, ¡oh, qué estatua estamos cargando! ¿Te acuerdas que posé para un escultor? Y, fíjate, en el templo no había nadie.

-Devolved inmediatamente la estatua al templo. Es una obra maestra del hombre y pertenece al género humano.

-Papaíto, ¿de dónde viene ahora ese respeto por los templos? !Si eres ateo!

-!Mejor que inventarse la diosa del amor, podían haber ideado la diosa del respeto! !Parnaso! !Parnaso! ¿Por dónde anda Himeneo? ¿Dónde está Prometeo?

-Himeneo está en el campamento, y Prometeo, en el polvorín, recibiendo explosivos. Para no asustar a los habitantes de aquí propongo arrojar los equipos sobrantes al cráter del Vesubio y volarlos allí. Así lo tomarán como una erupción corriente.

(pasa a 84)

LOS  
HIJOS  
DE  
NOE

Richard  
MATHESON

MINUTOS DESPUES de las tres de la madrugada, y al pasar ante un letrero en el que se anunciaba la proximidad de "Zachry -67 habitantes", mister Ketchum emitió un gruñido de fastidio. Otra localidad más de la interminable cadena de pueblecitos alineados en la costa de Maine. Cerró entonces los ojos fuertemente, para abrirlos enseguida y volver a pisar el acelerador, en tanto se decía que tal vez encontrase allí un motel, pues necesitaba descansar un rato. Pero no era probable que hubiera uno en Zachry, 67 habitantes.

Con un suspiro, el conductor del coche se desperezó y abrió la boca en prolongado bostezo, Insulsas, por demás, habían sido sus recientes vacaciones. Había pensado recorrer aquellas zonas de Nueva Inglaterra con objeto de disfrutar a la vez de las bellezas de la naturaleza y de su histórico y nostálgico ambiente; y en su lugar sólo había encontrado motivos de contrariedad, fatiga y precios elevados. No era extraño, por lo tanto, que se sintiese defraudado y molesto.

La pequeña población se hallaba entregada al descanso. El único rumor que la turbaba provenía del motor del coche de mister Ketchum; y el único espectáculo lo constituían los haces de los faros, que iban iluminando las modestas construcciones y que a poco incidieron en otro letrero con el siguiente aviso:

Velocidad máxima: 25 km. p. h.

-Pamplinas! -murmuró Ketchum-. Las tres de la madrugada... y aún esperan que un coche pase por este villorrio con la lentitud de un caracol. Adiós para siempre, Zachry... y tus sesenta y siete dormilones habitantes!

En esto, la figura de otro coche apareció en el retrovisor: un vehículo de oscura carrocería y de cuya capota partía el intermitente y rojo destello de un faro. Inquieto al reconocer aquellas inconfundibles señales, Ketchum dejó de apretar el acelerador y se preguntó si sería posible que los ocupantes del coche hubieran comprobado que él iba conduciendo a excesiva velocidad. En respuesta a sus pensamientos, el patrullero llegó a su lado. Un hombre que viajaba junto al conductor, y que se cubría con sombrero de anchas alas, se asomó a la ventanilla y le comunicó con sequedad:

-Alto! Deténgase!

Tragando saliva, Ketchum fue a parar pocos metros más adelante, mientras el coche de la policía oblicuaba hacia la derecha y se detenía ante él, junto al bordillo. Abrióse a continuación una puerta del patrullero, y los faros del coche de Ketchum iluminaron la silueta de un hombre que seguidamente se apeó del mismo. "Mala suerte -pensó-. Una condenada casualidad. A las tres de la madrugada, en un perdido rincón del país..., y he aquí que un estúpido agente de tráfico viene a fastidiarme por exceso de velocidad".

-Permiso de conducción -pidió el agente sin preámbulos.

Ketchum sacó su billetera, extrajo el pedido documento y se lo entregó con trémula mano al agente, el cual lo examinó detenidamente.

-¿De Nueva Jersey?

-Sí, sí. De Nueva Jersey.

Acto seguido el policía encendió su linterna y dirigió el haz sobre el rostro de Ketchum, quien parpadeó repetidas veces. Luego, apagada la linterna, el agente siguió preguntando:

-¿Es que en Nueva Jersey no se leen los letreros indicadores?

-Bueno... murmuró el interrogado---. ¿Se refiere usted al de los sesenta y siete habitantes?

-No! No me refiero a ése.

-Ah! Pues... es el único que he visto.

-Sí, ¿ch? En tal caso es usted un mal conductor.

-Oh! Sea como fuera, la verdad es que...

-Cállese! El letrero al que yo me refiero indica la máxima velocidad permitida: es de veinticinco kilómetros por hora, ¡Y usted iba a setenta y cinco!

-Pues... ya le he dicho que ni vi ese letrero. Si lo hubiera visto...

-Lo viera o no lo viera, la velocidad máxima es de veinticinco kilómetros por hora.

-Pero... ¿también a estas horas de la madrugada?

-También. ¿O es que ha visto usted alguna hora señalada en el letrero?

-Desde luego que no. Vuelvo a repetirlo que ni siquiera he visto el letrero.

-¿De veras?

El tono irónico de la pregunta produjo en Ketchum una sensación de inquietud y le incitó a replicar:

-Oiga usted, ¿se ha creído que...?

Pero se interrumpió, para encogerse de hombros y pedir, con humilde acento:

-¿Puede devolverme el permiso de conducción?

El agente no respondió enseguida, sino que siguió observándole con aire desconfiado. Luego ordenó:

-Ponga su coche en marcha y síganos.

Desconcertado, Ketchum no atinó a formular ninguna protesta. Al ver que el policía volvía a montar en el patrullero sin haberle devuelto su permiso de conducción, abrió el contacto y se preguntó, cada vez más confuso: "Pero bueno: ¿qué lío es este?" Seguidamente, el coche de la policía emprendió la marcha mientras el detenido le seguía sin dejar de pensar: "Es ridículo. No tiene derecho a proceder de esta forma. ¡Ni que estuviéramos en plena edad media!"

Dos calles más allá, el patrullero torció por una travesía y los faros del coche de Ketchum iluminaron el anuncio de una tienda: "Comestibles Hand". El resto de aquella calle se hallaba a oscuras, hasta el punto de que Ketchum tuvo la impresión de estar conduciendo en el interior de un largo túnel. Frente a él brillaban las tres luces rojas del patrullero: las dos de atrás y el proyector giratorio de la capota. A sus espaldas, densas tinieblas. "Bonito fin de vacaciones -pensó entonces-. Detenido en Zachry, Maine, por exceso de velocidad. ¿Por qué no me habré quedado en Newark? Allí podría haber ido a un cine, podría haber comido tranquilamente, contemplando la televisión..."

Otras vez dobló el patrullero por una esquina, para torcer nuevamente en la siguiente y detenerse enseguida. Fronó también Ketchum detrás del coche de la policía, en tanto se decía que aquello no era más que una especie de melodrama barato y que bien podrían haberle obligado a pagar la multa en la calle, evitando tanto enredo; pero por lo visto, se trataba de un caso de mentalidad aldeana. El infligir una humillación a un ciudadano debía de infundirles a aquellos guardias una grata situación de superioridad.

"No pienso regatear -pensó Ketchum-. Pagaré sin rechistar lo que me pidan y me marcharé cuanto antes..." Pero inmediatamente frunció en entrecejo, conturbado al recordar los comentarios que había oído acerca de los procedimientos utilizados por la policía de los pueblos. Según dichos rumores, los agentes de Zachry podrían imponerles una multa de quinientos dólares. ¡Un absurdo! ¡Una tremenda estupidez! Fastidiado por semejante posibilidad, corrió los ojos y profirió un gruñido, casi al tiempo que el agente del sombrero de anchas alas se acercaba a su ventanilla y le indicaba:

-Baje usted.

Ni una sola luz había en los alrededores; ni en la calle ni en las casas vecinas. Con ánimo de aligerar un poco su tensión, inquirió Ketchum:

-¿Qué es esto? ¿La comisaría quizá?

Pero el otro se limitó a ordenarle:

-Apague los faros y sígame.

Apretó entonces el detenido el botón de las luces de su coche y salió del mismo. Al cerrar el agente la portezuela, el ruido del portazo repercutió con ex-

traños ecos, como si de vez de hallarse en una calle oscura se encontraran en algún tinglado cerrado, impresión a la que contribuía el aspecto del firmamento, sin luna y sin estrellas, como si cielo y tierra se hubieran fundido en las mismas tinieblas.

De pronto, Ketchum notó en un brazo la presión de la mano del agente, el cual le obligó a apresurar el paso. Con débil voz, que no le pareció la suya, comentó, por decir algo:

-Está muy oscuro, ¿eh?

Nada respondió el policía, cuyo compañero avanzó rápidamente, poniéndose al otro lado del detenido. Éste se dijo que aquellos émulos de la Gestapo estaban intentando intimidarle, pero que no lograrían su propósito. Poco después, el que había efectuado la detención se detuvo ante una puerta y la empujó ante sí, para dejar a la vista un reducido cuarto, en el que había un escritorio sobre una tarima, un mueble archivador, una estufa apagada, un banco de madera adosado a una pared y un linóleo sucio y resquebrajado, que en sus buenos tiempos debía de haber sido verde. La estancia tenía otra puerta.

-Siéntese y espere -dijo el policía que parecía llevar la voz cantante.

Dirigióle Ketchum una ojeada, reparando en su rostro anguloso y en su atezada tez, así como en su oscuro uniforme, que le venía demasiado holgado; pero no pudo examinar al otro agente, pues éste y su compañero pasaron a la habitación contigua y cerraron la puerta tras sí. Por un instante, el detenido consideró la posibilidad de salir a la calle y huir en su coche; mas rechazó enseguida tal idea en vista de que los policías conocían su dirección, registrada en el permiso de conducir. Además... ¿y si estuvieran deseando eso precisamente? Nunca se sabe qué triquiñuelas pueden ocurrírsele a un policía de pueblo. Seguro de que serían capaces de disparar sobre él en caso de que intentara escaparse.

Sentado en el banco, Ketchum cruzó las pierzas y exaló un suspiro, dispuesto a esperar sin impacientarse. Enfocada con calma la situación, no tenía motivos de inquietud. Al fin y al cabo no podían imponerle otro correctivo que una ligera multa. Pero entonces..., ¿por qué no se la habían impuesto de una vez? ¿A qué se debería aquella comedia?

Al cabo de un rato, el detenido, que había cerrado los ojos, los abrió bruscamente y echó un vistazo por la estancia, cuyas paredes se hallaban totalmente desnudas a excepción de la que tenía frente a sí, y en la que había un reloj y un cuadro. Representaba este último la imagen de un hombre barbudo, cubierto con gorra de marino. Tal vez fuese algún viejo lobo de mar de Zachry; pero así y todo, ¿por qué estaría aquella pintura en un puesto de policía? Aunque el citado puesto pertenecía a una población marinera, no por ello dejaba de extrañarle menos la presencia de aquel cuadro.

Percibía Ketchum el rumor de las voces de los agentes, que hablaban en el cuarto vecino, pero no entendía lo que decían. Furioso por tanto retraso en resolver una sencilla cuestión, dirigió una airada mirada a la cerrada puerta y apartieron los dos policías, uno de los cuales salió enseguida a la calle, en tanto que el otro, el que había recogido su permiso de conducción, iba a sentarse tras el escritorio, poniéndose a escribir en un grueso libro de registro. Aclaró se entonces la voz el detenido, que preguntó:

-Escuche, ¿tengo que pagar ahora esa multa?

-Espere -repuso el interrogado sin dejar de escribir.

-Es que son más de las tres y... Muy bien. En todo caso, ¿será usted lo suficientemente amable como para indicarme cuánto va a durar esto?

Nada respondió esta vez el agente, que ni siquiera alzó la vista del libro. Ketchum pensó que aquello era intolerable y que sería la última vez que se aproximara a los límites de Nueva Inglaterra.

-¿Casado? -preguntóle el agente.

-¿Eh? No. No estoy... Está escrito en el permiso de conducción.

-¿Tiene familiares en Nueva Jersey?

-Sí. Bueno..., quiero decir que tengo un pariente; un sólo pariente; pero no en Nueva Jersey. Es una hermana que vive en Wiscon...

-¿Profesión?

-Pues... no tengo ninguna profesión especial porque...

-Sin profesión, entonces.

-!Espere! No es eso. Quiero decir que soy independiente, ¿entiende usted? Negocio con acciones y valores de...

Ante la gélida mirada del policía, el detenido perdió su aplomo y optó por callarse. Luego penso que, puesto que no le hacían caso, más le convendría descabezar un sueño. La habitación estaba en silencio, salvo el continuo tic-tac del reloj de pared. Ketchum dirigió otra ojeada al retrato del marino barbudo, que parecía mirarle con cara de burla.

-¿Qué?

Con un respingo, Ketchum se enderezó en su asiento y miró al hombre de curtido rostro que estaba observándolo.

-Soy Shipley- dijo el nuevo personaje de aquella extraña comedia-, el jefe de policía de Zachry. ¿Quiere venir a mi despacho?

Profiriendo una sorda exclamación, el detenido se puso en pie, dolorida la espalda por la incómoda postura en la que había estado dormitando. Al echar un vistazo al reloj de pared, vio que eran ya las cuatro y diez.

-Escuche -murmuró luego-: ¿por qué no cobran ya la multa y me dejan marchar? Pero Shipley meneó la cabeza e hizo un ademán, invitándole a pasar al cuarto contiguo. Una vez allí le dijo:

-Siéntose, mister Ketchum.

-De acuerdo, sí; me sentaré -accedió el detenido-. Pero haga el favor de explicarme por qué no puedo pagar la multa y marcharme de una vez.

-A su debido tiempo -respondióle el jefe de puesto, al par que tomaba asiento tras su escritorio-; a su debido tiempo.

A continuación, consultó un folio escrito con pluma y preguntó:

-De modo que no está usted casado, ¿oh? Ketchum no quiso contestar. Prefería pagar a aquellos paletos con su misma monda: la del mutismo descortés.

-¿Tiene amigos aquí, en el estado de Maine? -siguió interrogando el policía.

-¿Por qué me lo pregunta?

-!Oh! Por nada. Simple rutina. Y en cuanto a familia, ¿sólo tiene esa hermana en Wisconsin?

Tampoco respondió esta vez el interrogado, por lo que Shipley alzó un poco la cabeza e insistió:

-¿Nada más que esa hermana?

-Ya se lo he dicho antes. D mejor dicho: se lo dije al agente. Y no comprendo qué tiene que ver...

-¿Ha venido aquí por asustos de negocios?

-Oiga usted... ¿A qué vienen tantas preguntas?

-También se lo he dicho ya, mister Ketchum: cuestión de rutina. Tenemos que interrogar así a todos los detenidos. ¿Ha venido aquí por negocios?

-He venido porque... he pasado por aquí, porque estoy de vacaciones; !Y no entiendo todo este lío, ni adónde quiere usted ir a parar! He soportado con paciencia lo que ha ocurrido hasta ahora, pero no estoy dispuesto a tolerar más tonterías. De modo que dígame cuánto he de abonar por esa multa y permítame que me marche.

-Lo siento; pero no será posible.

-¿Eh? ¿Y por qué no?

-Tendrá que comparecer ante el juez.

-¿Ante el...? !Pero esto es ridículo!

-¿De veras?

-!Completamente ridículo! Soy un ciudadano de los Estados Unidos, y, por tanto, exigo que se respeten mis derechos.

-!Oh! Esos derechos los ha limitado usted mismo, al infringir nuestras leyes -hizo notar Shipley con burlona sonrisa-. Ahora tendrá que pagar el precio que le exigamos nosotros.

Preso de profundo aturdimiento, Ketchum comprendió que se hallaba en manos de aquellos desalmados policías, los cuales lo obligarían a pagar la cantidad que se les antojase, en concepto de multa; si es que no lo encerraban en alguna

cárcel por tiempo indefinido. Todas las preguntas que le habían formulado... ¿Por qué razón? ¿Qué finalidad tendría tan desusado interrogatorio? No podía imaginárselo. En cambio, sí sabía que sus respuestas le describían como a un hombre sin relaciones, cuyo paradero nadie se preocuparía de indagar y por quien nadie se interesaría...

-Tendrá que pasar la noche en una celda -advirtióle entonces el jefe del puesto-. Por la mañana comparederá ante el juez...

-!Esto es absurdo! -exclamó Ketchum exacerbado-. !Ridículo! !Tengo derecho a llamar por teléfono! !Quiero hablar inmediatamente con un abogado!

Shipley esbozó otra sonrisita.

-Esto sería posible si aquí en Zachry hubiera servicio telefónico; pero como no lo hay...

A la mañana siguiente, Ketchum se despertó al oír el rechinar de una llave en la cerradura de la reja. Un agente entró entonces en la celda, para dejar una bandeja cubierta sobre la mesilla y anunciar:

-El desayuno.

Dicho lo cual, salió del recinto y volvió a cerrar la reja.

-Espere -díjole el detenido-. ¿Cuándo he de ver al juez?

-No lo sé -respondió el interrogado, alejándose por el corredor.

Resignado con su destino, Ketchum se frotó los párpados y miró la hora que marcaba su reloj de pulsera: las nueve y diez. "Dios bendito -pensó entonces-. !Se van a acordar de ésta! Y en cuanto al comestramiento que me ha traído... !A la basura! No pienso probarlo."

No obstante su última decisión, poco tardó Ketchum en variar de parecer. Con gesto airado, levantó la tapa que cubría la bandeja y abrió los ojos con expresión de asombro. Había allí tres huevos fritos con mantequilla y rodeados por apetitosas lonchas de jamón; cuatro gruesas tostadas untadas con mantequilla; una tazita con mermelada; un enorme vaso lleno de espumoso jugo de naranja y un plato de rojas fresas a la crema. Por si fuera poco, de una jarrita surgía el inconfundible aroma del café recién preparado.

Olvidándose de su anterior disposición de ánimo, Ketchum se llevó a los labios el vaso de naranja y tomó un sorbo. Inmediatamente se sintió invadido por incontenible apetito. Resultaba imposible llevar a cabo su proyecto de huelga de hambre. !A la porra con los escrúpulos! Al fin y al cabo, bien podría tratarse de otra prueba de mentalidad pueblerina. Una forma de hacerse perdonar por los pasados fastidios.

En tanto saboreaba aquellos manjares, el detenido se dijo que los habitantes de Nueva Inglaterra debían de estar acostumbrados a la buena mesa; y no pudo por menos que comparar el festín del que estaba disfrutando, con su desayuno habitual, compuesto por un panecillo recalentado y una taza de café. Hacía mucho tiempo que no veía ante sí tan atractiva comida al levantarse de la cama; desde su niñez, cuando vivía con sus padres.

Un rato después, y mientras tomaba la tercera taza de café, oyó el rumor de unos pasos en el corredor. Seguidamente, el jefe de la policía se acercó a la reja y preguntó.

-¿Ha desayunado ya?

Respondióle el detenido con un gesto afirmativo. "Está fresco -pensó- si espere que le dé las gracias". Luego, dijo en tono indiferente:

-Me gustaría saber cuándo...

-El juez no ha llegado todavía -atajóle Shipley adivinando la pregunta.

-Entonces... ¿cuándo...?

-No lo sé.

Marchóse el policía dejando allí al decepcionado Ketchum más nervioso que antes de su llegada, y menos satisfecho por su completo y sabroso desayuno; y también más intrigado que nunca por lo relativo a su extraña detención.

A las dos de la tarde, Shipley y el agente que había llevado al preso el desay

yuno volvieron a aproximarse a la reja, que el segundo abrió con una enorme llave. Hizo el primero una seña al detenido, que recogió su abrigo y lo siguió al comedor. Allí inquirió:

-¿A dónde vamos?

-Es que el juez está enfermo -respondióle Shipley-. Lo llevaremos a su casa, para que pague allí su multa.

-Raro procedimiento; pero si ésa es la costumbre...

-Sí. Es la única forma de arreglar el asunto.

Advirtió entonces Ketchum que el jefe tenía la vista fija ante sí y que su semblante permanecía inespresivo, como una máscara. Pero no cedió importancia a tal actitud, animado como se sentía por la inminencia de su puesta en libertad. Dentro de pocos minutos pagaría su multa y se alejaría de aquellos andurriales.

Fuera del puesto de policía, el húmedo vientecillo que soplaba del Atlántico impulsaba sobre el pueblo una opesa niebla que semejava densa humareda. Apenas si se distinguían los objetos situados a tres o cuatro metros de distancia. Por eso, el detenido se inclinó hacia ambos lados; tratando de localizar su coche.

-No se preocupe -díjole entonces Shipley, que pareció haber adivinado lo que estaba pensando -. Le traeremos de vuelta aquí, cuando haya visto al juez.

A continuación, Ketchum y Shipley subieron al departamento posterior del coche patrullero, mientras el otro policía se instalaba tras el volante. Una vez en marcha, el detenido exhaló un suspiro y echó una ojeada a través de los cristales, mas sin ver otra cosa que las desiertas calles de la población, envueltas en la bruma del océano. Sentado junto a él, Shipley seguía con la mirada fija ante sí, en silencio, cual si estuviera abismado en quién sabría qué ondas reflexiones. Luego, al desembocar en la calle principal, se sorprendió al comprobar que todos los establecimientos se hallaban cerrados. Y además calles y más calles desiertas...

-¡Dónde está la gente! -inquirió, extrañado.

-Eb sus casas - contestóle el jefe.

-Pero si es miércoles... ¿Es que no habren aquí los comercios?

-Malos tiempos. No vale la pena abrir para no vender casi nada.

Una ojeada le bastó a Ketchum. Nada más que una hojeada al impasible rostro de su acompañante, para sufrir un estremecimiento, como si hubiera percibido un helado soplo. Como si acabase de intuir un horrendo peligro.

-Eh... -valvució entonces-. Sólo hay aquí sesenta y siete habitantes ¿no es cierto?.

Y al no recibir respuesta, siguió preguntando:

-¿Cuánto tiempo hace que existe este pueblo?

Al cabo de breve pausa, respondió Shipley:

-Ciento cincuenta años.

-Ya. Y... ¿A qué se debe el nombre... el nombre de Zachry?

-En memoria de Noé Zachry, fundador de la villa.

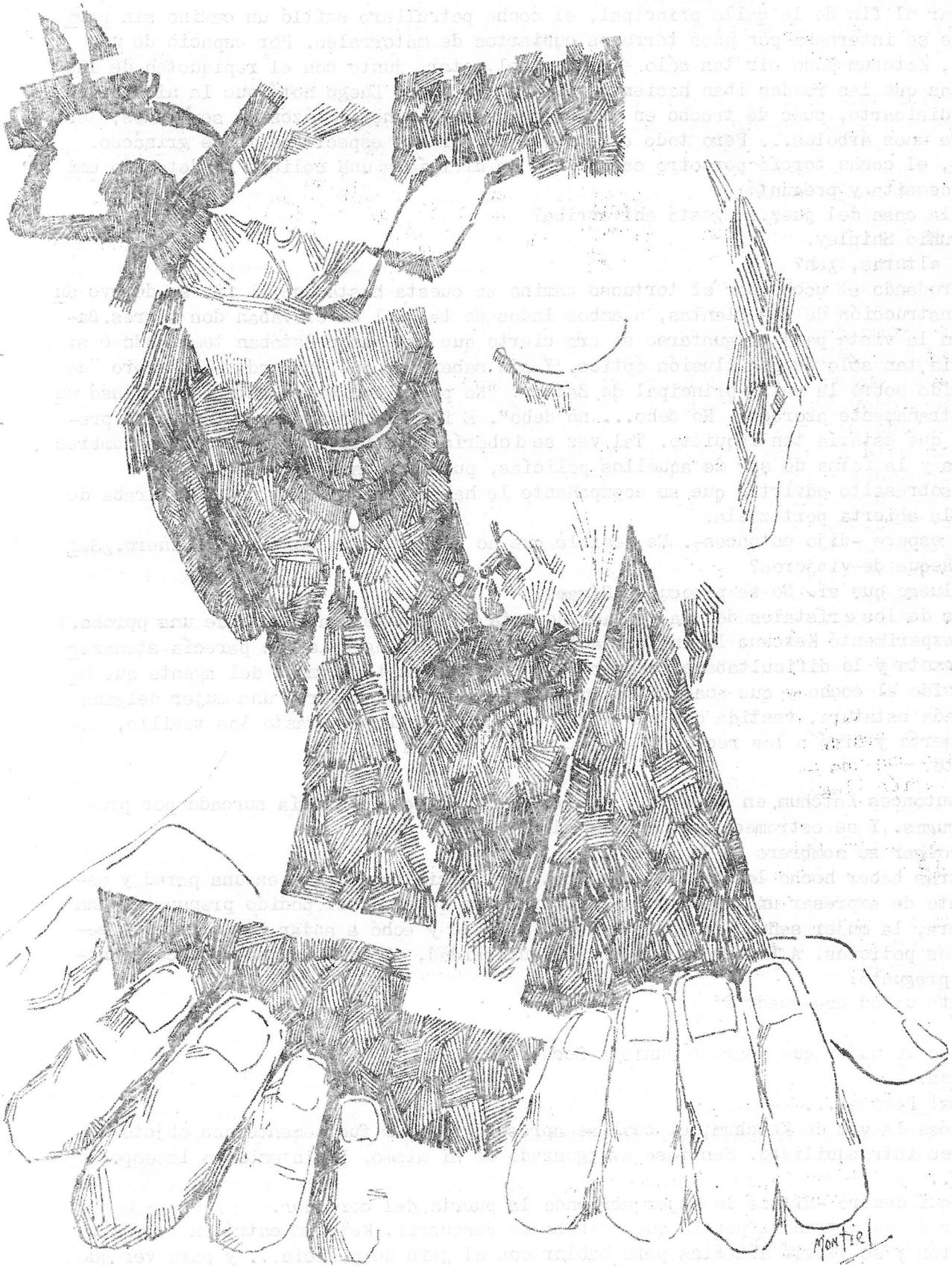
-Comprendido. Entonces... el cuadro que estaba en la oficina...

-Exactamente: el de Noé Zachry.

Hizo Ketchum un gesto de asentimiento. Así pues, Noé Zachry era el que había fundado aquel pueblecito que estaba atravesando, manzana tras manzana, calle tras calle... Y otra vez notó una sensación de intenso malestar, algo así como un siniestro presagio. ¿Cómo era posible que en una población tan extensa vivieran solamente sesenta y siete personas? Sin proponérselo había expresado en voz alta este último interrogante. Shipley se encogió de hombros, al tiempo de contestar:

-Es que la gente se marcha.

"Se marcha - repitió mentalmente el detenido-. No me extraña. Un lugar tan apartado debe ofrecer poco atractivo a las nuevas generaciones. La emigración de las masas campesinas a la ciudad que se verifica aquí con más razón que en muchos sitios. Como que yo mismo, sin ser de este pueblo, estoy deseando alejarme de aquí cuanto antes." Atraído entonces su atención un letrero de lona atravesado sobre la calle, y en el que se leía lo siguiente: "Esta tarde, asado." Y pensó que se trataría de alguna fiesta popular, de algún banquete que los habitantes del pueblo, debían de celebrar cada quince días, para recordar, quizá,



Montiel

tiempos mejores.

Minutos más tarde, y a fin de interrumpir el molesto silencio, tornó a formular otra pregunta:

-¿Quién era Zachry?

-Un capitán de marina -respondió el jefe de policía.

-¡Ah! ¿Y qué...?

-Cazaba ballenas en los mares del Sur.

Al llegar al fin de la calle principal, el coche patrullero enfiló un camino sin pavimentar que se internaba por unos terrenos cubiertos de matorrales. Por espacio de un buen rato, Ketchum pudo oír tan sólo el rumor del motor, junto con el repiqueteo de las piedrecitas que las ruedas iban haciendo saltar a su paso. Luego notó que la niebla empezaba a disociarse, pues de trecho en trecho se veían algunos retazos de sembrados, los troncos de unos árboles... Pero todo estaba velado por una especie de tinte grisáceo.

En esto, el coche torció por otro camino que se dirigía a una colina. El detenido emitió una tosesita y preguntó:

-Eh... la casa del juez... ¿está ahí arriba?

-Sí -gruñó Shipley.

-En las alturas, ¿eh?

Seguía rodando el coche por el tortuoso camino en cuesta hasta que al fin se detuvo ante una construcción de dos plantas, a ambos lados de la cual se elevaban dos torres. Bajó Ketchum la vista para preguntarse si era cierto que sus manos estaban temblando o si se trataría tan sólo de una ilusión óptica. Y sin saber por qué, recordó el letrero de lona tendido sobre la calle principal de Zachry. "No puedo entrar en esta casa -pensó entonces extrañamente azorado-. No debo... no debo". E inmediatamente reaccionó y se preguntó por qué estaría tan inquieto. Tal vez se debería al contraste entre sus costumbres ciudadanas y la forma de ser de aquellos policías, pueblerinos al fin y al cabo.

Con un sobresalto advirtió que su acompañante le había asido por un brazo y tiraba de él hacia la abierta portezuela.

-Eh..., espere -dijo entonces-. Es posible que no lleve encima suficiente dinero. ¿Servirá un cheque de viajeros?

-Desde luego que sí. No se preocupe. Sígame.

A través de los cristales de una ventana se veía la esquelética figura de una percha. Y de nuevo experimentó Ketchum la inexplicable sensación de angustia que parecía atenazarle la garganta y le dificultaba el respiro. En respuesta a la llamada del agente que había conducido el coche y que acababa de apretar el botón del timbre, una mujer delgada y de elevada estatura, vestida con una negra vata que le llegaba hasta los tobillos, abrió la puerta y miró a los recién llegados, antes de invitar:

-Adelante.

Reparó entonces Ketchum en la oscura ted de la citada, que aparecía surcada por profundas arrugas. Y se estremeció a su pesar al oír que le decía:

-Puede colgar su sombrero en la percha.

Luego, tras haber hecho lo que le indicaban, vio un cuadro colgado en una pared y estuvo a punto de expresar un comentario; pero antes de que hubiese podido pronunciar una sola palabra, la mujer señaló la entrada de un pasillo y echó a andar por el mismo, seguida de los policías. A fin de satisfacer su curiosidad, el detenido se acercó a Shipley y le preguntó:

-¿Ha visto usted ese cuadro?

-Sí.

-¿Quién es la mujer que aparece junto a Zachry?

-Su esposa.

-¡Caramba! Pero si...

Extinguióse la voz de Ketchum, el cual se apresuró a toser fuertemente con objeto de disimular su intranquilidad. Sentíase avergonzado de sí mismo. Y sin embargo la esposa de Zachry...

Espere aquí dentro -díjole la mujer abriendo la puerta del corredor.

Sin salir de su extrañeza por lo que acababa de descubrir, Ketchum entró en la indicada habitación y se volvió a medias para hablar con el jefe de policía... y para ver que

la puerta se cerraba detrás de él.

-¡Eh! -gritó entonces, al par que hacía girar la manivela del picaporte-. ¿Qué es esto?

Su voz resonó en el ámbito del cuarto, un espacio cuadrangular y desprovisto de muebles. Sin saber qué actitud habría de adoptar ante aquella nueva sorpresa, sacudió otra vez el picaporte y dijo:

-Está bien, está bien. Es una buena broma, de acuerdo; pero creo que he soportado ya...

Un sordo rumor le incitó a volverse; pero no vio nada de particular. La estancia seguía vacía, como al principio. Entonces, ¿qué significaba aquel ruido, que iba aumentando de intensidad, como el de una ola que se aproxima a la orilla?

-¡Eh! -tornó a gritar, golpeando la puerta con los puños-. ¡Esta broma dura demasiado-. ¿Por quién me han tomado ustedes?

Luego miró otra vez hacia atrás, antes de pasarse la mano por la frente, perlada de sudor.

-¡De acuerdo, de acuerdo! ¡Es una buena broma! Pero ahora...

Y entonces, quebrada su voz por un gemido, retiró prestamente la mano que había apoyado en la pared... ¡en una pared que estaba muy caliente!

"¡Dios mío -pensó despavorido-. ¿Qué ocurre aquí? Imposible. Imp... No puede ser. Debe de tratarse de otra broma. Muy pesada, sí; pero... Una mala jugada de los aldeanos al hombre de la ciudad".

-¡Oigan! -chilló-. ¡Está bien! ¡Es divertido! Pero ahora... ¡ahora déjenme salir de aquí o sufrirán las consecuencias!

El ambiente del cuarto se había vuelto mucho más cálido; casi tan cálido como...

De pronto, el aterrado Ketchum abrió los ojos desmesuradamente, al comprenderlo todo. Las preguntas que le habían dirigido los policías del pueblo; la sustanciosa comida que le habían servido en la celda; las desiertas calles; el atezado color de la piel de aquellos hombres, como la de los salvajes; la forma en que lo habían mirado... Y la esposa de Zachry, cuya imagen aparecía en aquel cuadro. ¡La esposa de Zachry, con unos dientes afilados en punta! Y sobre todo... ¡aquel anuncio!:

"Esta tarde, asado"

Con puños y pies, Ketchum golpeó la cerrada puerta una y otra vez. Luego arrojó contra la hoja el peso de su cuerpo, en tanto gritaba, loco de terror:

-¡Abran! ¡Déjenme salir! ¡DE-JEN-ME SA-LIR...!

Y lo peor de todo, era que no lograba convencerse de que aquello estuviera sucediéndole realmente a él.



E L  
S E X T O  
D E D O

H o l l y

R O T H

Había algo raro en aquella historia, algo que no encajaba. Abrí un poco el último cajón de mi escritorio y coloqué comodamente los pies sobre él. Tenía ante mis ojos las pruebas manchadas de tinta; pero no era el artículo en sí lo que no iba bien, pues había hecho un buen trabajo. El título ocupaba ocho columnas: "Qué ha sido de los niños prodigio?" Había un encuadre firmado por un famoso psiquiatra, y las fotos de Alphose Léonard que yo había tomado unos días antes. Él aparecía un poco enflaquecido, pero simpático. Un buen reportaje que haría efecto en la edición del domingo, y que devoraría encantado nuestro millón de lectores. Y, sin embargo, yo no estaba satisfecho... Había en él como un defecto.

La sala de redacción estaba casi vacía (era un sábado por la tarde), y esta calma insólita me ponía los nervios de punta. Las salas de redacción no son jamás muy ruidosas. Los techos son generalmente demasiado altos; pero, aunque cada uno se concentra (en su trabajo o en cualquier otra cosa), reina una especie de rumor sincopado (cuyo "tempo" cambia a cada instante), puntuado por el grito de un redactor que interpela a un colega, el ruido de chatarra de una máquina de escribir mal ajustada, cuyas teclas rebotan gimiendo, o la voz discordante de un reportero al teléfono... Uno aprende a aislarse de estos ruidos; pero faltando ellos, me costaba trabajo concentrarme.

Otro elemento perturbador: la insuficiencia de luz. Dios sabe que tengo costumbre de trabajar en las peores condiciones. Y, sin embargo, al examinar las pruebas a la luz de mi lámpara de despacho, me dejé dominar por mi irritación habitual. ¿Por qué estaba yo condenado a este lugar, en medio de la enorme sala, a seis metros por lo menos de las ventanas que se abrían por tres lados? Yo no era el último en haber entrado en el periódico; después de mí habían sido admitidos tres colegas. Pero cuando yo hablaba de cambiar de sitio, el patrono ponía siempre una cara de anonadado más desmoralizadora que una negativa brutal.

Releía mis pruebas, tratando de localizar la famosa nota falsa, cuando entró el patrón y se dirigió a su jaula acristalada.

El ruido de sus pasos repercutió en la sala casi desierta; pero vi enseguida que él fingía no haberme visto. Yo lo llamé:

-¡Eh, Bill!

Se detuvo y se volvió lentamente hacia mí. Pude contemplar una vez más su expresión de profundo anonadamiento.

-¿Qué le parece a usted el primer artículo de la serie de los niños prodigio? -le pregunté.

El anonadamiento se convirtió enseguida en irritación.

-¿Me he quejado? ¿Soy yo quien dirige la publicación o no?

-Pues claro, pero quería saber si le gustaba.

-¡Escúcheme! -gritó- ¡Usted se las arregla para obtener un máximo de de trabajo! ¡Cuando está ocupado fastidia a todo el mundo! ¿Y ahora quiere que encima le feliciten? -Toda la fila de débiles tabi

ques fue sacudida como por un temblor de tierra cuando el jefe cerró la puerta tras de sí.

Yo sólo tenía un pensamiento: llegaría un día en el que podría mandar a paseo a él y a su maldito diario. Acabaría por encontrar un trabajo bien pagado, un asunto provechoso, dinero...

Fue entonces cuando me vino la inspiración luminosa. Era lo que resultaba raro en la historia de Léonard. Demasiada opulencia. Tenía demasiado dinero. ¿De dónde venía todo ese dinero?

Me habían encargado el reportaje tres semanas antes. Una serie de artículos con el título general de "¿Qué ha sido de los niños prodigio?". Cada semana contaríamos la historia de un niño que hubiera pasado como un meteoro por el firmamento de las estrellas, para volver a la oscuridad, con un subtítulo más o menos así: "Del violín a la tienda de comestibles". Haríamos así, en términos pseudo-científicos, el relato de su gloria pasajera y de su derrota final.

Era una fórmula propia para aumentar la tirada. Los niños prodigio intrigan a las multitudes, pues tienen para ellas un triple atractivo: en primer lugar, el interés general que inspiran los niños; en segundo, los niños prodigio ejercen en la imaginación una especie de fascinación morbosa, como la curiosidad malsana que reúne a los papanatas en torno a un monstruo de feria; en tercer lugar inspiran unos celos inconfesados que no suscitan los fenómenos que se exhiben en la plaza pública: nadie siente el deseo de pesar doscientos cincuenta o trescientos kilos; pero cuando un niño de cinco años multiplica de memoria números de diez cifras, o dirige una orquesta, el hombre de la calle no puede evitar el envidiarlo. A estos tres factores de seducción, íbamos a añadir un cuarto, irresistible. Íbamos a satisfacer los instintos naturales de nuestros lectores mostrándoles que los prodigios, tras haber dejado de ser niños, llevaban una vida normal.

Ninguno estaba mejor designado para inaugurar la serie que Alphonse Léonard. Ningún otro prodigio había brillado de manera tan esplendorosa en un número tan extraordinario de disciplinas.

Me había documentado en nuestros archivos.

A los siete años, Alphonse Léonard había hecho su presentación como pianista en el Carnegie Hall. Los críticos no ahorrron elogios sobre su genio. A los ocho años obtuvo una beca para estudiar cálculo diferencial en el instituto de tecnología de Massachusetts. Cuando tenía diez años, pa-

MYNE MAGAZINE, la revista española de misterio y SF, Feb. 1969: Charles B. CHILD: NO ESCOJAS LA MUERTE; Noel CLARASCÓ: LLAMADA DE AUXILIO; M.L. ALONS YO MORÍ AYER; Emilio ALFARO: EL DESLIZ DE LA SEÑORA MARBERGER; Daniel NORIEGA: EL CASO DEL ASESINATO POR DUPLICADO; Juan-José PLANS: LA NOVELA POLICIACA: DESDE SUS ORIGINES HASTA NUESTROS DIAS. Capítulo I; Luis G. DE BLAIN: EL HOMBRE Y SU ENEMIGO.

NUEVA DIMENSION, 8.- José-Luis GARCÍ: UN AIRE ANTIGUO; Fco. GARCÍA PAVON: LOS ANDAMIOS; José-Luis ALVAREZ: UN MUNDO INSOLITO; Agel CRESPO: EL SEGURO DE MUERTE; Luis VIGIL: SUBE LA SAVIA; Jorge CAMPOS: EL OVNI; Félix ARES DE BLAS: ENAMORADO; Sebastián MARTINEZ: ENAMORADO; Pere SOLER: TIEMPOS IDENTICOS; Alfredo CARDONA: RECREO SOBRE LA SF; María GUERA & Arturo MENGOTTI: EL HOMBRE DE ORO; Pedro-Juan EDMUNDS: LOS BOLICOTES Elvio E. GANDOLFO: IRA QUEDÓ EN BATAM; Angel ARANGO: EL EJE DEL DÍABLO; Hugo CORREA: EL VERANEANTE; Agustín CORTES: CUANDO NO SE PIENSA; Manuel Cobo: FAUSTO VEGETAL; M. BLANCO BELMONTE: EL OCASO DE LA HUMANIDAD; Angel RODRIGUEZ MENTON: SOLO; Luis-Eduardo AUTE: P. A.P.; Carlos-M<sup>a</sup> FEDERICI: COMPLEJO DE CULTURA.

só inadvertido durante dos meses, y sólo por la mayor de las casualidades su retorno a la escena pública fue notado al mismo tiempo que la publicación de su célebre "Historia Universal", c- 17 sa obra magistral que ha sido durante diez años el texto básico de tantas universidades y colegios.

Los recortes de prensa que se refería a Alphonse continuaron hasta 1941, época en la que él llegó a los catorce años. A su "Historia Universal" siguió su "Análisis definitivo de la Política de los Estados Unidos" y otra media docena de obras más o menos importantes, todas realizadas con mano magistral, a excepción de una sola. Esta excepción única era la escultura. Alphonse era un escultor aficionado. Si se hubiera tratado de cualquier otra persona, se habría podido hallar cierto talento en su obra. Mas para un individuo tan dotado, sus disposiciones en este terreno eran vulgares.

Tras la publicación de "Realizaciones humanas", a la edad de catorce años, su producción cesó, y los diarios dejaron también de ocuparse de él.

Alphonse, pues, era el hombre adecuado para empezar la serie de artículos. A pesar de mis cualidades de fino sabueso, necesité una semana para encontrarlo. Por lo visto, él no había hecho nada para desaparecer en el anonimato; se había deslizado, simplemente, por la pendiente de la mediocridad, categoría que engloba a la inmensa mayoría de los humanos, lo que hace las búsquedas más arduas. Ahora se hacía llamar Alf, que la gente traducía automáticamente por Alfredo.

Cuando por fin lo descubrí (o al menos cuando hallé la dirección de un tal Alphonse Léonard que podía ser mi hombre), no estaba nunca en su domicilio. ¿Iba a pasarme la vida interrogando al taciturno portero y contemplando las ventanas del cuarto piso del edificio de piedras color marrón del 472 de la calle Setenta y Tres Oeste?

Pero cuando toqué el timbre del apartamento 4 A, a las ocho de la mañana, el cuarto día de mi vigilancia, la puerta se abrió.

Un hombre estaba de pie en el umbral. Era joven, de menos de treinta años, y muy alto. Algo en su aspecto (rasgos duros pero regulares, y una cierta timidez en el porte) me hizo pensar que hubiera agradado a mi patrono.

-¿Alphonse Léonard?

Un segundo de azoramiento. Un esbozo de sonrisa. Luego, la sonrisa se borró y los ojos parecieron agrandarse ligeramente. Tuve la impresión de que mis treinta y siete años habían sido correctamente evaluados y que el agujero que deshonoraba mi calcetín izquierdo a la altura de mi dedo gordo, aunque invisible, había sido intuído como parte integrante de mi personalidad. Pero como ya he dicho, ese momento no duró más que un segundo. Hubo como un "clic" en sus párpados, y sus ojos recuperaron la apertura normal mientras su sonrisa reaparecía.

-Son muy pocas las personas que me llaman así -dijo-; pero ese es mi nombre.

Abrió la puerta de par en par.

-Entre.

Era un bonito apartamento: muy bien amueblado, con muchos libros y cuadros y algunas esculturas interesantes. ¡Qué diferencia con el tugurio en donde yo vivía...! Me habría cambiado de buena gana por él, lo aseguro.

Léonard me condujo a un pequeño comedor, me puso una taza de café en la mano, y mientras que él se afanaba ante una sartén, me dijo:

-Ignoraba que los periodistas se levantasen tan temprano.

Era listo el hombre.

-No le he dicho que sea periodista -contesté.

Una pausa, durante la cual Léonard me sirvió un plato con huevos y jamón frito y se sentó ante su propio desayuno.

-Nadie que no sea periodista me hubiera llamado Alphonse.

-¿Es usted el hombre que busco?

18 -Está usted ante los restos normales y sanos de lo que antes fue un odioso niño prodigio. ¿Es eso lo que busca?

Parecía que mi serie de artículos había comenzado bien. Prácticamente, él ya me había encontrado un subtítulo.

-Escúcheme -dijo-, creo conocer a los periodistas; nada los detiene si no es la mención "ultra-secreto". Y no siempre. Le diré, pues, todo lo que quiere saber..., aunque no llego a comprender qué es lo que le interesa de mí. Sin embargo, existe un pero -me miró con ojos ardientes y persuasivos-. Le pregunté de qué se trata. Si piensa publicar un artículo sobre mí, no mencione mi dirección ni que me llaman Alf; ambas cosas tienen para mí casi el valor de una segunda identidad. Cuando yo era chiquillo los periodistas me parecían normales y agradables, y me dieron la impresión de que era un fenómeno de circo. ¿Le hubiera gustado a usted que lo hubieran considerado como un anormal cada vez que jugara al base ball?

Esta pregunta me pareció una broma, sin duda porque había pasado la mayor parte de mi infancia jugando al base ball en la calle; pero como una promesa no cuesta cara, le dije:

-De acuerdo. Además, no tengo necesidad de saber muchas cosas. Simplemente su modo de vida y sus opiniones sobre diferentes temas -le expuse la fórmula de los proyectados artículos.

Alf Léonard retiró mi segunda taza de café, y la suya, y me precedió hasta la sala de estar, repleta de libros. El aposento tenía ventanas a tres lados, y el sol había entibiado la atmósfera. Me senté en un cómodo sillón mientras él me alargaba un cigarrillo.

-Mi infancia tuvo para mí la mayor importancia -me dijo-. Siempre pensé que lo que me diferenciaba de los otros era una superabundancia de energía. Si se posee la suficiente energía se puede aprender o hacer lo que sea.

No le hice mucho caso. Puede que sus palabras no fueran más que una manifestación de modestia. Quizá era sincero. Parecía creer lo que decía; pero, fuera lo que fuera, su opinión sobre el origen del genio no encajaba en mi tema.

-Ya desde aquella época he tenido la impresión de que si mis aptitudes hubieran estado limitadas a un campo de acción único, la gente se habría ocupado mucho menos de mí. Yo hubiera dado todo lo del mundo con tal de que me dejaran tranquilo -transcurrieron unos instantes durante los que se apiadó instropectivamente de sí mismo (porque había conocido los honores de la primera página en los periódicos), y luego prosiguió-: ahora ya no tiene importancia. He superado esa etapa. Ahora tengo veintiocho años. Desde los veintidós me gano la vida gracias a la escultura. No soy un gran escultor, pero este trabajo me gusta y me permite desenvolverme. Allá dentro -hizo un gesto con la mano, por encima del hombro, indicando una estancia abovedada que había detrás de él- esculpo los originales de las "novedades" como se las llama en el oficio. Los vendo a las fábricas de porcelanas y cerámicas, las cuales los reproducen en serie. Me gano entre setenta y ciento diez dólares por semana, y eso me basta. No estoy casado y, si lo recuerda, no tengo familia.

Hice un gesto de asentimiento. Torciendo el cuello pude echar un vistazo al pequeño estudio, adyacente a la sala de estar. Vi estatuillas, herramientas de escultor y algunos pedestales de madera. De todas las facetas de su genio, la única que había madurado era precisamente la más modesta. Como ocurre con tantos otros aficionados con talento, se había convertido en un profesional mediocre.

La pequeña pantera negra que se hallaba sobre la mesa, cerca de mí, me interesó en cuanto entré en la habitación. Estaba tallada en ébano, supongo; una pequeña maravilla de flexibilidad y de gracia felinas, de tal belleza de líneas, que atraía sin cesar mis miradas desde el comienzo de sus orejas en alerta hasta la curva amenazadora de su cola.

Se la señalé con un gesto del índice.

-¿Es de usted? -le pregunté.

Léonard se echó a reír de una forma que me pareció totalmente espontánea.

-¡Dios mío, no! Es un original de Ericcson. Si yo fuera capaz de hacer una pequeña obra maestra como ésa, no sería en necesitado que soy.

Hice a Léonar algunas preguntas más: entre otras, si sus libros le procuraban derechos de autor. Él me hizo observar que no eran del género de los que tienen un gran éxito de ventas, y que los pocos dólares que le habían reportado, lo había gastado ya hacía tiempo. Puesto ya a preguntar, inquirí si había recibido alguna herencia.

-No, no -contestó-. Vivo de mi trabajo. ¿Quiere usted verlo?

Penetramos en su taller y yo examiné los trabajos en curso. No estaban mal: pequeñas figuritas y animales en yeso; pero tenía razón: no había nada que pudiera compararse con la pieza de Ericcson, la panta de la sala de estar.

Y he aquí que escribí mi artículo y pasé a la vicima siguiente. Hubiera debido olvidar a Léonard, pero su situación me intrigaba, y tres semanas más tarde se me ocurrió una idea "genial". Él pretendía ganar entre setenta y ciento diez dólares por semana, lo que parecía bastante verosímil. No tenía ninguna otra fuente de ingresos ni había recibido ninguna herencia. A fe mía, yo, que ganaba noventa dólares semanales, tenía que estar pidiendo siempre dinero prestado y vivía en un apartamento de dos habitaciones en vez de en uno de cinco. Mis muebles no podían compararse con los de Léonard; mi barrio era muy inferior, y yo no me vestía con los trajes de lana de importación que él llevaba a diario.

FANZINES  
CELTIBERICOS:

AD INFINITUM; Angel RODRIGUEZ MENTON, Navas de Tolo  
sa 238 3º, 3ª, BARCELONA 13

BANG! (comic); Antonio MARTIN MARTINEZ, José Caballe  
ro Palacios 24 (Tetuán), MADRID.

CUTO (Comic); Luis GASCA, Juan de Clazébal 15 6º,  
SAN SEBASTIAN

SOL III; Luis VIGIL, José Anselmo Clavé 4 2º 2ª BAR  
CELONA 2

CUENTA ATRAS; Carlos BUIZA, Gob. Militar, Sec. 4ª,  
BADAJOZ



Groff CONKLIN: EN CRUCIJADAS DEL ESPACIO (CROSSROADS IN TIME II):  
 J.T. M'INTOSH: MADE IN USA; Chad OLIVER: CONSEJERO TECNICO; Katherine MACLEAN: REALIMENTACION; P. SCHUYLER MILLER: LA CAVERNA; George O. SMITH: VOCACION; A. MACFADYEN, jr: LA MAQUINA DEL TIEMPO; Jerome BIXBY: ZEN; H.B. FRYE: QUE LA LUZ SE HAGA; W. NORBERT: EL CEREBRO.

Groff CONKLIN: EN CRUCIJADAS DEL TIEMPO (Crossroads in Time I):  
 Hal CLEMENT: PRENSION INJUSTIFICADA; Joseph H. KELLEAM: REUNION DE AGUILAS; Murray LEINSTER: EL ASTROLOGO DE LA REINA; Theodore SEURGEON: TAXIDERMIA LOCA; Clifford D. SIMAK: CORTESIA; Lee CAHN: SECRETO; Margaret St. CLAIR: DIOS SE DIENTO; Fritz LEIBER: LA MUTACION DEL HERMANO; F.L. WALLACE: BRIGADA DE ESTUDIO.

Miguel MASRIERA: SIEMPRE (Teatro).

Ben BOVA: LOS FABRICANTES DEL TIEMPO (THE WEATHERMAKERS).

Yo tampoco poseía originales de Ericcson.

El dinero le provenía de cualquier otra fuente. Pero ¿de cuál? ¿Le caía del cielo? No lo creía, y se me había ocurrido una idea. Llamé a Alf por teléfono. Casualmente estaba en casa. Cuando él preguntó: "¿Diga?" yo colgué inmediatamente y eché a correr hacia su calle. Me colé en el portal de la casa fronterera a la suya y esperé.

Fue una tarde que se me hizo muy larga. Allí no había nada para sentarse, y al cabo de dos horas sentía debilidad en las piernas. Finalmente, al anochecer, Léonard salió de su casa con una cartera en la mano. Con sus largas piernas pronto estuvo en la esquina de la calle, donde tomó un taxi.

No tuve ninguna dificultad en tomar otro inmediatamente detrás de él.

Cruzamos la ciudad y, veinte minutos más tarde, Léonard se apeó de su taxi y penetró en una casa de aspecto señorial. Ordené a mi taxista que siguiera, me apeé en la primera travesía y penetré en una farmacia desde la que llamé al periódico por teléfono. Di la dirección de la casa y pedí que me dijeran el nombre de quién vivía allí. Diez minutos después me llamaron por teléfono desde el periódico. La casa pertenecía al profesor A.J. Rimson.

Salí lentamente de la farmacia y tomé el autobús con intención de volver a mi casa. Pero no podía estarme quieto. A poca distancia de allá, descendí del vehículo y seguí mi camino a pie.

A primera vista parecía bastante lógico que Alphonse Léonard visitara a A.J. Rimson. A primera vista, luego comencé a hacerme preguntas. Rimson era un matemático genial al que consultaban las más importantes firmas de la industria mecánica, diciéndose que le pagaban honorarios astronómicos cuando se trataba de la puesta a punto de aparatos experimentales. Sus conocimientos generales y su ingeniosidad hacían de él un colaborador sin igual. Las relaciones entre Rimson y Léonard parecían lógicas en principio. ¿No era Léonard también un matemático genial? Era cierto: ¿no había dicho él: "He superado esa etapa"? ¿Qué había superado? ¿La ciencia, la capacidad de aplicarla, el interés o la energía? Me sentía muy intrigado. No sabría decir si estaba fascinado por la explicación de lo que se había producido en un cerebro como el de Léonard, si se trataba de mi instinto de periodista, o del deseo de saber la verdad. Pero el hecho es que estaba fascinado.

A la mañana siguiente, a las diez y media, llamé a la puerta de la casa del doctor Rimson. Una mujer de edad madura, con aire maternal, abrió la puerta. Le pregunté si estaba el profesor en casa.

-Sí, ¿lo ha citado?

-No; pero tengo una carta de presentación.

-En ese caso me temo...

-Vengo de San Francisco. Algunos de sus amigos de Berkeley... de la universidad... -enarqué las cejas con gesto interrogativo, y ella asintió con la cabeza-, me han pedido que venga a verle.

-Pero yo no puedo...

No la dejé que hablara.

-He traído la carta -empecé a registrar mis bolsillos sin convicción.

-Muy bien. Déjeme la carta, y el profesor le dará una cita por teléfono.

Renuncié a encontrar la carta.

-Es que sólo voy a estar aquí doce horas. Si quiere preguntarle...

-Es imposible.

-Creo que este caso, cuando él se entere, se enfadará.

-Usted no comprende -ella parecía disgustada-. Yo no puedo ir en busca del profesor.

-Pero, ¿no me ha dicho que está en casa?

Ella lanzó un suspiro.

-Es tan difícil de... Si el profesor hubiera esperado su visita, habría bajado y le habría hecho pasar, o me habría dejado recado. Pero yo no tengo ningún medio de ponerme en contacto con él.

Me la quedé mirando estupefacto.

-Pero él vive aquí, ¿verdad?

-Sí; yo soy la señora Schwartz, su ama de llaves -yo asentí con la cabeza. Me había puesto de mal humor y no tenía ganas de ceremonias-. Cuando el profesor cierra esta puerta -indicó con un movimiento de cabeza una puerta de aspecto inofensivo que estaba a la izquierda- no puedo reunirme con él. Casi siempre está ausente, ¿sabe?, y entonces deja la puerta abierta. Pero a veces me la encuentro cerrada sin haber sido advertida de su regreso. No es que sea raro -añadió ella, a la defensiva-. Es un hombre muy amable y bueno. No tiene nada de hermitaño. A veces entrega sus llaves a sus amigos. Pero yo no puedo -se excusó debilmente-. Esta es su casa..

-Y cuando tiene que comer, ¿qué hace?

-Baja, abre la puerta. Claro, que no está siempre cerrada. Lo siento mucho.

-Bueno, hasta la vista.

Ella seguía murmurando tontas excusas cuando yo salía por la puerta.

Fui a la farmacia, pedí una taza de café y me quedé sentado contemplando la bonita mansión a través del escaparate. Me acordaba de la fotografía de Rimson que había hallado en los archivos aquella misma mañana, mientras inventaba un pretexto para ir a visitarlo. Rimson se hallaba en la última fila de un grupo de sabios que habían posado al final de una cena. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de rostro agradable y un bigote a lo Van Dyck. Pero acababa de enterarme de que era un excéntrico. ¿Y qué? Los sabios lo son, generalmente. Y a creer a las autoridades en la materia, un poco chiflados también. ¿Tendría algo que ver la excentricidad de Rimson con...?

En este momento apareció otro genio en el umbral de la puerta que yo vigilaba. Alphonse Léonard, elegantemente vestido con un traje de lana, nada excéntrico, con aire fatigado, guapo y normal. Se dirigió a grandes pasos hacia la farmacia, pasó ante el escaparate y dio la vuelta en la primera esquina.

Aún no eran las once. Léonard había debido ver al profesor de nuevo esta mañana. Pero yo me inclinaba a creer que los dos caballeros habían pasado juntos las últimas dieciséis horas y que no habían estado jugando a los naipes. Habían estado trabajando... y ganando mucho dinero.

Me marché apresuradamente de la farmacia y corrí en seguimiento de Léonard, a quien todavía podía ver a un centenar de metros. Siguió andando recto, sin apresurarse; luego giró hacia el este y penetró en otra casa. Era una villa muy bonita, recién pintada. La rodeaba una verja de hierro forjado terminada en bolas de cobre brillante. Sobre una pequeña placa, también de cobre, se leía:

---

JAMES P. GLASSER

---

Pasé el resto de la semana terminando dos artículos para adelantar el trabajo. Los tres últimos días de la semana llamé a Léonard cada dos horas. No obtuve contestación. Comprendí que debía estar de "visita".

El nombre de Glasser me había confirmado en mis sospechas. Era Glasser quien había escrito la ópera popular "Mañana será el regreso". La expresión "ópera popular" está formada por dos palabras que se contradicen, lo mismo ocurría con Glasser. Era el fenómeno de Broadway. Este joven escribía buena música, que gustaba a las multitudes igual que "Navidades Blancas", de Bing Crosby. No había compuesto más que tres obras: dos óperas y una opereta, pero éstas habían sido tres triunfos que le habían hecho ganar una fortuna y además una fama comparable a la de Beethoven.

Yo no entiendo mucho de música; pero sé perfectamente que él había amasado mucho dinero.

22 Léonard acabó por responder al teléfono, y yo repetí la maniobra: colgué sin decir nada y me apresuré a ir a la calle Setenta y Tres.

Esta vez no me hizo esperar. Salía en el momento preciso en el que mi taxi se acercaba a su puerta. Él llamó también a un taxi y ambos partimos, uno siguiendo al otro.

Fuimos a la parte baja de la ciudad, a la parte oeste de Greenwich Village. Mi entras nos abríamos paso a través de calles estrechas y atestadas, vi a Léonard dando instrucciones al chófer. Yo pensaba que él había hecho más de un viaje por aquel barrio; que se dirigía hacia la casa de un buen amigo, de un asociado.

Su taxi acabó por detenerse ante un gran edificio deteriorado. Yo volví sobre mis pasos y penetré a mi vez en la casa. El ascensor ya bajaba. Cuando al fin se detuvo, me dirigí al muchacho ascensorista.

-Ese señor moreno que acaba de subir, ¿puede decirme adónde ha ido?

El chico me miró con cara de palo. Me costó dos dólares. En cuanto tuvo la memoria refrescada gracias a esta propina, me confió que el hombre que acababa de subir había ido al despacho de Jules Williamson.

. . .

Al volver a la oficina me inquieté por mis gastos de desplazamiento. Tenía que recuperar los gastos suplementarios que me ocasionaba Léonard.

Creo que fueron estas notas de gastos y las sangrías que Léonard hacía en mi presupuesto, las que cristalizaron la idea que maduraba lentamente en mi cabeza. Una idea muy ingeniosa, pero que podría resultar peligrosa.

Añadí el nombre de Jules Williamson a la pequeña lista que se alargaba en mi cuaderno de notas bajo el título de Alphonse Léonard. Conocía suficientemente a Williamson para no tener necesidad de consultar los archivos. El gran público no sabía nada de él; pero los periodistas estábamos al corriente de algunas cosillas. Supongo que no había otra manera de llamarlo como no fuera negro de escritor, y aún eso era demasiado benigno. Su producción se destinaba, en general, a los políticos. Escribía discursos que hacían temblar al mundo cuando eran pronunciados por la voz tronante de ministros y candidatos a presidente. Y no se limitaba sólo a los discursos. Corría el rumor de que dos libros de éxito eran de bidos a su pluma fantasma.

La lista se componía ahora del profesor A.J. Rimson, de James A. Glasser y de Jules Williamson. Este trío representaba mucho dinero. Justamente lo que a mí me faltaba. Parecía una relación de causas a efectos. Abierto y cerrado. Léonard me serviría de billete de entrada. Él poseía aún energías, como él decía. Debía de estar a punto de estallar, incapaz de dominar su impetuosidad, de atesorar sus conocimientos, de refrenar la actividad de su cerebro. Pero había sido herido por los inconvenientes del genio y había hallado una tortuosa vía de escape. Era sin duda verdad que ganaba cien dólares a la semana con su escultura y que le gustaba ese trabajo. Pero debía efectuar la producción semanal de un hombre normal mal en dos horas, como si fuera un juez; y empleaba el resto de su tiempo en consultas serias sobre música, matemáticas y política.

Cuanto más pensaba en ello más favorables me parecían perspectivas. Era como si el dinero se hallara ya en el banco; pero este asunto iba a tomar un giro que yo no había previsto.

A la noche siguiente, en que hacía un tiempo de perros, decidí jugarme el todo por el todo.

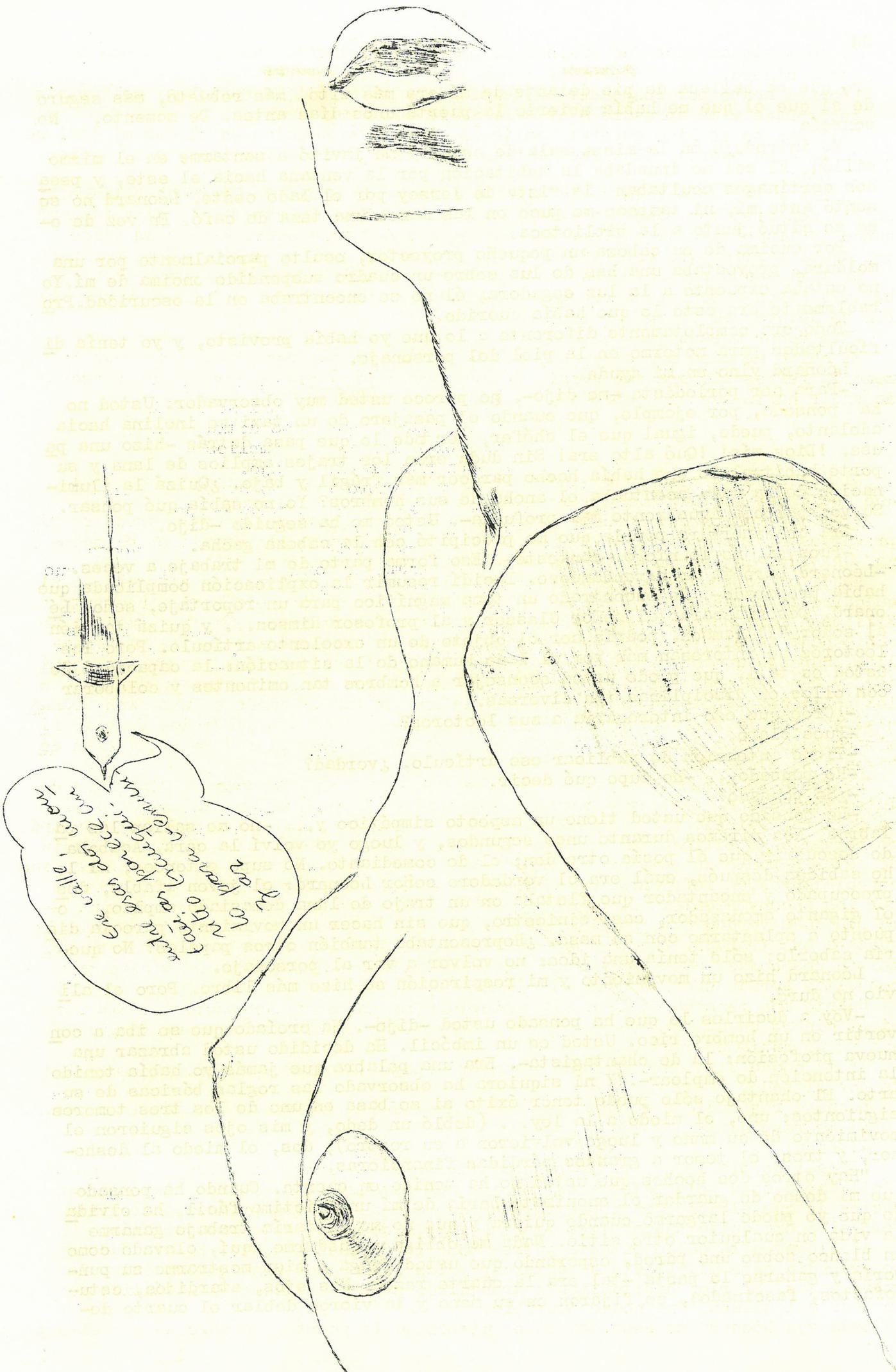
Léonard respondió a mi llamada telefónica. Yo le pregunté si podía ir a verlo. Él me respondió:

-¡Venga!

¡Venga! No era lo que podía ser calificado de un largo discurso, y parece difícil dar a esta sola palabra un sentido muy extenso. Sin embargo, tuve la sensación de que el tono era menos cordial que cuando nuestra primera entrevista. Pero ello era quizá buscar tres pies al gato, y deseché esta preocupación.

Al llegar a la calle Setenta y Tres tomé la dirección oeste. El río Hudson se extendía ante mí. Llovía a cántaros, y los relámpagos zigzagueaban entre las nubes bajas. El río, habitualmente tranquilo, se agitaba como el Atlántico cuando hace mal tiempo. Una noche terrible.

Esta vez Léonard me esperaba en el umbral de la puerta. Me pareció que el hom



que calle  
cañon parece un  
lo tiene un  
un gran

bre que se hallaba de pie delante de mí era más alto, más robusto, más seguro de sí que el que me había abierto la puerta unos días antes. De momento, No sonreía.

Me introdujo en la misma sala de estar y me invitó a sentarme en el mismo sillón. El sol no inundaba la habitación por la ventana hacia el este, y pesados cortinajes ocultaban la vista de Jersey por el lado oeste. Léonard no se sentó ante mí, ni tampoco me puso en las manos una taza de café. En vez de eso se situó junto a la biblioteca.

Por encima de su cabeza un pequeño proyector, oculto parcialmente por una moldura, proyectaba una haz de luz sobre un cuadro suspendido encima de mí. Yo no estaba expuesto a la luz cegadora; él no se encontraba en la oscuridad. Probablemente era esto lo que había querido.

Todo era completamente diferente a lo que yo había previsto, y yo tenía dificultades para meterme en la piel del personaje.

Léonard vino en mi ayuda.

-Para ser periodista -me dijo-, no parece usted muy observador. Usted no ha pensado, por ejemplo, que cuando el pasajero de un taxi se inclina hacia adelante, puede, igual que el chófer, ver todo lo que pasa detrás -hizo una pausa. ¡Dios mío! ¡Qué alto era! Sin duda eran los trajes amplios de lana y su porte habitual lo que había hecho parecer más frágil y bajo. ¿Quizá la iluminación de la sala acentuaba el ancho de sus hombros? Yo no sabía qué pensar. Su voz parecía igualmente más profunda-. Usted me ha seguido -dijo.

Era una apertura por la que me precipité con la cabeza gacha.

-Pues sí, no lo niego -contestó-. Eso forma parte de mi trabajo a veces. Léonard parecía ir agrandándose. Decidí resumir la explicación complicada que había preparado-. He encontrado un tema magnífico para un reportaje, señor Léonard. Desenmascarar al señor Glasser y al profesor Rimson... y quizá también al señor Williamson, podría ser el objeto de un excelente artículo. Pero los lectores se interesan más por el lado humano de la situación: la capacidad de usted es tal, que puede usted aconsejar a hombres tan eminentes y colaborar con ellos en disciplinas tan diversas.

-¿Cróoqqe eso interesaría a sus lectores?

-Pues claro.

-Tiene intención de publicar ese artículo, ¿verdad?

-He pensado... -no supe qué decir.

-¿Ha pensado?

-He pensado que usted tiene un aspecto simpático y... -no me salían las palabras. Nos miramos durante unos segundos, y luego yo volví la cara. Acababa de descubrir que él posía otro don: el de comediante. No supe entonces, ni lo he sabidos después, cuál era el verdadero señor Léonard: el joven afable, dos preocupado y encantador que flotaba en un traje de lana demasiado amplio, o el gigante amenazador, casi siniestro, que sin hacer un movimiento parecía dis puesto a aplastarme con su masa. ¿Representaba también otros papeles? No quería saberlo; sólo tenía una idea: no volver a ver al personaje.

Léonard hizo un movimiento y mi respiración se hizo más libre. Pero el alivio no duró.

-Voy a decirles lo que ha pensado usted -dijo-. Ha creído que se iba a convertir en un hombre rico. Usted es un imbócil. Ha decidido usted abrazar una nueva profesión: la de chantagista-. Era una palabra que jamás yo había tenido la intención de emplear-. Y ni siquiera ha observado las reglas básicas de su arte. El chantaje sólo puede tener éxito si se basa en uno de los tres temores siguientes: uno, el miedo a la ley... (dobló un dedo, y mis ojos siguieron el movimiento de su mano y luego volvieron a su rostro); dos, el miedo al deshonor, y tres, el temor a grandes pérdidas financieras.

"Hay otros dos hechos que usted no ha tenido en cuenta. Cuando ha pensado que mi desco de guardar el anonimato haría de mí una víctima fácil, ha olvidado que yo puedo largarme cuando quiera y que no me costaría trabajo ganarme la vida en cualquier otro sitio. Nada me obliga a quedarme aquí, clavado como un blanco sobre una pared, esperando que usted tenga a bien mostrarme su puntería y ganarse la pasta -tal era la cuarta razón. Mis ojos, aturdidos, estupefactos, fascinados, se fijaron en su mano y la vieron doblar el cuarto de-

do.

"Por encima de todo ha olvidado que yo no quiero que esa historia se publique, que no deseo en absoluto que se haga la menor alusión a ella. ¿Está claro?"

El quinto dedo se había doblado a su vez. Yo estaba obsesionado por el temor irrazonable de verlo proseguir su enumeración y verlo doblar un sexto dedo. Alcé los ojos hacia él, y me quedé aún más aterrorizado al saber que él sabía, que había previsto este temor y que me había asustado deliberadamente. Había adivinado mis pensamientos, mis intenciones, mis esperanzas. Lo sabía todo...

-Lo había olvidado, ¿verdad?

Su voz no era más que un murmullo.

-Sí, lo había olvidado. Lo siento.

-Ahora puede marcharse

Eso de que me echaran me produjo un alivio ridículo que no se disipó más que cuando llegué a mi casa. Sólo entonces me sentí seguro, en mi pequeño piso de dos habitaciones, y la cólera me invadió. No había sido hipnotizado (eso habría sido una excusa infantil). No, se habían burlado de mí, y mi plan se había venido abajo. No se puede decir que yo fuera un cobarde ni un imbécil. Él era mucho, mucho más fuerte que yo, y tenía razón en más de una cosa. Yo no había estudiado bien el caso; no había examinado bien todos los aspectos de la situación. Pero sí me hundía como un viejo caserón en ruinas, si me dejaba intimidar, ¡adiós mi dinero! Volvería a mis noventa dólares semanales, a mis dos pequeñas habitaciones y a la expresión de anonadamiento en la cara de mi jefe. Mis planes habían muerto. Mi vida había acabado.

Sin embargo, no me sentía con el valor de afrontar de nuevo a Léonard. No, pues aunque él me hubiera llamado imbécil, yo no era tonto. Había otro medio.

Esta vez estudió el problema a fondo. ¿No me había enseñado Léonard las reglas de mi nuevo arte? ¿Iba yo a hacer caso omiso de las lecciones de un genio? El temor al deshonor, el temor a pérdidas financieras. El recuerdo de los dedos doblados me causaba un estremecimiento en la espina dorsal. Sin embargo, el profesor Rimson y el señor Glasser no deberían ser indiferentes al deshonor ni a los reveses de la fortuna. Moralmente, ya que no legalmente, eran deshonestos, puesto que explotaban el cerebro de un tercero. Este último, claro, consentía, y lo pagaban por eso; mas, a pesar de ello, cometían una especie de estafa. Cuando uno se rebaja a aceptar tales métodos, corre el riesgo de que lo pongan en la picota. Sobre eso basaría mi juego. No tendría que temer nada por parte de Léonard. Nadie mejor que sus socios podrían conocer su temor a la publicidad. La existencia de ellos reposaba sobre ese temor. La publicación de la verdad les haría perder, no sólo el honor y una gran parte de sus ingresos, sino al propio Léonard.

En cuanto a Williamson no valía la pena ocuparse de él. Era totalmente desconocido por el público. Por lo visto, carecía de orgullo de autor. Y sus clientes necesitaban un "negro" para fabricar sus obras maestras, su identidad les importaba poco.

Rimson era difícil de alcanzar. Comenzaría, pues, por el señor James P. Glasser

Glasser repondió personalmente al teléfono; tan pronto como hube nombrado a mi diario se declaró encantado de concederme una entrevista. Al fin y al cabo, pensó yo, cuando se forma parte del mundo del teatro, la publicidad no hace nunca daño.

Nos citamos para la tarde del día siguiente, a las cinco. Beberíamos un cóctel juntos, me dijo, y yo no pude por menos de pensar que él necesitaría una buena dosis para animarse.

Pasó el resto de la jornada redactando un artículo sobre él. Léonard me había dado una buena lección. Esta vez estaba decidido a no dejar nada al azar.

Me presentaría como un periodista deseoso de ofrecerle el medio de defenderse antes de someter el relato de su publicidad a mi redactor en jefe. Él sería quien me tendría que ofrecer una suma de dinero a cambio de mi silencio. Cualquiera hombre que poseyera buen sentido no podría hacer otra cosa.

El plan debería dar buen resultado.

Cuando abrí la puerta de la verja de hierro forjado, al atardecer, iba dispuesto a cualquier eventualidad. Me sentía pleno de ardor y de recursos. Era feliz.

Glasser (un hombre cargado de espaldas, encanecido, con gafas) abrió la puerta personalmente y, después de algunas amables palabras de bienvenida, me condujo a través de varias habitaciones, hacia la parte trasera de la casa.

Me costaba trabajo mantener los ojos fijos en su silueta gibosa, ya que la riqueza del mobiliario era increíble y única. Todo era antiguo, todo de la más alta calidad. Las tapicerías de Rusia, los cuadros que recubrían las paredes representaban una fortuna. Aumenté mentalmente mi precio; mas perdí un poco de mi aplomo.

Llegamos a un gabinete de trabajo, y Glasser me indicó una silla tapizada. Yo sólo soy un profano y, sin embargo, estimo que era un crimen sentarse en tal pieza de museo. La sala era baja de techo, escasamente iluminada por una ventana protegida con barrotes. Esta ventana daba a un triste patio de cemento. El gabinete de trabajo estaba lleno de chucherías, aunque no atestado, ya que cada una de ellas era rara, extraña y costosa. Pero llena o atestada, aquella habitación me daba una impresión de ahogo, de sofocación. Glasser se había acercado a una bandeja de plata sobre la cual esperaban unos vasos de cristal.

-¿Le gusta mi casa? -me preguntó. Me volvía la espalda, pero omanaba algo de él, ¿potencia? ¿personalidad?, que yo no lograba analizar.

-Por supuesto -respondí-. Jamás había visto una colección parecida de cosas hermosas. Evidentemente, yo no estoy capacitado para juzgarlas ni para estimar su... importancia.

Se volvió. Tenía dos vasos en las

manos.

-Quiero, sin duda, hablar de su valor, ¿verdad?

Aún no había encendido las lámparas, y la oscuridad se hacía más densa en la habitación. Se me acercó muy lentamente y se fue irguiendo conforme avanzaba, desplegando progresivamente toda su talla. La sensación de asfixia se fue haciendo cada vez más penosa. Cada aspiración me resultaba más trabajosa. Estaba oscuro, y la atmósfera se había enrarecido como la de una cueva.

Glasser estuvo pronto muy cerca de mí y depositó los vasos sobre la mesita. Una de sus manos subió hasta su cara. Se quitó las gafas.

Su silueta se recortaba a contraluz sobre la ventana provista de barrotes. Él se parecía a la foto del profesor Rimson. Con un bigote hubiera sido Rimson. Pero tenía la estatura de...

Bajó la mano y golpeó la mesa, haciendo temblar los vasos. Alargó el pulgar de la otra mano.

-¡Imbécil! -su voz no era más que un murmullo-. Le previne que no cometera el sexto error.

Y dobló el dedo.

H. R.

T.O.: THE FOURTH MAN

Trad.: Enrique DE OBREGON

(c) Eds. HYMSA.

La luz del sol se derramaba entre las flores y las tumbas, convirtiendo el cementerio en un brillante jardín de esculturas. Como dos grandes cuervos blancos los enterradores estaban apoyados en las palas entre los ángeles de mármol, y sus sombras se arqueaban sobre el liso costado de una de las tumbas recientes.

La inscripción dorada estaba todavía fresca y limpia.

JAMES FALKMAN

1963 - 1901

"El fin no es más que el principio"

Despacio, empezaron a desmontar el frágil césped, luego desmantelaron la lápida mortuoria y la envolvieron en una lona, colocándola detrás de las tumbas de la fila siguiente. Biddle, el más viejo de los dos, un hombre flaco, de chaleco negro, señaló las puertas del cementerio por donde se acercaba la primera parte del cortejo fúnebre.

--Aquí están. Démonos prisa.

El hombre más joven, el hijo de Biddle, observó la pequeña procesión que serpenteaba por entre las tumbas. Sintió en la nariz el olor fresco de la tierra separada.

--Siempre llegan temprano --murmuró reflexivamente--. Es extraño; nunca los ves llegar a la hora debida.

Se oyó tañir el reloj de la capilla situada entre los cipreses. Trabajando con rapidez, palearon la tierra blanda, apilándola en un cono nítido a la cabecera de la sepultura. Pocos minutos después, al llegar el sacristán con los principales dolientes, descubrieron la pulida teca del ataúd, y Biddle bajó de un salto junto a la tapa y rascó la tierra húmeda adherida al borde de bronce.

---

T I E M P O  
D E  
P A S A J E

J.  
G.  
B A L L A R D

---

La ceremonia fue breve, y los veinte dolientes, encabezados por la hermana de Falkman, una mujer alta y canosa, de cara estrecha y autocrática, que se apoyaba en el brazo de su esposo, regresaron pronto a la capilla. Biddle le hizo un gesto a su hijo. Alzaron el féretro del suelo y lo cargaron en un carro, atándolo con correas a lamplataforma. Luego rellenaron la sepultura con la tierra y volvieron a colocar los cuadrados de césped.

Mientras empujaban el carro de vuelta a la capilla, la luz del sol brilló entre las tumbas, cada vez más escasa.

Cuarenta y ocho horas después el féretro llegó a la casa de James Falkman, un edificio grande, de piedra gris, situado en la parte superior de la ladera del Mortmer Park. La avenida estaba casi vacía y pocas personas vieron entrar al coche fúnebre en la calzada bordeada de árboles. Las persianas estaban bajadas, y coronas enormes descansaban entre los muebles de la sala donde Falkman yacía inmóvil en el féretro colocado sobre una mesa de caoba. Velada por la luz borrosa, la cara cuadrada, de mandíbula firme, parecía serena y pura; un mechón corto de cabello le caía sobre la frente, creando una expresión menos severa que la de su hermana.

Un solitario rayo de sol, filtrado por los oscuros sicómoros que guardaban la casa, atravesó lentamente el cuarto, a medida que avanzaba la mañana, y alumbró durante unos pocos minutos los ojos abiertos de Falkman. Aún después de que el rayo se hubiera alejado, un débil brillo luminoso persistió en sus pupilas, como el reflejo de una estrella vislumbrado en el fondo de un pozo oscuro.

Durante todo el día, ayudada por dos de sus amigas, unas mujeres de cara enjuta que vestían largos abrigos negros, la hermana de Falman anduvo calladamen

te por la casa. Sus manos rápidas y diestras sacudieron el polvo de las cortinas de terciopelo, en la biblioteca; dieron cuerda al reloj miniatura estilo Luis XV, con números romanos, que estaba sobre el escritorio del estudio, y colocaron de nuevo el barómetro grande en la escalera. Ninguna de las mujeres conversó con las otras, pero a las pocas horas la casa estaba transformada; los oscuros revestimientos de la sala fulguraban cuando introdujeron a las primeras visitas.

-El señor y la señora Montefiore. .

-El señor y la señora Caldwell..

-La señorita Evelyn Jeremyn y la señorita Elizabeth...

-El señor Samuel Bambury...

Uno por uno, asintiendo al ser anunciado su nombre, los visitantes entraron en la sala y se detuvieron junto al féretro examinando la cara de Falkman con interés circunspecto; luego pasaron al comedor, donde los obsequiaron con un vaso de Oporto y un platillo de confituras. La mayoría de los visitantes eran gente mayor, vestida en exceso para el tiempo cálido de primavera; uno o dos estaban evidentemente intranquilos en la casa grande revestida de roble, y todos revelaban, inequívocamente, el mismo aire de callada expectativa.

A la mañana siguiente Falkman fue sacado del féretro y llevado al piso de arriba, al dormitorio que tenía vista a la calzada. Le quitaron la sábana enrollada que cubría su cuerpo endeble, protegido sólo por un grueso pijama de lana. Yació inmóvil entre las sábanas frías, con un aspecto de reposo en la ciega cara gris, ajeno al suave llanto de la hermana sentada en la silla de respaldo alto, junto a él. Ella sólo se contuvo, aliviada de haber cedido a su sentimiento, cuando apareció el doctor Markham y le puso la mano sobre el hombro.

Casi como si fuese una señal, Falkman abrió los ojos. Durante un momento vacilaron inciertos, con pupilas débiles y acuosas. Luego miraron fijamente la cara marcada por las lágrimas, de la hermana, apoyada la cabeza inmóvil sobre la almohada. Cuando ella y el doctor se inclinaron sobre él, Falkman sonrió fugazmente, y sus labios se separaron en una expresión de inmensa paciencia y comprensión. Luego, claramente agotado, cayó en un sueño profundo.

Después de asegurar las persianas de las ventanas, la hermana y el doctor salieron del cuarto. Abajo, las puertas se cerraron calladamente a la calzada, y la casa quedó en silencio. Gradualmente, los sonidos de la respiración de Falkman se volvieron más uniformes y llenaron el cuarto, cubiertos por el susurro de los oscuros árboles que se ondulaban afuera.

De esa manera Falkman llegó. Durante la semana siguiente descansó tranquilamente en la cama. Sus fuerzas aumentaban hora a hora y pudo alimentarse con las primeras comidas preparadas por su hermana. Ella se sentaba en la silla de madera negra, cambiando el vestido de luto por un traje gris de lana, y examinaba a Falkman críticamente.

-James, vas a tener que mejorar el apetito. Tu cuerpo está totalmente desgastado.

Falkman rechazó la bandeja y dejó caer las débiles manos sobre el pecho. Le sonrió afablemente.

-Ten cuidado, Betty; me vas a convertir en un budín de leche.

La hermana arregló la colcha con movimientos rápidos.

-Si no te gusta cómo cocino, James, puedes arreglártelas por tu cuenta.

Falkman se recostó sonriéndose debilmente mientras la hermana se alejaba taconeando con la bandeja. El atormentarla a ella le hacía casi tanto bien como las comidas que le preparaba, y sintió que la sangre le penetraba en los pies fríos. Su cara estaba todavía gris y flácida, y conservaba las fuerzas cuidadosamente, moviendo sólo los ojos cuando miraba los cuervos que descendían en el borde de la ventana.

Gradualmente, a medida que las conversaciones con la hermana fueron más frecuentes, Falkman logro las fuerzas suficientes para sentarse. Empezó a interesarse más ampliamente por el mundo que le rodeaba, mirando por las ventan

nas francesas a la gente de la avenida y discutiendo los comentarios de Betty.

-Allá va Sam Bambury otra vez -observó ella con displicencia al pasar un hom**bre**cito con aspecto de gnomo caminando con dificultad-. Para el Swan, como siempre. Cuándo se irá a buscar un trabajo, quisiera saber.

-Só más caritativa, Betty. Sam es un tipo muy cuerdo. Yo prefiero irme a la taberna antes que conseguirme un trabajo.

La hermana resopló excepticamente; su imagen del carácter de Flakman estaba aparentemente en desacuerdo con esa afirmación.

-Tienes una de las mejores casas de Mortmare Park -le dijo ella-. Creo que deberías tener más cuidado con personas como Sam Bambury. No es de tu clase, James.

Falkman le sonrió pacientemente.

-Todos somos de la misma clase, Betty, ¿o hace tanto tiempo que estás aquí que lo has olvidado?

-Todos olvidamos -le dijo ella juiciosamente-. Tú también vas a olvidar, James. Es triste, pero ahora estamos en este mundo y no nos debe importar. Si la iglesia puede mantener vivo el recuerdo por nosotros, tanto mejor. No obstante, como ya descubrirás, la mayoría de la gente no recuerda nada. Quizá sea bueno así.

Betty recibió de mala gana a los primeros visitantes, alborotando tanto que Falkman apenas pudo cambiar con ellos algunas palabras. En realidad, las visitas lo cansaban, y poco más podía hacer que aceptar algunas bromas formales. Aún cuando Sam Bambury le trajo una pipa y una bolsa de tabaco, tuvo que juntar todas sus energías para darle las gracias, y no le quedaron ningunas para evitar que su hermana le llevase las dos cosas.

Sólo cuando le fue a ver el reverendo Matthews pudo Falkman reunir sus fuerzas. Durante media hora habló seriamente con el párroco, el cual escuchó extasiado, insertando unas pocas preguntas ansiosas. Cuando se fue, el reverendo parecía renovado y seguro, y bajó las escaleras a pasos largos, sonriendo alegremente a la hermana de Falkman.

A las tres semanas, Falkman había dejado la cama, y se las arreglaba para bajar las escaleras cojeando, e inspeccionar la casa y el jardín. La hermana protestaba siguiendo sus pasos lentos y penosos, con advertencias sarcásticas de su flojedad, pero Falkman la ignoraba. Caminó hasta el invernadero y se apoyó en una de las columnas ornamentales palpando con los dedos nerviosos las hojas de los árboles en minatura, inundándole la cara el aroma de las flores. Afuera, en el jardín, examinó todo lo que tenía alrededor, como si en la mente lo estuviese comparando con algún delicioso paraíso.

Volvió caminando hacia la casa cuando se retorció el tobillo en el pavimento roto. Antes de que pudiese gritar pidiendo ayuda, se había caído de cabeza en la piedra dura.

-James Falkman, ¿cuándo me vas a escuchar? -protestó su hermana mientras le ayudaba a cruzar la terraza-. ¡Te advertí que te quedases en cama!

Cuando llegó al salón de fumar, Falkman se sentó, agradecido, en un sillón, poniendo otra vez en su lugar los miembros aturdidos.

-Cálmate, Betty, por favor -le previno él cuando volvió a tener aliento-. Toavía estoy aquí, y me siento perfectamente bien.

Él no había dicho otra cosa que la verdad. Después del accidente se empezó a recobrar espectacularmente; el progreso hacía la salud completa, se aceleraba sin interrupciones, como si la caída le hubiese liberado de las fatigas y las molestias prolongadas de las semanas anteriores. Su andar se volvió rápido y vivaz, mejoró el color y se movió atareadamente por la casa.

Un mes después la hermana regresó a su propia casa, admitiendo que él ya podía cuidarse de sí mismo y tomó su lugar el ama de llaves. Después que se hubo establecido otra vez en la casa, Falkman empezó a interesarse crecientemente por el mundo exterior. Alquiló un cómodo auto y contrató a un chófer, y pasaba la mayoría de las tardes y las noches de invierno en el club; pronto se encontró dentro de un vasto círculo de conocidos. Se convirtió en presidente de una gran cantidad de comisiones de beneficencia, donde el buen humor, la tolerancia y el criterio sagaz le ganaron el respeto de todos. Ahora se mantenía

erguido, con el canoso cabello brotándole abundantemente, tocado aquí y allí con manchans negras, con una mandíbula que salía, firme, de mejillas curtidas por el sol.

Todos los domingos asistía a los servicios de la mañana y de la tarde en su iglesia, donde poscía un banco privado, y estaba algo apenado de ver que sólo la gente mayor formaba la congregación. No obstante, él mismo encontró que el cuadro pintado por la liturgia se separaba cada vez más de sus propios recuerdos a medida que éstos desaparecían, y muy pronto se convertían en una charada insensata que él sólo aceptaba por un acto de fe.

Unos pocos años después, al sentirse cada vez más inquieto, decidió aceptar la oferta de ingresar como socio en una de las principales casas de corredores de bolsa.

Muchos de los conocidos del club estaban también encontrando empleo, y abandonando la plácida rutina del salón de fumar y el jardín del conservatorio. Harold Caldwell, uno de sus amigos más íntimos, fue nombrado profesor de historia en la universidad, y Sam Bambury se convirtió en gerente del Swan Hotel.

La ceremonia del primer día de Falkman en la bolsa fue majestuosa y solemne. Tres hombres más jóvenes que también se asociaban a la firma fueron presentados al personal reunido por el socio más antiguo, el señor Montefiore, y a cada uno les obsequiaron con un reloj de oro para simbolizar los años que iban a pasar en la firma. Falkman recibió una cigarrera de plata y fue ruidosamente aplaudido.

Durante los cinco años siguientes Falkman trabajó con tesón, volviéndose cada vez más extrovertido y acometedor, a medida que aumentaba su apetito por los placeres materiales de la vida. Se convirtió en un apasionado golfista. Luego, cuando el ejercicio le fortaleció el físico, jugó los primeros partidos de tenis. Al ser un miembro influyente de la comunidad comercial, los días pasaban en una agradable ronda de conferencias y cenas. No asistió más a misa, pero en cambio se pasaba los domingos cortejeando a las más atractivas de sus conocidas en el hipódromo y en las regatas.

Por lo tanto se sintió muy sorprendido cuando le empezó a obsesionar una persistente sensación de melancolía. Aunque no tenía un origen claro esta sensación se fue haciendo más profunda poco a poco y se encontró con que no quería salir de su casa por las noches. Renunció a las comisiones y no volvió a visitar el club. En la bolsa se sentía permanentemente aturdido, y pasaba horas enteras junto a la ventana, mirando el tránsito.

Finalmente, cuando comenzó a perder la visión de los negocios, el señor Montefiore le sugirió que se tomase una licencia indefinida.

Durante una semana Falkman andujo con indiferencia por la enorme casa vacía. Sam Bambury le visitaba con frecuencia, pero la sensación de dolor de Falkman no tenía límite. Corrió las persianas de las ventanas y se puso corbata y traje negros, sentándose, con la mirada en blanco, en la oscura biblioteca.

Al fin, cuando el abatimiento alcanzó el punto más bajo, se fue al cementerio a recoger a su esposa.

Después que se hubo dispersado la congregación, Falkman se detuvo fuera de la sacristía para darle una propina al sepulturero, Biddle, y felicitarlo por su joven hijo, un querubín de tres años que jugaba entre las lápidas. Luego regresó a Mortmere Park, en el auto que seguía al coche fúnebre con los restos de la comitiva detrás.

-Un gran séquito, James -le dijo su hermana con aprobación-. Veinte autos en total, sin incluir los privados.

Falkman le dio las gracias examinando a la hermana con ojos críticos. En los quince años que la había conocido, ella se había vuelto perceptiblemente tosca; su voz se había puesto áspera y sus ademanes eran cada vez más exajerados. Siempre los había separado una clara brecha social, una división que Falkman había aceptado caritativamente, pero ahora se estaba ensanchando marcadamente. Los negocios de su esposo habían comenzado a fracasar, y los pensamientos de ella se habían puesto casi exclusivamente en los asuntos del dinero y el prestigio social.

Mientras Falkman se felicitaba por su buen sentido y éxito, una curiosa premonición, vaga pero sin embargo inquietante, se agitó en su mente.

Como el mismo Falkman quince años antes, su esposa yació primero en el ataúd dentro de la sala, transformada por las coronas en un oscuro embalado verde oliva. Detrás de las persianas bajas el aire era oscuro y sofocante, y su esposa, con el ondulante cabello rojo fulgurándole en la frente, y las mejillas amplias y los labios llenos, le hizo pensar a Falkman en una dormida hechicera de un cenador mágico. Asió el riel de plata de la base del féretro, y descuidadamente clavó la vista en ella, mientras su hermana reunía a los invitados alrededor del Copto y del whisky. Siguió con la mirada las esquisitas pendientes y depresiones del cuello y el mentón de su esposa; la piel blanca se extendió suavemente hacia los hombros firmes. Al día siguiente, cuando la llevaron al piso de arriba, su presencia llenó el dormitorio. Durante toda la tarde él estuvo sentado junto a ella, esperando pacientemente que despertase.

Poco después de las cinco, en los escasos minutos de la luz que quedaban antes de que descendiese la oscuridad, cuando el aire colgaba inmóvil bajo los árboles del jardín, en su cara se movió un débil eco de vida. Sus ojos se aclararon y luego se concentraron en el cielo rasgado.

Expectante, Falkman se inclinó sobre ella y le tomó una de sus frías manos. Lejos, dentro de ella, sintió el pulso débil.

-Marion-susurró.

La cabeza de ella se inclinó ligeramente, apretándose los labios en una tenue sonrisa. Durante algunos instantes ella contempló serenamente a su esposo.

-Hola, Jamie.

La llegada de la esposa lo rejuveneció completamente. Siendo un esposo devoto pronto se sumergió en la vida en común de los dos. Cuando ella se recuperó de la larga enfermedad después de la llegada, Falkman entró en la mejor época de su vida. Su cabello se puso liso y negro, su cara engordó, su mentón se volvió más firme y más fuerte. Retornó a la bolsa dedicándose a su tarea con un interés renovado.

Él y Marion hacían una hermosa pareja. De vez en cuando visitaban el cementerio y se unían al servicio de celebración por la llegada de otros de sus amigos, pero esto se hizo cada vez menos frecuente. Otros grupos de personas visitaban continuamente el cementerio, enrareciendo las hileras de tumbas, y grandes extensiones se habían convertido en prado abierto a medida que se retiraban los ataúdes se sacaban las lápidas. La empresa de pompas fúnebres cercana al cementerio, que era la responsable de notificar a los luctuosos parientes, cerró y fue vendida. Finalmente, después que el sepulturero, Biddle, rescató a su propia esposa de la última de las tumbas, convirtieron al cementerio en un campo de recreo infantil.

Los años de matrimonio fueron los más felices de Falkman. Con cada verano sucesivo Marion se ponía más delgada y más joven; su rojo cabello era una diadema roja brillante que se destacaba en medio de la multitud de la calle cuando ella iba a buscarlo. Volvían a casa cogidos del brazo, y en las tardes de verano se detenían entre los sauces del río para abrazarse como amantes.

La felicidad de ellos llegó a ser tan evidente para sus amigos que asistieron más de doscientos invitados a la ceremonia religiosa de celebración de sus largos años de matrimonio. Cuando se arrodillaron en

el altar, ante el sacerdote, a Falkman le pareció que Marion era una recatada rosa.

Esta era la última noche que habrían de pasar juntos. Con el tiempo, Falkman había ido perdiendo interés con el empleo de la bolsa, y la llegada de hombres más viejos y más serios habían dado por resultado el que lo descendiesen repetidamente. Muchos de sus amigos se enfrentaban con problemas similares. A Harold Caldwell le habían obligado a renunciar a su cátedra, y era ahora un instructor que recibía clases para postgraduados, para familiarizarse con la gran cantidad de nuevos trabajos de investigación realizados en los treinta años anteriores.



Sam Bambury era camarero en el Swan Hotel.

Marion se fue a vivir con sus padres y el apartamento de Falkman, al que se habían mudado hacía algunos años, después de cerrar y vender la casa, fue arrendado a nuevos inquilinos. Falkman, cuyos gastos se habían vuelto más simples con el paso de los años, tomó un cuarto en una posada para estudiantes; pero él y Marion se veían todas las noches. Cada vez se sentía más intranquilo, semiconsciente de que su vida estaba avanzando hacia un foco ineludible, y pensó a menudo en renunciar al empleo.

Marion le reprendía.

-Pero perderás todas las cosas por las que has luchado, Jamie. Todos estos años.

Falkman se alzó de hombros, masticando un tallo de hierba mientras descansaban recostados en el parque un día durante la hora del almuerzo. Marion trabajaba ahora de vendedora en un almacén de departamentos.

-Quizá tengas razón, pero no me gusta que me rebajen de grado. Hasta Montefiore se va. Acaban de nombrar presidente a su abuelo -Falkman giró sobre su cuerpo y puso la cabeza sobre el regazo de ella-. Es tan aburrida y sofocante esa oficina, con todos esos viejos devotos... Ya no me satisface.

Marion le sonrió cariñosamente por su ingenuidad y su entusiasmo. Falkman era ahora más buen mozo que nunca, desde que ella lo recordaba; en su cara tostada por el sol no había casi arrugas.

-Ha sido maravilloso el vivir juntos, Marion -le dijo él en la víspera de su trigésimo aniversario. Qué suerte el no haber tenido un hijo. ¿Te das cuenta que algunos tienen hasta tres y cuatro? Eso es absolutamente trágico.

-Sin embargo, a todos nos puede pasar, Jamie -le recordó ella-. Algunos dicen que el tener un hijo es una experiencia muy noble y muy hermosa.

Durante toda la tarde él y Marion anduvieron juntos por el pueblo. El creciente recato de ella avivaba el deseo de Falkman. Desde que se había ido a vivir con sus padres Marion se había vuelto casi demasiado tímida hasta para tomarle la mano al Falkman.

Luego él la perdió.

Cuando caminaban por la feria, en el centro del pueblo, se les unieron dos de las amigas de Marion, Elizabeth y Evelyn Jeremyn.

-Allá está Sam Bambury -señaló Evelyn cuando cesó el estampido de un petardo en uno de los puestos al otro lado de la feria-. Haciéndose el tonto, como siempre -ella y su hermana cloquearon con desaprobación. Eran taciturnas y severas, y llevaban oscuros abrigos de anacoate abotonados hasta el cuello.

Distraído por Sam, Falkman se apartó unos pasos, y de pronto se encontró con que las tres muchachas se habían ido. Precipitándose por entre la multitud trató de alcanzarlas, entreviendo fugazmente el cabello rojo de Marion.

Corrió entre los puestos, sorteándolos, casi derribando una carretilla de hortalizas.

-¿Has visto a Marion? -le voceó a Sam Bambury.

Este guardó los petardos en el bolsillo y le ayudó a registrar entre la multitud. Buscaron durante una hora. Finalmente Sam se dio por vencido y se fue para su casa, abandonando a Falkman, que siguió rondando por la plaza empedrada, bajo las luces tenues, al cerrar la feria, vagando entre los objetos en desorden a medida que los propietarios de los puestos empacaban las cosas para retirarse a sus casas.

-Discúlpeme, ¿ha visto por aquí a una muchacha? Una muchacha pelirroja...

-Por favor, ella estuvo aquí esta tarde.

-Una muchacha...

-...llamada...

Aturdido, se dio cuenta de que se había olvidado del nombre de ella.

Poco tiempo después Falkman renunció al empleo y se fue a vivir con sus padres. La casa pequeña, de ladrillo rojo, estaba en el otro extremo del pueblo; por entre los apiñados sombreretes de las chimeneas veía a veces las lejanas lomas de Mortmere Park. Su vida entró ahora en una fase menos alegre, y empleaba la mayor parte de sus energías en ayudar a su madre y en cuidar de su hermana Betty. En comparación con la suya, la casa de sus padres era fría e incómoda, totalmente contraria a cuanto Falkman había conocido anteriormente. Aunque sus padres eran gente buena y respetable, sus vidas estaban limitadas por la falta de éxito o la educación. No se interesaban por la música o el teatro, y Falkman sintió que su mente se empezaba a entorpecer y a volverse tosca.

Su padre le criticó abiertamente al dejar el empleo; pero la hostilidad que había entre ellos se apaciguó gradualmente a medida que dominaba más y más a Falkman, restringiéndole la libertad y reduciéndole la cantidad de dinero para gastos particulares, y hasta previniéndole de que no jugase con algunos de sus amigos. En realidad, el irse a vivir con sus padres le había conducido a un mundo enteramente nuevo.

Para la época en la que empezó a ir a la escuela, se había olvidado completamente de su vida pasada, borrados también los recuerdos de Marion y de la casa grande donde habían vivido rodeados de sirvientes.

Durante el primer semestre de escuela estuvo en una clase grande con los muchachos mayores, a quienes los maestros trataban como iguales; pero, lo mismo que sus padres, ellos comenzaron a extender su influencia sobre él a medida que pasaban los años. A veces se rebelaba contra este intento de suprimir su propia personalidad, pero al fin le dominaron del todo controlándole las actividades y moldeando sus pensamientos y el habla. Todo el proceso educativo, entendió oscuramente, estaba calculado para prepararlo para el extraño mundo crepuscular de la más temprana infancia. Eliminaba deliberadamente toda huella de sofisticación, destruyéndole, con las repeticiones constantes y los ejercicios agotadores, todo el conocimiento del idioma y de las matemáticas, sustituyendo este conocimiento por un conjunto de versos y cantos sin sentido y construyendo un mundo de infantilismo total.

Al fin, cuando el proceso educativo le había reducido casi al grado de infante inarticulado, sus padres intervinieron, sacándolo de la escuela, y los años finales de su vida los pasó en casa.

-Mamá, ¿puedo dormir contigo?

La señora Falkman miró la cara seria del niño que apoyaba la cabeza en su almohada. Cariñosamente le pellizcó la mejilla y luego tocó el hombro de su esposo cuando éste se movió en la cama. A pesar de la diferencia de edad que había entre padre e hijo, los dos cuerpos eran casi idénticos, con los mismos hombros anchos, las mismas cabezas amplias, el mismo cabello espeso.

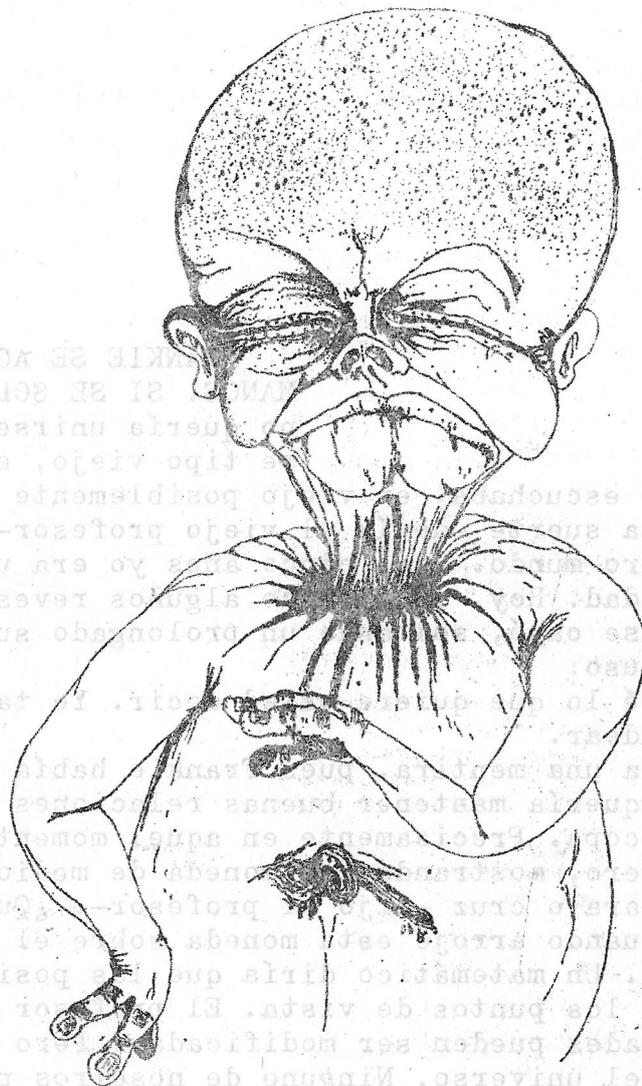
-Hoy no, Jamie; quizá algún día, pronto.

El niño miró a la madre con los ojos muy abiertos, preguntándose

por qué estaría llorando, pensando que quizá había tocado alguno de los tabús que habían ejercido una fascinación tan poderosa en los niños de la escuela, el misterio de su destino último, que sus padres ocultaban cuidadosamente y que ni ellos mismos podían ya entender.

Ahora empezaba a experimentar las primeras dificultades, tanto al caminar como al alimentarse. Andaba por la casa tambaleándose torpemente, volcando su vocecita aguda con la lengua; su vocabulario disminuyó constantemente, hasta que sólo supo el nombre de su madre. Cuando ya no pudo mantenerse de pie, ella lo llevó en brazos, dándole de comer como si fuera un anciano inválido. La mente se le nubló, flotando en su interior unos pocos contrastes de calor y hambre. Mientras pudo, se apoyó en su madre.

Poco después, Falkman y su madre visitaron el hospital de maternidad. Al regresar, la señora Falkman permaneció en cama durante unos pocos días, pero gradualmente comenzó a moverse con mayor libertad, desprendiéndose lentamente del peso adicional acumulado durante su encierro. Nueve meses después de haber regresado del hospital, un período en el que ella y su esposo pensaron continuamente en su hijo, en la tragedia compartida de su suerte próxima, un símbolo de su propia separación inminente, acercándolos más, se fueron en luna de miel.



J. G. B.

T.O.: TIME OF PASSAGE

Trad.: M.S.

CUESTION  
DE  
SUERTE

R CH  
O O  
B L  
E RTB

FRANKIE SE AGARRABA A LA BARRA CON LAS DOS MANOS. SI SE SOLTARA, PODRÍA CAERSE A SUELO Y no quería unirse en la inconsciencia porque ese tipo viejo, el profesor, iba a hablarle, y si le escuchaba, en viejo posiblemente le pagaría otra copa.

-La suerte -decía el viejo profesor- es la que lo decide todo en nuestro mundo. Hace cinco años yo era un miembro respetado de la Universidad. Hoy, después de algunos reveses de fortuna...

Y se cayó, soltando un prolongado suspiro. Frankie suspiraba a su vez y repuso:

-Sé lo que quiere usted decir. Yo tampoco tengo la costumbre de va habundear.

Era una mentira, pues Frankie había sido toda su vida un vagabundo. Pero quería mantener buenas relaciones con el otro y deseaba beberse otra copa. Precisamente en aquel momento, el viejo hacía una señal al camarero, mostrando una moneda de medio dolar que sostenía en el aire.

-Cara o cruz -dijo el profesor-. ¿Quién podría decir qué lado saldrá cuando arroje esta moneda sobre el mostrador? Yo, desde luego, no. Ni tú. Un matemático diría que las posibilidades son las mismas desde todos los puntos de vista. El profesor Rhine te dirá que dichas posibilidades pueden ser modificadas. Pero nadie lo sabe. Es ese el misterio del universo. Ninguno de nosotros puede prever lo que traerá la suerte. ¡Mira!

Frankie consiguió fijar su mirada y vio caer la moneda. Ésta chocó contra el mostrador, rebotó y dejó de moverse... En equilibrio y de canto.

-¡La suerte! -el viejo profesor soltó una risita-. Sólo la suerte que opera en torno nuestro, que dirige cada movimiento de nuestras vidas. Si Lincoln se hubiera inclinado para atar el cordón de su zapato en el momento en el que Booth apretaba el gatillo... Si no hubiera aparecido un pájaro cuando Cristóbal Colón hacía frente a los amotinados... ¡Sí! Todos somos víctimas de Tiché.

-No la conozco.

-Tiché. Fortuna, como la llamaban los romanos. Una de las tres Par cas.

-Nunca me he encontrado con esa señora.

-Dudo que pudiera -sin dejar de beber, el viejo profesor sonrió a Frankie-; pero los antiguos se daban cuenta de su importancia. Celebraban un festival anual en su honor. Creo que era el veinticuatro de junio. Yo ya he visto representada con un cuerno de la abundancia en

las manos, de pie sobre una bola...

-¡Oh, sí! Vamos al baile -rezongó Frankie, que había entendido mal la palabra-. Otra copa, y estaré listo para el baile.

-No debería beber tanto -le dijo el viejo.

Frankie alzó los hombros.

-¿Y para qué? ¿Qué otra cosa podría hacer? Yo nunca he tenido suerte, ni una sola vez. Míreme: soy un pobre y desgraciado borracho. Tiemblo como un viejo y no tengo más que treinta y tres años. Si tuviera tan sólo una oportunidad...

El profesor asintió con la cabeza.

-Yo podría contarte una historia muy parecida -le dijo-. Lo mismo que cada ser humano. Con sus cien últimos dólares, un hombre se compra una cabaña junto a una playa... y seis meses más tarde se le halla muerto de hambre. Otro tipo hace la misma cosa... y seis meses más tarde se encuentra petróleo en la orilla y vende su terreno por un millón de dólares. Un Hombre va por la calle y se tropieza junto a una boca de alcantarilla con una cartera llena de dinero; otro pasa por esa misma calle un instante después, en el preciso momento en el que se desprende una cornisa, y muere. La Fortuna es una diosa caprichosa, amigo mío. Pero, ¿quién sabe? Siendo caprichosa se puede modificar su actitud y traerte riqueza y felicidad.

-¡Eso son tonterías! -dijo Frankie.

-Así habla el espíritu científico -replicó el profesor-; pero yo no estoy tan seguro. ¿Si pudiera enterarme del secreto de lo que atrae a la Fortuna! No pido otra cosa. Puede ser simplemente cuestión de fe o de veneración. La Fortuna es una diosa, y las diosas exigen que se las adore. Como es mujer, reclama frivolidad. ¿Será que los llamados afortunados son principalmente aquéllos que han descubierto el secreto y jurado fidelidad a la Fortuna a cambio de sus favores?

-Yo no digo nada -masculló Frankie-; pero haría cualquier cosa por una señora así.

Tomó su copa, bebió y luego se volvió. El profesor había salido vacilando. El camarero se acercó meneando la cabeza.

-¡Hay que ver cómo la coge! -exclamó.

-¡Hombre! -respondió Frankie-. Pero lo que me extraña es que un tipo como él venga a este bar.

-¡Ya sabe usted! -contestó el camarero-. Aquí recibimos gente de categoría que viene a jugar a la sala de ahí dentro.

Frankie recordó. Sí, había una sala allí en el fondo. Ruleta, dados, lo de siempre. Él no había puesto nunca los pies allí, porque nunca había tenido un céntimo. Pero, pensándolo bien..., muchas personas habían pasado por detrás de él durante aquella noche. Como el cretino calvo que lo hacía en este momento, y el estudiante con gafas, y la dama vestida de rojo.

La dama de rojo... ¡qué buen bocado!

Frankie no se había fijado en las mujeres desde hacía varios meses.

Cuando uno se dedica a la bebida, acaban por no interesar. Pero esta le interesaba.

Llevaba un vestido de noche rojo. Su piel era blanca como el mármol y su cabellera de un negro azabache. Miró a Frankie al pasar y le sonrió.

Le sonrió. El aspecto de Frankie no debía importarle.

Estaba borracho, si no jamás hubiera hecho eso. Pero como estaba borracho la siguió, titubeante. Hasta la puerta de la sala del fondo. Y se fue tras ella mientras el portero la miraba y la dejaba pasar. Y

Frankie cruzó la puerta con ella. El portero no intentó siquiera detenerlo. Aunque a él le pareció que le miraba más que a ella.

La sala del fondo era más grande de lo que había pensado, y muy imponente. El bar grasiento que la precedía no era más que una tapadera. Aquí se jugaba en grande: tres vastas mesas de ruleta y cuatro mesas para los dados. Por lo menos debía haber cincuenta personas.

La atmósfera estaba cargada de humo, pero no era neblinosa. Hasta los jugadores de dados estaban en calma, y cuando la ruleta giraba en una mesa se podía oír resonar la bola. Frankie siguió a la dama de rojo hasta una mesa de ruleta. Había muchos rostros alegres de ciudadanos bien vestidos y llenos de dinero. Ante algunos había grandes montones de fichas, más pequeños ante otros. Y la ruleta que giraba en medio, la ruleta con las treinta y seis cifras y cero y doble cero, la ruleta con el rojo y el negro. Cada vez que ella daba sus giros, los montoncitos disminuían, mientras otros aumentaban.

¿Por qué?

Es que ella estaba allí. Esa cosa de la que había hablado el profesor: la fortuna, la suerte.

Algunos debían tener ante ellos mil dólares o más en fichas, y no cesaban de ganar. Otros perdían sin parar y compraban más fichas: un dólar por las blancas, diez por las rojas y veinte por las azules.

Pero, ganando o perdiendo, todos estaban apasionados. Frankie sentía cómo la excitación se estremecía por oleadas, alrededor de la mesa. Todos miraban cada tirada, cada juego. Él miraba también y experimentaba la misma excitación. ¡Si él tuviera algo para apostar!

Se quedó mirando a la mujer de rojo. Ella tampoco jugaba y se contentaba con mirar..., igual que él; pero no como él, pues ella no estaba excitada. Frankie podía verla allí de pie, como una estatua. Nadie más la miraba, aunque era la más bella de la reunión. Se hubiera dicho que ignoraban su presencia.

Y ella miraba, pero sin que sus ojos cambiaran. No apretaba los puños, ni jadeaba, ni parecía siquiera interesada. Era como si supiera quién iba a ganar y quién iba a perder.

Frankie la contemplaba con fijeza. De repente, ella volvió la cabeza y lo miró de nuevo. Sus ojos eran como un par de diamantes negros. Él quiso evitar su mirada, y entonces ella apartó los ojos hacia el suelo.

Frankie se inclinó para ver qué era lo que ella miraba. Y entonces se dio cuenta.

Una ficha yacía entre sus pies. Se debía de haber caído del montoncito de alguien. Frankie se agachó y la cogió. Una ficha azul: veinte dólares. Podía cambiarla por efectivo inmediatamente. ¡Un verdadero golpe de suerte!

Buscó con la mirada a los cambistas que circulaban entre el público, con su cajita sobre el vientre, pero no vio a ninguno. Y él crupier empezaba a recitar su melopea:

-¡Señoras y señores, hagan fuego...!

¿Y por qué no? Encontrar veinte dólares era estar de suerte. Veinte se podían transformar en cuarenta. ¿Pero a cuál debía jugar? ¿Al negro o al rojo?

Frankie volvió a mirar a la dama. Ella llevaba puesto un vestido rojo, evidentemente; pero sus cabellos eran negros y sus ojos también eran negros. Los ojos negros le miraban fijamente en este momento...

Bueno, pues jugaría al negro. Frankie fue a depositar su ficha, pero su mano no estaba firme y la ficha se le escapó. Rodó y aterrizó sobre el número 33.

Trató de alargar el brazo, pero el croupier dijo:

-¡No va más!

La ruleta empezó a girar, y él no tuvo más remedio que quedarse in-móvil, mirando. Veinte dólares desperdiciados como si nada. ¡Vaya con el golpe de suerte! La ruleta giraba sin cesar, la bola giraba sin ce-sar, la sala giraba sin cesar.

La bola se paró. La ruleta se paró. La sala también se detuvo y Frankie pudo oír al croupier:

-El treinta y tres, negro.

¡Su número!

Y así comenzó. El croupier empujó el gran montón de fichas hacia él. La dama de rojo sonrió: entonces él colocó la mitad de las fichas sobre el rojo. Salió el rojo. Dejó el montón y el rojo volvió a salir. Había ganado tres veces seguidas.

La dama de rojo meneó la cabeza y se alejó de la mesa. Él recogió sus fichas y las llevó a un cajero. El hombre le pagó con billetes de veinte, cincuenta y cien. Tres mil veinte dólares contantes y sonantes.

Frankie se los metió en los bolsillos, atravesando rápidamente por entre la gente a fin de volver a ver a la dama, darle las gracias y quizá darle su parte.

El portero abrió la puerta, la dama pasó delante y él gritó:

-¡Eh! ¡Espéreme!

El portero se le quedó mirando.

-¿Qué pasa?

-No hablaba con usted -contestó Frankie-. Me dirigía a la señora.

-¿A qué señora? -preguntó el hombre.

Frankie no respondió porque ya la veía franquear la puerta del bar. La alcanzó en la esquina de la calle. El aire fresco le acometió y le hizo sentirse mal; pero llegó hasta ella y le dijo:

-Gracias. Usted me ha dado suerte.

Ella se limitó a sonreír. A la débil luz, sus ojos eran más ne-gros que nunca.

-Tenga. -sacó un puñado de billetes-. Creo que se los ha ganado.

Ella no tomó el dinero.

-En serio -insistió Frankie-. Tómelos -luego se detuvo-. ¿Qué le pasa a usted? ¿Es usted sorda o qué?

No hubo respuesta. Ella era sorda, sí. ¿Se dan ustedes cuenta? Una mujer tan bonita, y sorda. ¿Pero no saben los sordos leer en los la-bios?

-¿Adónde va usted? -le preguntó.

Tampoco hubo contestación.

Puede que la dama fuera también muda. No tenía nada de extraño que no la acompañara ningún caballero.

-¿Quiere usted venir conmigo? -le preguntó.

Ella no querría ir, seguramente... Una mujer como ella... ir con un vagabundo.

Se puso en marcha, y ella le siguió sin hacer ningún ruido, ni si- quiera con sus tacones, ya que llevaba una especie de sandalias. Nada de anillos ni joyas. Era un buen bocado, pero una verdadera estatua.

Y como una estatua se quedó en el centro de la sucia habitación. ¿Esperaba acaso algo? Lo único que sabía Frankie es que estaba cansado, terriblemente cansado. Atravesó la habitación, se dejó caer en la cama y, sin poderlo evitar, quedó profundamente dormido.

Debió dormir toda la noche con la cabeza reposando sobre el regazo



de la dama. Ella debió quedarse sentada, inmóvil, despierta. Porque a hora era ya de día y lo contemplaba sonriente.

Y siguió sonriendo mientras él se lavaba, se afeitaba y se ponía la otra camisa que tenía. Trató de volver a dirigirle la palabra; pero ella no le respondió. Se contentó con sonreírle y aguardar mientras él se ponía el abrigo y tomaba el sombrero.

-Venga -le dijo-. Tengo hambre.

Bajaron a la calle. Frankie iba a entrar en la casa de comidas de

siempre, cuando se acordó que llevaba tres mil dólares en el bolsillo. ¿Por qué no iba a comer a uno de esos restaurantes elegantes? Pero no podía ir a un lugar semejante vestido como estaba.

-Espéreme -le dijo-. Primero he de hacer una cosa.

Ella le sonrió y le guardó, mientras él iba a unos grandes almacenes a comprarse un traje completo, desde los zapatos al sombrero de veinte dólares. Aquellas prendas de confección le sentaban perfectas, y ahora, por la módica suma de ciento treinta dólares, tenía el aspecto de un millonario. El dependiente se mostró muy correcto, pero ignoró a la dama. Frankie apenas si se fijó en ello, aunque poco después, en el restaurante, la camarera se portó del mismo modo, pues le trajo un vaso de agua y el menú, pero nada para la dama.

Entonces él se puso a comer solo. Al terminar, trató de hacer sus planes. Tenía casi tres mil dólares; pero tenía también a la dama. La señorita No-oye-nada, la señorita No-habla-nada, la señorita No-duerme-nada, la señorita No-come-nada. ¿Qué iba a hacer con ella?

Le sonrió y Frankie le devolvió la sonrisa. Pero comenzó a interrogarse. Estaba claro que ella le había traído la suerte; pero tenía algo inquietante... terriblemente inquietante. Debía hallar un medio de deshacerse de ella antes de acarrearle complicaciones.

Salió del restaurante y ella le siguió. Como hacía siempre por las mañanas, se dirigió hacia un determinado banco del parque; pero cuando se disponía a atravesar la calle, se paró. La dama le sujetaba por un brazo y miraba un anuncio: "Compañía Metalúrgica Acme" ¿Y bien?

Había un letrero en el escaparate del inmueble: "Hace falta personal". Él quiso dar otro paso, pero ella lo metuvo y alargó el brazo. Frankie guiñó los ojos: ¿era eso lo que ella quería? ¿Que entrara a pedir un empleo? Evidentemente, podía hacerlo. Este era el oficio que había tenido hacía ya muchos años. Poseía la cartilla de seguros sociales y podría volver a pertenecer al sindicato a pesar de haber sido un vahabundo. Pero, ¿cómo podía saberlo ella? ¿Y qué le hacía creer que él iba a cargar con obligaciones, ahora que tenía ese puñado de dinero a su disposición? Frankie, pues, meneó la cabeza negativamente. Pero ella continuó sonriendo y le tiró de la manga. De repente él tuvo una idea.

-De acuerdo -le dijo-. Ya voy; pero espérame aquí. -Y señaló al portal; efectivamente, ella se quedó apostada. Él pasó ante ella, que le dedicó una ancha sonrisa.

Una vez dentro, Frankie empezó a sonreír a su vez. Aquella barraca debía tener una entrada por el otro lado. Saldría, pues, por ella. Muy sencillo. Pero en el vestíbulo había un tipo que se dirigió a él y le preguntó:

-¿Tú eres maquinista o metalúrgico?

-Moldeador -respondió, a quien se le escapó la palabra sin querer -; pero no estoy sin di...

-Y nosotros tampoco, amigo. Ven a llenar la solicitud. Tiene prisa y el patrón reclama mano de obra. Es difícil encontrar gente experimentada en esta ciudad.

Antes de que él hubiera podido decir nada, aquel tipo le había hecho entrar en la oficina, donde un hombre gordo y bonachón, llamado Chesley, le tendió un formulario. Frankie iba a negarse cuando la puerta se abrió tras él. Entraron rápidamente, andando como autómatas. Los dos llevaban pañuelos de seda sobre el rostro. Debían habérselo atado en el vestíbulo, antes de sacar sus pistolas, con las que ahora les apuntaba. Uno de los bandidos gritó a través de su pañuelo:

-¡Arriba las manos y que nadie se mueva!

Estaban allí Frankie, aquel Chesley, un viejo contable y el individuo que los había hecho entrar en la oficina. Los cuatro alzaron los brazos rápidamente.

-Contra la pared -ordenó el primer enmascarado-. Que esta pistola dispare-. Se dirigió hacia la caja fuerte y esperó.

Empezaron a moverse; el viejo contable parecía a punto de desmayarse. Y en efecto, de repente se desmayó.

-¡Sostenedlo! -gritó Chesley-. ¡Padece del corazón!

Los dos tipos enmascarados se volvieron y lo vieron desplomarse. Frankie lo vio también. Y no se dio cuenta de una gran papelera llena hasta que metió el pie dentro de ella.

La papelera se volcó con gran estrépito y rodó, yendo a dar contra uno de los atracadores. Frankie perdió pie y cayó hacia adelante. Agitó los brazos para agarrarse a alguna cosa y lo primero que encontró fue el cuello del atracador más próximo. Éste y Frankie se encontraron de repente en el suelo, y Frankie vio un revólver ante él. Sin pensar en el peligro, lo cogió. El otro bandido lo vio y se apartó de la caja fuerte. Y en aquel momento, la papelera rodó y se le metió por entre las piernas. Sorprendido, se volvió y soltó un grito. Pero al hacerlo dio la espalda a Chesley, que se le echó encima. De un golpe seco, en el puño, Frankie le hizo soltar el arma y luego con la pistola amenazó a los dos hombres, inmovilizándolos mientras Chesley daba la señal de alarma. Durante la media hora que siguió hubo gran excitación. Cuando la policía hubo terminado de interrogar a Frankie, le tocó el turno a los periodistas. Y cuando terminaron, intervino de nuevo Chesley; Frankie ya no tuvo que llenar el formulario. Chesley tuvo sumo gusto en darle un empleo para que empezara al día siguiente.

Estaba tan aturdido, que acabó por salir por la puerta de delante. Cuando se dio cuenta de lo que hacía, ya era demasiado tarde para volver sobre sus pasos. Y ella estaba allí. Le había estado esperando todo aquel tiempo.

Como le había dicho el profesor, todo era cuestión de suerte. La ruleta, después el hecho de haber tropezado con la papelera y ahora este empleo y la vida nueva y decente que se le ofrecía. La suerte ciega.

Se la quedó mirando; cuando se producía algo importante ella estaba siempre cerca. Con una señal de la cabeza, la invitó a unirse a él, lo que ella hizo sonriendo. Fueron calle abajo juntos y él compró maletas; luego fue al Ardmooon y alquiló un apartamento amueblado. Doscientos billetes al mes y nada de preguntas. El empleado ni siquiera la miró, y el botones los condujo sin una palabra y sin la menor sonrisa de complicidad. Dio una propina de medio dólar al muchacho y luego se sentó sobre la cama. Ella se quedó en medio de la habitación y sonrió.

-La cosa marcha, ¿eh, muchacha? Bueno, considérate en tu casa.

Quiso encender el cigarrillo, pero le ponía nervioso verla sentada, sin moverse, sonriente, como una estatua de piedra. Tuvo ganas de tomarse una copa. Una buena copita antes de cenar. Había un bar en la planta baja del Ardmooon: uno de esos lugares de categoría, casi en penumbra y muy tranquilo. Un lugar en donde uno podía descansar y beber.

Frankie se levantó.

-Espera aquí un minuto -dijo-. Voy a bajar a comprar un diario.

Ella ni intentó detenerle. Se limitó a sonreír.

Bajó las escaleras hasta el vestíbulo. Cuando el camarero le preguntó qué deseaba, estuvo a punto de responder que "un mosky", pero al recordar que ya no estaba obligado a beber ese infecto matarratas, dijo:

-Rye, con hielo.

Estaba bueno.

-Póngame otro -pidió.

El hombre se lo puso. También éste estaba bueno. Todo era bueno aquí. La oscuridad suave y agradable y la música sentimental como sonido de fondo. Todo invitaba al reposo.

-Lo mismo -repitió.

Se sentía cada vez mejor. ¿Y por qué no? Gracias a su buena racha, nada podría salirle mal. Ni siquiera con la dama. O por causa de la dama. Esta idea le chocó al tomar el tercer vaso. Ella estaba en el fondo de su espíritu, desde el principio y, con la ayuda del tercer vaso, le pareció menos ridículo. La dama de rojo era la diosa Fortuna.

-Lo mismo -volvió a decirle al camarero.

¿Qué había dicho aquel buenazo del profesor...? "Si creer en ella puede que venga aquí". Él había experimentado este sentimiento la noche anterior. Era absurdo, pero también es cierto que la suerte siempre es absurda. Como decía el viejo, algunos tienen todas las rachas, mientras que otros se encuentran siempre en el lado malo de la barricada. Absurdo o no, le había ocurrido a él. Tenía a la diosa Fortuna precisamente en el sitio donde la había deseado tener: a su lado.

-Otro más.

Era la más singular, la más enorme sensación del mundo: estar sentado allá y estar seguro que la suerte le sonreiría en adelante y estaría a su lado. La suerte ciega y muda, pero siempre sonriente. Dispuesto a darle todo lo que él quisiera.

Evocó todas las cosas que había deseado en el curso de los últimos años. Uno de esos pequeños coches ingleses. Una finca rodeada de bosque, quizá con un pequeño lago privado para la pesca. Y después de una buena casa, habría querido, más que nada en el mundo, una rubia. Como la que se encontraba en el otro extremo del bar.

Era una chica estupenda, con las piernas desnudas. Fumaba en una de esas boquillas de fantasía e iba elegantísima. La clase de muñeca que no había tenido nunca el valor de mirar dos veces. Pero ahora, ¿por qué no? Todo había cambiado. La suerte era suya. Si deseaba alguna cosa, la podría obtener. Puede que ella hubiese enviado a esta rubia expresamente, sabiendo sus deseos. Era muy sencillo. No tenía más que acercarse y decirle: "¿Quieres una copa, muñeca?", o mejor aún: "¿le gustaría tomar una copa conmigo?" Esto último sería más elegante.

Pareció más elegante, en efecto, y dio resultado. Ella aceptó. Frankie se levantó, un poco aturdido, y la ayudó a encaramarse en el taburete. Luego se volvió a sentar, se bebió otra copa y se encontró a sus anchas, perfectamente a sus anchas. Se sentía cada vez mejor. Le resultaba fácil expresarse. Ella se llamaba Margot. No, Margaret, no, Margot. Desde luego, la dama de rojo le esperaba arriba. Puede que de biera subir a verla. Mas, ¿para qué? Ella no comía; la Suerte no necesitaba alimentarse. La Suerte era gratuita, y todo sería gratuito y fácil de ahora en adelante. También era fácil hablar a Margot. Fácil explicarle que él tenía una racha, que todo lo que tocaba se convertía en oro. Frankie, pues, se lo explicó todo mientras bebía. Le contó cómo acababa de mudarse, cómo había hecho detener a los atracadores aquella mañana y cómo había ganado aquel dinero el día antes. Y esto no era más que el principio, ya vería. Ella declaró que le gustaría verlo. Ya le llamaba "mi Frankie" y le confesó que temía estar un poco bebida.

Luego la sala del bar comenzó a llenarse. Frankie propuso comprar una botella y subir para bebérsela tranquilamente en su habitación.

Ella le respondió:

-¡Oh, no sé si debo!

Pero Frankie veía claramente que estaba ya decidida, y, en efecto, acabó por decir que sí.

El camarero les envolvió, pues, una botella. La llevó la muchacha, porque a él le costaba un poco de trabajo andar. De repente, Frankie se acordó de algo y pidió a su acompañante que le esperase un momento. Precipitadamente se dirigió a su habitación. Ella seguía sentada y le sonreía; ni siquiera había movido un músculo desde que él se marchara.

Frankie se adelantó y le dijo:

-Gracias, muchísimas gracias. Pero ahora debes irte, porque, si no, ella te vería. Queremos estar solos, ¿comprendes?

Ella siguió inmóvil, sin oírle. Así que él se puso a repetir esas palabras a voz en grito. Y luego la cogió por el brazo y la empujó hacia la puerta. Era como si moviera a una estatua; pero lo logró. La llevó por el pasillo hasta el vestíbulo, esperando que no viera a la rubia. Pero debió de verla, porque la miró fijamente y dejó de sonreír. Se quedó inmóvil y en sus negros ojos asomó una mirada de hielo que le traspasó. Él trató de sonreír y la empujó ligeramente.

-Vete -le dijo-. Vuelve mañana. Sé buena.

Entonces ella se alejó y Frankie fue a buscar a la chica y la llevó a su habitación.

-¿Con quién hablabas? -le preguntó Margot-. ¿Contigo mismo?

-¿Y qué importa? -repuso.

Dejaron de hablar del asunto y se tomaron una copa. Para demostrar a la joven que no mentía, le enseñó su fajo de billetes. Después de esos las cosas fueran aún mejor entre la rubia y él. Ella le dijo que le quería mucho, más que mucho; pero él estaba tan borracho y tenía tanto sueño que le costaba trabajo mantener los ojos abiertos. Cosa curiosa: en ese momento, a Frankie le pareció que llamaban a la puerta. Creyó que tal vez sería la dama de rojo; pero antes de que pudiera tratar de comprobarlo, se quedó dormido.

Cuando Frankie se despertó, ya era de día y el sol brillaba. La rubia se había marchado, y con ella el dinero, incluso las maletas nuevas. Se encontró con un dólar y treinta y cinco centavos en calderilla.

Efectivamente, antes de que hubiera podido poner orden en su mente, el director le telefoneó para quejarse y pedirle que abandonara inmediatamente el apartamento, porque había molestado a los vecinos durante la noche. Entonces, recordando que no le quedaba más que un dólar y treinta y cinco, quiso hablar de una devolución de dinero; pero el director le declaró que, si insistía, llamaría a la policía. Además no quería a un ex-condenado en su establecimiento.

Le pareció que la cabeza le iba a estallar. No podía comprender cómo el director podía saber "eso". Lo comprendió cuando al bajar y comprar el periódico leyó el titular: "Un ex-condenado hace fracasar un atraco", y su propia historia a continuación. Toda su historia, porque algún reportero maligno debía haber hojeado los archivos, para ver qué se podría decir de Frankie, y había encontrado su nombre en un viejo artículo escrito en la época de su condena. Era, o es, inútil ir a ver a Chesley para hablar del empleo. También el fajo de billetes se había evaporado gracias a aquella pérfida rubia...

Bueno, ¿y qué? Era el juego. Podía ganar más con su suerte. ¿Con su suerte? ¡Sí, ella había también desaparecido! ¡Y ella era su suerte! Debieron tomarle por un loco cuando volvió corriendo al Ardmoon y habló al director de la dama de rojo. No la había visto, por supuesto. Ni nadie, salvo Frankie.

Volvió al restaurante y al almacén, todos los lugares en los que había estado. Nadie sabía nada. ¿Cómo la había llamado el profesor? Fortuna, la diosa caprichosa. ¡Caprichosa! El único caprichoso había sido él. Él la había abandonado por una rubia, la había despedido por una rubia bribona y ladrona.

Se pasó el día recorriendo la ciudad, buscando a la dama de rojo. Pero no la vio. Le dolía la cabeza, le dolían los pies y hablaba solo.

Finalmente decidió probar en el bar. Allí era donde la había encontrado. Puede que estuviera en la sala del fondo, donde giraba la Rueda de la Fortuna. Empezaba hacerse de noche y Frankie estaba hecho un pingajo. A causa del mal posterior a la borrachera, de su larga caminata y de aquella extraña confusión que le impedía distinguir la realidad, apenas si veía. Estaba a unos cien metros del establecimiento, cuando frunció los ojos y se hirguió. Una persona que se parecía a la dama de rojo salía por la puerta delantera.

Echó a correr. La dama se alejaba rápidamente, haciendo sonar sus altos tacones. Al acercarse, pudo ver que no era ella. Pero vio de quién se trataba. Era la rubia... ¡Margot! Venía de jugar a la ruleta. Con su dinero. Ella se apresuraba en la dirección opuesta, sin darse cuenta de que Frankie corría hacia ella. La alcanzó en la esquina de la callejuela.

Sabía ahora que la dama de rojo estaba con él, aunque no la hubiera visto desde la mañana. Seguramente habría arreglado el encuentro con Margot. La suerte estaba, pues, todavía de su parte. Entonces supo lo que debía hacer: cogió a la rubia por la cola de caballo y la metió rápidamente en la callejuela. Ella se volvió y lo vio. Abrió una boca y unos ojos inmensos.

-¿Dónde está el dinero? -gritó Frankie sacudiéndole la cabeza-. ¿Dónde está mi dinero?

Sacudía de tal manera a la rubia, que ésta no podía hablar. Pero su bolso se le escapó y cayó sobre el pavimento, desparramándose una gran cantidad de objetos menudos. Margot señaló su bolso, jadeante.

Frankie le pegó un último empujón. Luego, poniéndose de rodillas, registró entre el farrago de cosas caídas del bolso. Y halló un par de dólares en calderilla.

-¡Lo has perdido! -gritó-. ¡Lo has perdido todo! Eres una ladrona.

Se la quedó mirando. La espalda contra la pared, estaba sentada en el mismo lugar donde él la había tirado. Cuando le pegó el empujón, ella se golpeó en la cabeza; debió ser un golpe muy fuerte, porque le corría la sangre por la mejilla. Frankie se inclinó y quiso palpar su frente; pero la cabeza de la rubia cayó hacia adelante. Estaba muerta.

Salió corriendo de la calleja. Tenía ganas de escapar, pero no podía ir a ninguna parte. Sabía que en cuanto encontraran a la rubia, le seguirían la pista hasta el hotel, lo identificarían y más pronto o más tarde le detendrían.

Tenía en la mano aquellas monedas. Únicamente le alcanzaban para pagarse una copa o dos, así que se dirigió hacia el bar, entró y se subió a su taburete habitual.

El profesor estaba allí y Frankie quiso contarle su aventura. Quería contársela porque el profesor quizá pudiera resolverle un problema muy importante. ¿Había habido realmente una dama de rojo o todo había sido imaginación? Frankie se puso a contar apresuradamente. El viejo estaba completamente borracho, como Frankie la víspera, pero pareció comprenderle.

-Alucinación, le dijo-. Era una cosa que estaba en tu ánimo. Y en esos casos, la realidad se hace puramente subjetiva. ¿Es que existe un

mundo objetivo? Esa, amigo mío, es la cuestión.

Apartó la mirada de su copa y contempló la puerta de la sala del fondo.

-Un momento -dijo-. ¿A quién hace señas?

-Yo no veo a nadie -le respondió Frankie.

-Entonces es a mí a quien busca -dijo el profesor.

Se bajó del taburete y se dirigió hacia la puerta. Por un instante Frankie le vio mover los labios, gesticulando, como si hablara con alguien. Luego asintió con la cabeza y mantuvo la puerta abierta para dejar que alguien entrara con él hacia la sala del fondo.

Frankie seguía sin ver a nadie; pero se acordó: el viejo había dicho que la Fortuna era una diosa caprichosa. Puede que ella tuviera a hora un nuevo amigo que quizá la tratara mejor. O a lo mejor era que había transmitido su alucinación al profesor, como se transmite el s rampión o la gripe. Tal vez los dos estaban mal de la cabeza. Quizá tdo provenía de su imaginación.

A lo mejor también había imaginado que mataba a la rubia. Frankie ya no sabía qué creer, cuando de repente oyó las sirenas y supo que no todo había sido fruto de su imaginación.

Las sirenas se acercaron y Frankie alzó su copa.

-¡A la suerte! -exclamó.

En ese momento entró la policía.

T.O.: LUCK IS NOT LADY

R. B.

(Viene de 51)

toda la noche... ¿soñarían?

-No hables de eso

-No, ¿pero soñarían? Sin gente viva que interfiriese. que estorbese a los sueños... una cosa tan placentera, sólo los muertos. Soñando a miles, su última noche.

Lorna se estremeció: -Una pesadilla.

-Sí -Murray asintió con vehemencia-. Una cosa terrible. Es bueno el que nosotros no estemos allí, el que el desierto nos proteja. Todos esos muertos, soñando libres al fin, ¿pero tantos al mismo tiempo! ¡Un sueño sobrepuesto al próximo, desgarrándose los fragmentos entre sí! Una terrible noche final para los billones de personas muertas.

Cayaron, imaginaron las inquietas voces de más allá de las montañas. "Yo era el más grande" "Yo pude haber conquistado el..." "los hombres adoraban mi belleza..." "yo, yo era el rey de..." "¡escucuchadme a mí!"

Se estremecieron. Lorna dijo: -¿Por qué vamos en esta dirección?

Delante de la plaza del pueblo había un autovolcado junto al viejo monumento a la guerra. La capota estaba arrugada, el parabrisas roto y derramado por el suelo; había un cuerpo tendido, mitad dentro y mitad fuera. -Lo vi desde la torre -dijo Murray con tristeza. -No nos acerquemos más. -Pero tenemos que hacerlo, ¿no entiendes? La noche casi ha terminado. Los fuegos purpúreos morían a lo largo de la calle. La luz de este ascendía. -¿Uno de nosotros? -susurró Ken. Se acercaron más los unos a los otros, acurrucándose en el frío amanecer. -¿Pero cuál? Se miraron enyres ellos. Lorna vio que Ken se volvía nebuloso, semitransparente. Una estrella matutina ardió a través de su pecho. Al ver que ella le miraba, se agachó y dijo ferozmente: -¡Soy real... yo soy real! -y se golpeó el pecho con el puño, pero no se oyó ningún sonido.

-Yo los estoy soñando a todos -dijo Lorna incrédulamente-. Esta es una apariencia. Esa debo ser yo... mi auto; trataba de huir, crucé el desierto y choqué. Pero la voz era tenue, y la luz de la mañana resplandeció a través de ella como si estuviese hecha de papel. -¿Todos muertos? ¿Todos muertos? -dijo la voz quejumbrosa de Murray. Él era gris como el humo, igual que los otros. Flotaron. Vagaron hacia el monumento. Se juntaron alrededor del cuerpo tendido en la ruina. Yo era el más grande científico del mundo -dijo la voz de Murray, apagándose. -Yo el más grande boxeador -resonó la de Ken; y desapareció. -Yo era la prostituta más cara... -una voz débil, muriendo en el viento. -Yo era la más grande cantante... -un murmullo, que se convirtió en susurro y luego en silencio. Los cuatro habían desaparecido. Sólo quedaba la figura tendida... un hombre joven y delgado, muerto, con la chaqueta manchada de sangre y la cara débil, retorcida hacia las estrellas. Un último pensamiento, apagándose: "Y yo...yo no era absolutamente nada."

T.O.: THE NIGHT OF LIES

Trad.: M.S.

D. K.





¿ qué hacemos con ella ? ."

- " Déjenla en el X-2 con la muestra de sangre, pero previamente asegurada."

- " Bien, así lo haremos .Corto."

- " Buena suerte muchachos. Corto."

Cuando llegaron al X-2 depositaron la preciada carga en el lugar indicado y regresaron al cohete .

Faltaba ya muy poco para que el momento crucial y memorable llegara. Tan sólo unos minutos y..... un mundo nuevo descubierto.

Estaban sobre Marte ,su polvillo gris se apreciaba tras los gruesos cristales de la nave ; Davis y Henri quedaron absortos ante la magnificencia de su paisaje, sombrío y tenebroso pero que parecía acogedor.

Era parecido a la Tierra ,sin embargo eran tales también sus características climatológicas que la Ciencia desechaba la idea de que hubieran seres parecidos al hombre. La vida, si realmente existía allí se desenvolvería en una forma que nos sería completamente desconocida.

El planeta Marte llama a todo el mundo su atención por su tono rojizo .

Desde que un famoso sabio ,con un telescopio bastante potente, descubrió en la superficie del planeta ciertas alineaciones ,como trazadas con regla, que se entrelazaban yendo a parar a puntos determinados, la fantasía popular alimentó la convicción de que Marte estaba habitada por seres inteligentes , y que aquellas alineaciones eran colosales obras de ingeniería por ellos hechas. Lo más normal era imaginar que se trataba de conductos de agua, canales .

Y el capitán y el teniente estaban allí para averiguar si las creencias eran fundadas. Si en verdad existía vida en el planeta Marte.

David se acabó de vestir y se dispuso a salir de la nave cuando una voz de trueno, que provenía de Marte ,se oyó :

- " ; Terrícolas, no oséis pisar nuestro sagrado planeta ! Aquí en Marte existe una armoniosa paz y amor entre todos ,pero en vuestro planeta Tierra sólo hay guerra y destrucción, y no queremos que la traigáis aquí . Marchaos o moriréis, y vuestra nave será destruída .Id pues y decí a vuestros hermanos que Marte no quiere ser molestada."

Se asomaron los dos muchachos a las ventanillas del cohete, , y pudieron ver que quien hablaba era ,no un hombre, sino un extraño ser que al terminar quedó encogido hasta el tamaño del caparazón que antes habían recogido adherido a su cápsula .Sin duda alguna aquella era la forma de vida de Marte .

Extraños monstruos para nosotros.

Encendieron los potentes motores nucleares y se dispusieron a marchar.

Iban con la esperanza de que, ya que no habían podido explorar Marte, podrían no obstante analizar allá en la Tierra el extraño ser ,poblador del planeta, que habían dejado en el X-2 .

Pero cuando llegaron allí , vieron que había desaparecido llevándose también la muestra de sangre.

---

LOS PIONEROS DEL ESPACIO VUELVEN CABIZBAJOS Y TRISTES A LA TIERRA , YA QUE LES HA SIDO NEGADA LA SATISFACCION DE EXPLORAR UN NUEVO MUNDO , UN NUEVO PLANETA " MARTE " .

Las colinas del desierto pendían oscuras sobre el pueblo. Era el a noche, y el viento soplaba suavemente sobre las largas extensiones. Un grillo cantó en algún lugar de la oscuridad; luego otro. Por las largas calles retorcidas empezaron a brillar las luces purpúreas, como suaves fuegos de San Telmo. Bañaron las viejas fachadas falsas con un resplandor mágico, llenaron las ventanas vacías y los polvorientos cuartos silenciosos. El letrero de una tienda osciló, chirriando alegremente. A lo largo de la calle flotó un soplo de música. La risa de un hombre surgió en la noche, fuerte y gozosa.

Una mujer salió a la acera con un remolino de faldas sdornadas. Era esbelta, vestida de crema y oro; la cara era tan pálida y el cabello tan dorado como las ropas.

-¡Ken! -llamó-. ¡Aquí!

Un hombre apareció debajo de una lejana galería. Era delgado y flexible y tenía el porte de un luchador.

-¡Lorna! ¡Estamos vivos... y ellos se han ido!

La risa de ella ondeó hacia él.

-¡Claro que sí! ¡No es maravilloso?

El caminó hacia ella agrandes zancadas

---

## LA NOCHE DE LAS MENTIRAS

### DAMON KNIGHT

---

-¿Dónde está Murray? ¿Y Louise?

-¡Aquí!

-¡Aquí!

Apareció un hombre rechoncho, con las mejillas encendidas y sonriendo; luego una mujer vestida con una bata azul nieve. Se reunieron en el medio de la larga calle, estrechándose las manos y palmeándose la espalda los hombres, y abrazándose las mujeres.

-¡Vivos... y los invasores se han ido!

-Bien lejos... de vuelta a Arturo.

-¡Nos olvidaron!

-¡Estamos vivos!

A la luz violácea las caras estaban alborozadas, los ojos brillantes, los dientes resplandecientes. La Mujer llamada Louise hizo girar el cabello negro y sus pies empezaron a moverse al compás de la música.

-Es demasiado hermoso... ¡No puedo estar quieta... tengo que bailar!

Tomó las manos de Murray y lo arrastró a una intensa polka, girando y girando al compás de la música, mientras los otros se reían hasta las lágrimas.

-Ch, Murray, si te vieras...

-Nunca -jadeó el hombre rechoncho secándose la cara con un enorme pañuelo-, nunca bailé así en mi vida.

Los otros cayeron un momento; la música había menguado hasta volverse silencio y el viento, lejos, sopló, solitario, en la calle.

-¡Pero vamos! -dijo Murray-. ¡Hay que celebrar esta noche! ¡Tenemos lugares adonde ir y cosas que hacer, amigos!

El fuego manaba de la aguja de la iglesia, flotando las chispas rojas en el viento. Cada cornisa era un gusano de luz. Por encima se deslizaban candelas romanas en un susrrante tropel. Subían los cche--tes para deshacerse en estrellas silenciosas que goteaban del cielo, a pagándose.

-¡Al observatorio! -gritó Lorna.

-¡Pasando por la taberna! -voceó Murray y las risas retumbaron a través del tranquilo pueblo.

Subieron en los resonantes ascensores bajo las estrellas.

-Yo era el más grande científico del mundo -dijo Murray, mirando por encima de los tejados.

-Y yo la más grande cantante -dijo Lorna.

-Y yo era el mejor boxeador.

-Y yo la prostituta más cara.

-Ahora, los cuatro... -dijo Murray; y un silencio se apoderó de ellos. Alrededor del pueblo el desierto estaba vacío y oscuro.

-¡Por nosotros! -grió Louise, alzando la copa de vino.

-¡Por nosotros! -y bebieron, de pie, en la alta torre, encima de las azoteas, mientras el viento oscuro les rizaba el cabello.

-¿Por qué nosotros cuatro? -le susurró Lorna a Ken-. Parece tan...

-Somos viejos amigos -dijo él-. ¿Qué otros podrían ser? ¿Te imaginas al mundo sin el viejo Murray... o Lou?

Ella le tocó el pelo.

-Siempre te quise... de veras.

-Lo sé, lo sé ahora, Lorna. Y es bueno. Bueno de veras, porque estamos vivos, ¿me oyes...? ¿Ustedes, las estrellas, me oyen? ¡Estamos vivos!

Los ecos vibraron sobre los techos silenciosos y murieron en la orilla del desierto.

-Cuatro en billones -dijo Murray acercándose-, por que sé que somos los últimos.

-Es mejor no hablar de ellos -dijo Louise, siguiéndolo.

-Pero todos vimos las naves de los invasores flotando en el cielo, abrasando y abrasando... fila tras fila, como si no tuviesen nada más que hacer que flotar y quemar. Nadie más pudo haber quedado vivo.

-Bueno, entonces -dijo Louise con un brillante destello en los ojos-, cuatro es suficiente, ¿verdad?

-Querida... -dijo Murray volviéndose hacia ella.

-¡Bailemos, entonces... cantemos! -gritó Lorna. La música era chillona, y las luces latían en la torre como olas espectrales al romper.

Ruidosa, la risa sonó a través del desierto, e incansables, los cuerpos danzaron en el suelo. Bebieron el rojo vino a grandes tragos, y no se emborracharon; cantaron, y nunca se detuvieron a respirar. La noche se deslizó por las montañas; el primer borde de la aurora asomó por el este; la música había cesado, y sólo los grillos lejanos cantaban en la oscuridad.

-Tengo frío -dijo Lorna-; aquí hace demasiado frío; vayamos abajo.

-Cuatro entre millones -murmuró Murray mientras descendía de la torre-. ¿Por qué nos habrán pasado por alto? Yo no recuerdo... ¿Por qué estamos aquí, los cuatro?

-Llegamos en auto -Dijo Ken.

-Sí, de noche -dijo Louise-. Con los invasores sobre el horizonte... lo recuerdo. Llegamos cruzando el desierto y luego... -su voz vaciló.

-Yo ya no recuerdo -dijo Lorna.

-No. Sólo un sueño, unas tinieblas, hasta que despertemos.

-Pero estamos vivos... ¿qué importa? Estamos vivos...

-Supongamos que todos han muerto -murmuró Murray-. Todos. Que acaba de morir todo el planeta.

-No hables de eso.

-No, pero pensemos en los muertos, yaciendo a miles y a millones,

Queridos Alberto y Sarah: Vuestro pequeño corazón no puede saber el dolor que me ha causado el tener que separarme de vosotros, pero Aquél que es Eterno y reina en lo alto así lo ha dispuesto. Mi misión entre los hijos de los hombres ha terminado. ¿Recordáis aquella Pascua de 1946? Yo fui enviado por aquel que dispensa todos los bienes para dirigiros y cuidaros. Esperábais a Elías en vuestra mesa pascual y mi espíritu se presentó ante vuestra puerta como hizo Moisés, adoptando la forma de un niño dentro de una canastilla. Usé poderes mentales que vosotros aún no conocéis, porque Jhavé lo ha dispuesto así, y os induje a que me adoptárais, y vosotros me recibísteis. Sólo Aquel cuya memoria es eterna, el Señor y Salvador nuestro, los conoce y lo da a sus servidores. Uno de ellos fue Enoch; otro, Moisés y otro Elías, que es el que dirige actualmente el despacho que se encarga de los asuntos de la Tierra y con el que he estado en contacto permanente mientras estuve con vosotros estos siete años.

Reconozco que pude tener padres adoptivos mejores. Vuestra religión, junto con la católica, están muy cerca de la Verdad, Verdad que tiene el Cordero guardada con siete sellos y que será anunciada por la trompeta cuando venga el Hijo del Hombre.

Otros como yo han sido enviados a hombres justos como Bertrand Russell, Schweitzer, Oppenheimer y otros. Hemos estudiado vuestra sociedad, vuestra política y organización, vuestros escritores y poetas. Desde que el hombre apareció sobre la Tierra el Eterno no lo ha dejado de su mano y un día descubrirá los medios que ha utilizado para elevar vuestra cultura. Entonces conoceréis cuáles eran los hombres auténticos y cuáles de vuestros sabios y poetas eran "espíritus enviados" que adoptaron como disfraz la carne humana

---

EL  
NIÑO  
ABANDONADO

J O S É  
A n g e L  
C R E S P O

---

A mí me ha correspondido estudiar tus escritos y teorías. Junto con esto, he leído tus pensamientos y he previsto tu evolución mental. Estás ya muy cerca de la verdad científica que persigues. Para el Eterno tu descubrimiento es menos que un grano de arena, pero en la Tierra revolucionará la ciencia.

En el año 1901 pusimos en tu cerebro con poderes también ocultos, la semilla de la idea de la relatividad entre energía y masa. Ahora estamos en lo que llamáis año 1953 y a pesar de tus esfuerzos aún no has terminado la fórmula simplificada que hará subir a la Humanidad un escalón más en el trono de Aquel que todo lo puede.

El que me envió me dijo: "Ve y dile al justo: 'Tus pasos en la Tierra te van aproximando al Eterno. Es hora de que termines tu obra'". Has sido pesado y te hemos encontrado suficiente en justicia y caridad.

Por tanto, yo, Moshe Einstein, como tú me conoces, o uno de los que adoran al Cordero en los círculos superiores, te hablo. Mi presente será la culminación de tu obra.

Anuncia a las naciones el misterio de la naturaleza: "La energía que mueve al mundo es igual a la masa multiplicada por una constante. El señor es la luz del mundo, y tu constante (la que durante cincuenta y dos años has perseguido sin encontrarla) es el cuadrado de la velocidad de esa luz".

Y ahora Shalom. Guarda en tu corazón las palabras de Miqueas: Oh, hombre, ¿qué es lo que Dios exige de t?: practicar la justicia, amar la caridad y caminar humildemente delante de Dios".

(Princeton, en la media luna de marzo de 1953)

Desde que el hombre ha paseado por la Luna, parece que son muchos los críticos que se han reconciliado con la literatura de SF. Ya iba siendo hora, la verdad, porque es este un género que, tocado por buenos escritores, está asumiendo una de las temáticas más complejas y preocupantes de nuestro tiempo: eso que Ray Bradbury llamaba la adivinación de "los futuros posibles".

En la literatura de anticipación, en la SF, ficción científica o como quiera llamarse le, o se es muy bueno o se es muy malo. No hay término medio. Cuando se es bueno, surge un Huxley con "MUNDO FELIZ", un Simak con CIUDAD, un Orwell con "1984" o un Bradbury con FAHRENHEIT 451. Cuando se es malo, surgen los mil y dos autores, cuyos engendros pseudo-literarios, llenos de estupideces, de robots y de monstruos del espacio, nos irritan desde los kioscos de todas las esquinas.

Cada buen relato de SF es, más que una literatura típica de evasión, un intento de que el hombre se vea a sí mismo desde la perspectiva de la distancia en el espacio o en el tiempo; es un SOS lanzado desesperadamente para pegar aldabonazos a la conciencia del mundo y evitar que el barco se nos hunda. Cuquiera de los cuatro títulos antes citados es como un espejo colocado ante nuestra conciencia de hombre como un signo indicador que señala luz roja: "por aquí se va al caos", "por aquí se desemboca en la Despersonalización".

Frente a aquellas tremendas palabras de Lavoisier que hoy nos hacen estremecer por su rigidez dogmática -"No pueden caer pedras del cielo porque en el cielo no hay piedras" -, el buen escritor de SF sabe, con Jean Rostand que "lo invisible será visto; lo indiscubrible será descubierto; lo que no se manipula será manipulado". Hagámonos simplemente esta pregunta: ¿no nos hubiéramos reído si un autor hubiera escrito una novela en la cual hay una transmisión de televisión en directo de la Luna a la Tierra? Esa estampa de Armstrong pisando nuestro satélite, que millares de seres humanos contemplamos hace unos días, ¿no es en sí misma como una página de SF? Recordemos, de paso, que Tsiolkóvsky, Goddard, Oberth y Von Braun (acaso los más prestigiosos expertos en vuelos espaciales) escribieron relatos de SF, intentando difundir así, a través de este género, sus ideas sobre navegación cósmica.

Como en los diecitantos libros que llevan mi nombre en su portada no hay uno sólo que pertenezca al género de la SF, creo que nadie me tachará de parcial si digo -y lo digo- que, en mi opinión, la SF, la SF tocada por buenos escritores, es un género que está pidiendo a gritos un poco más de "respetabilidad" a la hora de ser enjuiciados por nuestros críticos. Porque en literatura hay que ser, sí, fieles a la realidad; pero ¿qué es realmente la realidad y hasta qué límites la fantasía se proyecta o deja de proyectarse sobre los raíles de los lógicos "futuros posibles"?

La SF auténtica es, por decirlo de una vez, la noble, inquietante y testimonial literatura de "las últimas consecuencias".



ANTES, MUCHO ANTES QUE ARMSTRONG:  
LAS MIL CONQUISTAS DE LA LUNA

Oswaldo  
ELLIFF

Diez, nueve, ocho, siete... La cuenta atrás continuó hasta que, a las 9.32 horas argentinas del miércoles 16 de julio se inició la etapa decisiva de una increíble etapa espacial que no comenzó -como suele afirmarse- en las últimas décadas del siglo, sino muchos milenios antes, casi en los comienzos mismos de la historia de la humanidad. Porque cuando Armstrong y Aldrin tocaron con sus pies, protegidos dentro del traje espacial, el suelo lunar, concretaron una profecía que naciera con el arte, particularmente con la literatura y el cine. Hagamos una revisión de antecedentes, hechos, libros y filmes, acumulados desde la antigüedad.

#### UN JUGUETE ORIGINAL

Cien años antes del nacimiento de Jesucristo, Heron de Alejandría, que como casi todos los filósofos de su época se ocupaba de tareas paralelas a la meditación especulativa, inventó la "colipila". Era un juguete a reacción que echando chispas y humo se elevaba unos metros y tras planear caía graciosamente, para solaz y distracción de quien no había imaginado la trascendencia de semejante nimiedad infantil.

#### INCAS Y AZTECAS: "MALDITOS LOS PROFANADORES..."

En la remota América, ajena a la "civilización" que llegaría con Cristóbal Colón, los incas y aztecas, generadores de una cultura y de sistemas económicos y sociales de gran desarrollo, rendían culto a la diosa Coyolxauqui (la Luna), hermana del Dios Huitzilopochtli (el Sol). Los sacerdotes guardaban con celo sagrado los secretos de sus cultos. Desde esos arcanos días, en conocimiento del arribo al satélite terrestre por los americanos dirían: "Hombres perversos se han permitido hollar con su presencia esos dominios hasta hoy vírgenes, para la raza humana. Terribles males se desencadenarán por tal profanación" Quienes creen reconocer aportes extraterrestres en aquellas culturas, no toman a risa tal posibilidad, aunque convencidos y minuciosos técnicos de Cabo Kennedy sonrían con tranquilidad ante tan negros presagios. Confían en las computadoras y en los controles de la nave Apolo 11. Su íntimo pensamiento es que ya nada puede detener el camino emprendido hacia las estrellas. Y que la Luna es una parada inicial, un puerto cercano en el vasto mapa a recorrer, hacia los confines incógnitos de universo.

#### PLATON: UN PAIS IDEAL

El discípulo de Sócrates, no sólo se dedicó a transcribir las enseñanzas del maestro que con resignación bebiera la cicuta impuesta por los líderes atenienses... Al imaginar el Estado que consideraba perfecto para gobernar a los descarriados humanos, metafóricamente abundancia. Llegó a suponer que la entonces lejana Luna bien pudiera abrigar a esa sociedad donde los filósofos y sabios dirigieran las estadísticas de este contradictorio planeta. Aunque ello no pasara, en su tiempo, de una trama más en su imaginación que tenía mucho más de poesía que de filosofía. Porque Selene era nada más que otra utopía.

#### CAMPANELLA, SAN AGUSTIN, HOWELLS Y COMPAÑIA

Los llamaron "utopistas". Es que imaginaban una sociedad distinta a la de su tiempo. Los conductores de la ética oficial los encasillaron en ese lema. Temerosos de una reacción que entonces solía manifestarse como el potro de tortura, la hoguera y otras penalidades, amén del enojo de los reyes y señores, ubicaba la acción de sus libros en países inexistentes, como Campanella con LA CIUDAD DEL SOL, San Agustín con LA CIUDAD DE DIOS, la ALTRURIA IMPLICITA, del inglés Howells y Cabet con su ICARIA. Nunca en la Luna, ¿por qué? Eso quedaba para los poetas, para los forjadores de rimas de abundantes ripios y con cierta exclusividad para los seductores de tipo clásico como Giacomo Casanova. La REINA DE LA NOCHE, uno de los motes utilizados, permanecía ajena a los incomprendidos utopistas. Era material propio de astrónomos, que se limitaban a observarla con sus fríos reflejos y deducían su influencia sobre los mares, la agricultura, el carácter... Hasta Jonathan Swift, en los VIAJES DE GULLIVER, una novela que resultaba excelente para acercarse a e-

lla, la ignoró, prefiriendo transportar al personaje por países que inventó, de gigantes, enanos y monstruos. Pero no todos procedieron igual. Fue el escritor Cyrano de Bergerac, homónimo de aquel otro que trovara en estrofas galantes Edmund de Rostand, quien se decidió a tripular un original vehículo en su VIAJE A LA LUNA, y en HISTORIA DE LOS ESTADOS DEL SOL, anticipaciones científicas del siglo XVIII, que suelen ser olvidadas por quienes introducen ese género literario con las novelas de Julio Verne. Ya hablaba don Cyrano de una nave de gases impulsores y otras características que después otros repitieron.

#### DE VOLTAIRE A VERNE: SE DESPRENDE OTRA ETAPA

El entonces temido Voltaire, dueño de la réplica aguda y supuesto paladín del ateísmo, nos legó su MICROMEGAS: la gesta de un ser gigantesco, con visos de Hércules y Atlas. Pero seguía en la línea del símbolo oportuno para la sátira política, aunque la Luna era mencionado como algo liviano de mover para la fuerza de tal andrógino cósmico.

Entrando el siglo XIX el viaje a la Luna pasó de ser de una imposibilidad absoluta a otra relativa. En la narración de Luis Sebastian Mercier, EL AÑO 2440, SUEÑO COMO NO EXISTIO JAMAS, que se ubica en el siglo XXV, se habla un tanto al pasar, del viaje espacial, no obstante preferir el autor la permanencia sobre el terreno firme del planeta, al que promete maravillas inauditas para las siguientes centurias: hasta el mismo viaje a otros mundos, acaso habitados. Es que ya lo afirmó Jorge-Luis Borges en su prólogo para la edición castellana del best-seller de Ray Bradbury CRONICAS MARCIA NAS: "...ciertas posibilidades futuras como el viaje a la luna y los planetas (...) eran absurdos para los escritores aquellos...". Y agrega: "Si tomaban tales temas era con un objeto muy diverso que el del relato fantástico en sí: parabolizar sobre alguna cuestión en particular". Hasta que entró en escena un francés nacido en Nantes, Jules Verne.

#### EL CAÑÓN CON DEMASIADA POLVORA

El ingreso de quien lograra tantos éxitos con su peculiar inventiva y voladora fantasía fue impetuoso, profundo, aplaudido sin duda. En 1865 publicó DE LA TIERRA A LA LUNA, y cinco años después una continuación reclamada por ávidos lectores: ALREDEDOR DE LA LUNA. Entre las chances a las que podía echar mano entonces eligió Verne antes que el cohete, el cañón de medidas colosales. Calculó que al producirse el disparo, el proyectil debía llevar una velocidad de 11.263 kilómetros por segundo; la necesaria para desprenderse de la fuerza de atracción de la Tierra. Todo eso lo expuso Verne por labios del Impey Barbicane, presidente Gun Club de Baltimore: "He considerado todos los aspectos del problema y basándome en cálculos irrefutables, puedo asegurar que cualquier proyectil lanzado a una velocidad inicial de 11.263 kilómetros por segundo y apuntando convenientemente a la Luna, debe alcanzar forzosamente su objetivo". En cuanto al cañón que era un tubo vertical de 270 metros de longitud, con un peso bruto de 69.000 toneladas, fue cargado con 180.000 kilos de pólvora, cuyo costo fue de unos 5.446.675 dólares. A pesar de tan minuciosos datos, sabemos hoy que, en caso de haberse llevado a la práctica el "proyecto Verne", aquella bala hueca no hubiese salido sino atomizada de aquel cañón o, en caso afortunado, habría explotado pocos metros después. La altísima temperatura originada por la detonación del "combustible" utilizado daría ese resultado, al no preverse las medidas de principal necesidad.

#### "ALREDEDOR DE LA LUNA": UNA Balsa ESPACIAL

Retomando la historial, el proyectil de aleja de la Tierra, siendo observado por un telescopio gigante, con un espejo de 487,66 centímetros de diámetro, instalado en la cima del monte Long'Peak.

Verne habló -o escribió- de apuntar hacia la Luna. Si su nave, salvando las dificultades señaladas, alcanzara el lugar calculado, habría encontrado sólo el espacio vacío. La Luna, en su girar alrededor de su planeta, ya estaría muy lejos de allí. Y los desgraciados viajeros se transformarían en naufragos del cosmos, porque el Columbus nombre del navío, transformado en un guijarro más del cielo, giraría sin destino por los siglos de los siglos.

Claro, que todas estas observaciones, a la luz de conocimientos actuales, no desmerece a quien encaró el tema con la audacia que otros marginaron.

UNA VERSION MEJORADA: H.G. WELLS

En 1901 se publicó LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA, del inglés Herbert George Wells. Esa no vela concretó el límite entre los relatos fantásticos y la moderna SF. La nave construida por el profesor Cavor, típico "sabio distraído" -de esos que suelen olvidar los pantalones porque está ensimismado en sus cálculos y diagramas- resultó distinta en todo a la fabricada por el Gun Club. Se trataba de una esfera que llegó a la Luna sin utilizar el principio del cohete -aún demorado por los novelistas- ni tampoco el disparo de un cañón. Wells logró tal objetivo gracias a una sustancia que tenía el poder de formar una pantalla antigravitatoria en torno al aparato volador. Cuentan que el honrado y meticuloso Verne, convencido de su idea, se enojó bastante con Wells, afirmando: "...Yo he utilizado la física para llegar a la Luna; él, la inventa. Ese metal que se burla de las leyes terrestres, no existe. Quisiera que Mr. Wells lo inventase". Si bien la "cavorita" aún pertenece a la fantasía, se acerca más como posibilidad a lo probable que el tremebundo cañón de Verne, a quien se le señala como padre de la SF, título que puede, por lo dicho, discutirse en pro de Wells. Quedando por recordar que, en las respectivas novelas, la nave del francés rodea al satélite, mientras que la de Wells no sólo aterriza en él, sino que sus tripulantes viven intensas aventuras de un electrizante desenlace.

EL CINE APUNTA A LA LUNA

En 1902 se conoció una película realizada en los estudios que en Montreuil montara Georges Méliés: director, productor, guionista, actor y demás del nuevo arte: el cine. Era VIAJE A LA LUNA (Voyage dans la Lune), film originalmente de 285 metros de extensión, que en sus 30 cuadros desarrollaba los preparativos de ida y regreso al satélite, poblado de andróginos bastante molestos para los componentes del Club de los Astrónomos. Ya Méliés presentó antes, en 1898, LA LUNA A UN METRO, cortometraje que prolongaba, en la filmografía de su creador, su realización posterior.

VIAJE A LA LUNA, de 1902, costó 10000 francos y fue el inicio de las películas de un género que alcanza su culminación -en la realidad actual- en la realidad actual. El mejor atractivo de Méliés es, además del criterio de adaptación de la novela de Verne, la presentación del vehículo y, después, de los selenitas, supuestos habitantes de aquel yerto paraje.

DE MELIÉS A HOLLYWOOD

Otros quisieron emular al "mago de Montreuil". Segundo de Chomón (español), dirigió en 1903 su VIAJE A LA LUNA, y Ferdinand de Zecca, junto con Gaston Velle, lo intentaron con una experiencia del mismo título, en 1905. Hubo un espacio fílmico en blanco hasta la notable UNA MUJER EN LA LUNA, producción germana de fines de la década de los años 20, una auténtica joya del género y del séptimo arte. Entonces los productores de Hollywood se apoderan -con talento pero también con dólares- del asunto, y lo encaran decenas de veces en películas que van desde lo deplorable hasta lo magnífico. Hasta la incalificable, por superlativa "2001".

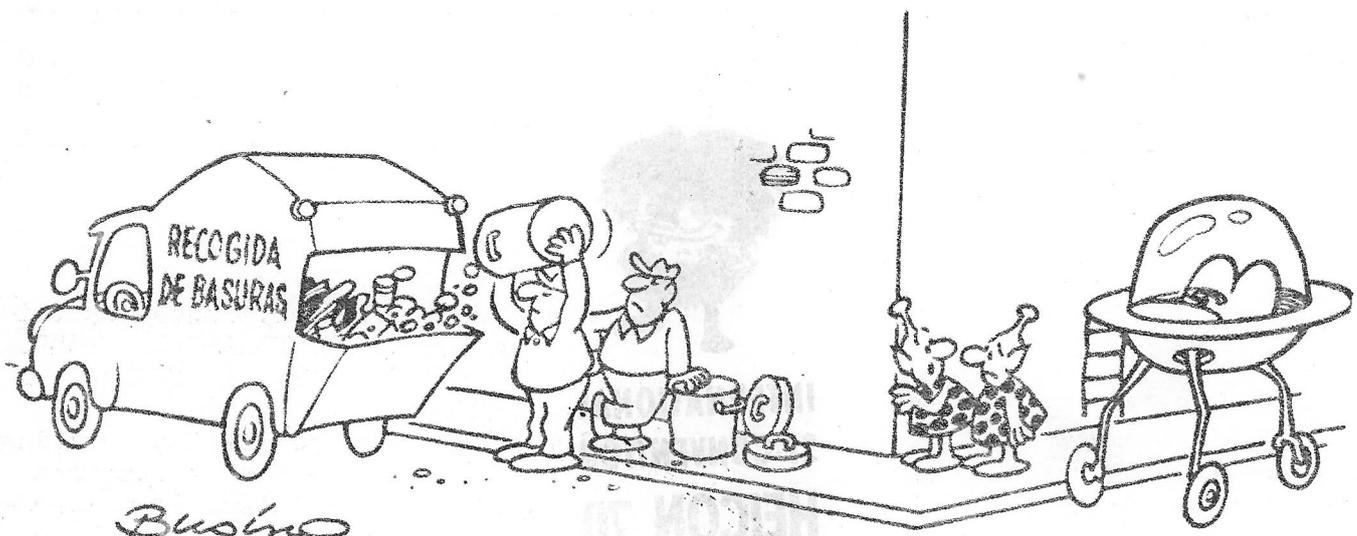
EL FUTURO YA ES HOY

La SF comenzó a escribirse con las leyendas de Icaro, que con sus alas de cera pretendió acercarse al astro Rey, pagando con su vida la osadía. Y con los viajes de Ulises, donde las pesadillas eran realidad y ésta con frecuencia una ilusión. Se supone también que los antiguos dialogaron con tripulantes de navíos llegados de algún sitio lejano, dejando marcas de su estancia, que se discuten, se niegan, se aseguran. El hombre fue forjando, junto con el hacha de piedra, leyendas que se hacen historia.

En 1926, por inspiración del ingeniero y escritor Hugo Gernsback, el género comenzó a llamarse ciencia ficción. La producción de novelas y cuentos ha dado una alta cantidad de títulos, pocos definitivamente rescatables. Pero fijó en la mente de cuatro generaciones todos los hechos que van siendo la verdad paulatina de nuestros minutos -no podemos decir días- actuales.... Autores que son clásicos pueden citarse con seguridad como Ray Bradbury, Theodore Sturgeon, Isaac Asimov, Arthur Clarke, Robert Heinlein, Olaf Stapledon, Henri L. Lovcraft, A.E. Van Vogt y los de la serie actual, como el dúctil Roger Zelazny. Ellos nos llevaron a la Luna antes que la cápsula Apollo XI. Sus personajes "vivieron" a Selene antes que Armstrong, Aldrin y Collins. Sentimos, por el fragor de su inventiva, sobrecogerse nuestro espíritu en la aventura de lo desconocido. Están ahí la aventura, el misterio, la ansiedad del después. Ese lugar del cosmos llamado Luna que ya no está lejos porque pasa a integrar nuestra vida de cada día. La fantasía logró su objetivo y ya no lo es. Mañana, seguramente, comenzaremos a transformar otra fantasía en la realidad del tiempo que vendrá.



—las depend de estar dando de comer—



—Le deben de estar dando de comer.

El relato de Richard MATHESON (pg. 5 ) y el presente, poséen extrañas con comitancias. Y decimos "extrañas" porque no sabemos realmente a qué atenernos: carecemos de precedentes. En SF no son extrañas las coincidencias. Y tampoco los descarados plagios (en números anteriores hemos hecho constar diversos especímenes de éstos últimos). Realmente, si nos animásemos, emprenderíamos la no muy ardua tarea de recopilar los conocidos aunque -todo es posible- no fueran plagios en su totalidad a pesar de sus señales externas.

Bien. Este estupendo relato -y el referido de Matheson -y con no menos calidad- se parecen mucho. En ambos se explota el terror: puro en el primero, más angustioso en éste. En ambos coinciden muchas circunstancias formales que quien los leyere sabrá enumerar; en ambos, en fin, revivimos la misma situación: el hombre aterrorizado frente a lo desconocido, frente a lo imposible.

TRATAMIENTO  
COMPLETO

R o G  
PHILLIPS

AQUELLAS LETRAS ROJAS fosforescentes brillaban en la noche: ESPECIALIDAD: POLLO FRITO EN CASA JIMMY-JOE, DE BETHEL. A TRES KILOMETROS.

El hambre hizo que el pie de Paul Hamling apretara más de lo acostumbrado el acelerador del vehículo. De cien kilómetros por hora la aguja del contador de velocidad saltó a los ciento diez. El motor Mercury de 1950, oculto por el capó de un Ford modelo 1947, ronroneó agradablemente. A causa del tubo de escape en mal estado, el ruido de los gases daba al coche una impresión de velocidad.

El segundo gran cartel surgió de las sombras de la noche un minuto más tarde. Decía: MUNICIPIO DE BETHEL. 168 HABITANTES.

Debajo del anuncio, clavado en el mismo poste de madera con aristas cuadradas, un aviso de buen tamaño lucía el número "45" escrito en caracteres de treinta centímetros de alto, con la leyenda siguiente: VELOCIDAD ESTRICTAMENTE LIMITADA.

Paul soltó maquinalmente el pedal del acelerador. Las luces de la indicada población no estaban aún a la vista. Podía ir dejando que el auto perdiese velocidad simplemente aligerando la presión del pie, sin necesidad de recurrir al freno.

En ese instante se apercibió de la presencia de un coche policíaco, con faro de destellos en el techo, agazapado y semioculto en la cuneta. Tenía el radar directamente enfocado sobre su vehículo. Se le erizó el cabello. Tuvieron que pasar algunos segundos para que su sorpresa se aminorara y el cerebro transmitiese la orden de parar en seco.

El haz de una potente linterna eléctrica trazó repentinamente en el aire rápidas chispas. Aulló una sirena. Paul pudo ver por el espejo retrovisor las luces blancas y rojas de una poderosa motocicleta. Al fin detuvo el coche.

La sirena seguía aullando cuando aquella moto vino a pararse delante de él. El agente que la llevaba resplandecía embutido en su elegante uniforme de policía de carreteras y tocado por un precioso casco blanco, hornamentado por una cruz azul dentro de un círculo de color rojo.

El uniforme tenía algo de grotesco, vestido por el cuerpecillo frágil de a-

quel hombre. El policía no debía de pasar de un metro cincuenta, y parecía muy delgado, pese al rutilante uniforme. Sin embargo, no se podían considerar cómicos su prominente mentón, su boca de estrechos y finos labios y sus ojos juntos. Como tampoco era cómico ver aquel enorme pistolón que se balanceaba negligentemente en su cadera derecha.

Se aproximó al vehículo, dirigió el haz luminoso de su linterna hacia el interior del mismo, enfocando bruscamente en pleno rostro al conductor y luego lo bajó ligeramente sin dejar de iluminarlo.

-Permiso de conducir -pidió secamente.

Paul sacó su cartera, extrajo el documento solicitado y lo tendió deferente al policía.

-¿Paul Hamling? -de nuevo aquella luz fuerte se concentró sobre los ojos de Paul-. De veintiseis años, ¿eh? ¿Vive usted en Chicago?

-Sí.

-¿Y ha salido de allí esta mañana?

-!Claro que no! Hay casi dos mil kilómetros de distancia has aquí...

-A la velocidad que iba, no me extraña que los hubiera podido recorrer. No sé si sabe que conforme a lo que marcaba el radar iba usted rodando a ciento cincuenta por lo menos...

-!Eso es imposible!

-¿De modo que me llama usted mentiroso?

Prudentemente, Paul replegó velas y su forma de hablar.

-Bueno, mi contador marcaba sólo ciento diez.

-Bien. Además tiene el contador defectuoso, ¿eh? -comentó el policía-. !Ah, y un faro apagado!

-Pues... no lo sabía.

-Acepto su excusa -el tono del agente se hizo más amable. Sacó un carnet de uno de los bolsillos interiores de su chaqueta de reglamento-. Tengo que ponerle una multa por exceso de velocidad. Iba a ciento diez en vez de a los cuarenta y cinco de tope en esta localidad. Veamos... Eso hace, sí, ochenta y siete dólares. Puede usted pagarlos al contado ahora mismo o pasar la noche en la comisaría hasta que el tribunal se reúna mañana por la mañana. Los gastos procesales le costarán otros veinte dólares más. Así que si paga en el acto va a ahorrar un pico...

-¿Y si no llevase tanto dinero encima? -indicó Paul, amargado.

-En mi opinión sería una lástima. Vale más que lo tenga, creo yo. Podemos mandarle a trabajar en la reparación de nuestras carreteras para que redima su deuda con la justicia, a razón de tres dólares diarios, de los que le costará un dolar el garaje para su coche...

-Así que dijo usted ochenta y siete...

-Exacto.

Paul contó cuatro billetes de veinte dólares, uno de cinco y varias piezas de moneda. Tendió todo ello al policía, temblándole de cólera la mano. Añadió, seco:

-Quiero un recibo.

El policía se echó todo el dinero a uno de sus grandes bolsillos.

-Nada de recibo, amigo. Y ahora conduzca con suavidad hasta Bethel y párese nada más llegar a la estación de servicio.

-¿Pararme allí? ¿Por qué?

-Pues para que le arreglen el faro y el contador de velocidad. No va a poder marcharse hasta que su coche esté en condiciones.

Había un cierto parecido entre el agente y el dueño de la estación de servicio de Bethel, que le dijo con tono neutro:

-Lo del faro serán cuatro dólares y arreglar el contador, quince. Me parece que lo mejor que puede hacer es bajar por esta misma calle hasta el restaurante de Jimmy-Joe, para comer algo mientras termino lo suyo, Tendré para una hora.

-Lo mismo me da. Prefiero quedarme aquí para ver como trabaja...

-A su gusto, entonces.

El hombre se deslizó bajo el tablero de instrumentos, retorciéndose hasta casi desaparecer, dejando descansar los pies en el asiento de atrás. Cinco minutos más tarde sacaba el contador de velocidad.

-Tengo costumbre de ir rápido -afirmó con aire de falsa modestia mostrando

a Paul el chisme.

-Claro, claro...

Paul siguió al dueño del taller hasta un cobertizo anejo y allí estuvo mirándolo, impasible, hasta que quedó desmontado el contador.

-Bueno, creo que en fin de cuentas me voy a comer algo -indicó al otro.

En el restaurante de Jimmy-Joe había muchos clientes.

Parecía el punto favorito de reunión para la juventud de Bethel. Paul se sentó en un taburete, en el mostrador. Jimmy-Joe ocupaba una especie de trono al lado de la caja registradora. Una mujer de unos cincuenta años, con el rostro triste y descolorido, vino hacia Paul para enterarse de lo que iba a tomar.

-Quiero pollo frito.

Al decirlo, Paul no pudo dejar de notar el aire de familia común a la buena señora, al agente que le había dado el alto y al dueño del garaje-taller.

-No queda -respondió la mujer sin gran entusiasmo. Abrió el menú y lo puso sobre el mostrador.

Era un menú toscamente presentado, sobado por los bordes y sucio por el continuo roce.

-Bueno. Tomaré un filete y café.

Al poco rato, la mujer trajo el café. En ese momento el tocadiscos gigante se desencadenó, llenando el local con la voz de un cantante que gemía al tocar la guitarra. Paul bebió un sorbo de café con toda prudencia. Estaba bueno y muy caliente. Siguió bebiéndolo ya con más tranquilidad. El plato de carne que le sirvieron se componía de un filete de transparente delgadez de una vaca poco tierna, asado y con algunas patatas envueltas en una espesa e indefinible salsa, cuya grasa fría brillaba bajo la luz fluorescente que descendía a torrentes del techo.

Paul probó el plato con toda circunspección. La salsa y las patatas estaban poco más o menos a la temperatura ambiente. El filete, en trozos, más frío aún. Echó una ojeada en dirección a la caja registradora. Jimmy-Joe le miraba de una forma impasible, pero fijamente. Paul hizo un gesto significativo, apartó el plato de su lado y se puso a fumar y luego, sin prisas, terminó su café. A continuación se dirigió hacia la caja, observando cuidadosamente la nota. El filete estaba marcado a un dólar y el café a diez centavos.

Dejó la factura sobre el mostrador y sacó del bolsillo de su chaqueta una pieza de diez centavos. Con voz tranquila afirmó:

-El café era excelente, pero la carne estaba helada, lo mismo que las patatas y esa salsa indefinible que llevaban. No he podido probar bocado...

Adelantó la pieza de diez centavos hasta la caja registradora, diciendo:

-Así que no le voy a pagar más que el café...

-¡Se lo ha creído, joven! ¡Ahora mismo lo veremos! -barbotó Jimmy-Joe, dignándose descender de su trono. Espere ahí un momento.

Pasó del costadillo hasta el extremo del mostrador y desapareció por una puerta que sin duda daba a la cocina. Cinco segundos más tarde estaba de vuelta, indignado:

-Mi mujer es la que hace aquí los guisos y dice que su carne estaba de lo más calentito y apetitoso...

-Pues yo le repito que estaba incomible y helada -contestó Paul alterado.

-¿De modo que mi mujer miente?

-Si pretende insinuar que mi filete estaba caliente, desde luego que sí.

-¿Qué pasa aquí? -pidió detrás de él una voz ligeramente familiar.

Paul se volvió. El policía de carreteras estaba junto al mostrador.

-A venido usted deprisa, ¿eh, agente?

-Donny-George, este forastero no quiere pagar la cuenta -explicó Jimmy-Joe, acalorado-. Y además acaba de decirle mentirosa a mi mujer.

-Me da la impresión de que se la está usted buscando, señor Hamling. ¿Le gusta el jaque? -el agente se había llevado la mano a la culata del revólver-. Le propongo que pague inmediatamente su cuenta y que presente su excusa a la tía Marta por haberla llamado mentirosa.

Paul dudó un par de segundos. Luego sacó su cartera y extrajo dos billetes de un dólar. Jimmy Joe los tomó avidamente y empujó hacia el cliente la moneda de diez centavos.

-Aquí tiene su dinero.

-!Oh, gracias!, pero prefiero que se los dé a la camarera -y tomando otro billete de dolar, que depositó sobre el mostrador, Paul añadió-: Hágame el favor de entregar esto a su esposa, con mis excusas...

El tono de Jimmy-Joe era casi afectuoso.

-Me satisface oírlo.

Donny-George abrió la puerta, indicando a Paul mientras éste la atravesaba:

-Le voy a llevar hasta la estación de servicio... Sí... sólo para evitar que se meta en otro lío -sonrió sin gracia-. Sería una lástima que acabase usted pisando piedras en alguna de nuestras carreteras. Una infracción a las ordenanzas del tráfico puede no ser grave en Bethel. Con suerte y dinero sale uno de ello. Pero lo que acaba de hacer ahí le cuesta de seis meses a una año, si continúa. Imagínese que Jimmy-Joe se pica, sale del mostrador por haber llamado a su mujer embustera y la emprenden los dos a golpes.

Donny-George sacudió con irónico aire de tristeza la cabeza, protegida por el bonito casco de reglamento.

Llegaron en un segundo a la estación y taller. Paul echó una ojeada a su auto. El agujero del contador de velocidad en el tablero de a bordo, estaba hueco, vacío del todo. El dueño leía tranquilamente una vieja revista de caza y pesca en el despacho de la estación.

-¿Aún no ha arreglado el contador?

-Pues verá... No, todavía no. Tengo que pedir algunas piezas a Springfield. Lo haré mañana por la mañana, porque no puedo montarlo antes de tenerlas.

-!Vaya gracia! Entonces quizá no pueda irme -Paul miró al policía que escuchaba interesado el diálogo. La expresión de su rostro le hizo terminar-: Sí, claro. Ya comprendo que hasta que el contador no...

-Ni más ni menos -contestó con calor Donny-George-. Bueno, ahora va a necesitar usted algún sitio para pasar la noche. Lo malo es que en Bethel no hay ningún hotel...

-Entonces, ¿qué hago?

-Claro que, de todas formas, hay una casa (no lejos de aquí, ¿sabe usted?) en el final de esta misma calle... Allí le alquilarán una habitación por poco dinero. Son gente razonable en lo del precio.

-¿Algún pariente? -dijo Paul con irónica lentitud.

-En cierto modo, sí. La dueña de la casa, Nora, es la viuda de mi tío George-Frank. Para poder vivir tiene huéspedes, Nellie... su hija, es prima mía...

-Me basta con esa referencia... ¿da también de comer o tengo que volver al restaurante de Jimmy-Joe para...?

-!Oh, no! Mi tía le preparará alguna cosilla.

Era una vieja casa de madera, con dos plantas, simulada tras una hilera de grandes acacias. En uno de aquellos árboles se balanceaba un cartel que decía:

#### CUARTOS PARA ALQUILAR POR SEMANA O DIA

Paul Hamling, con su maleta en la mano, siguió el senderillo que conducía por un descuidado jardín hasta la entrada principal. Llamó con el puño tres veces. Una jovencita le franqueó el acceso al umbral. Su prominente mandíbula, sus ojos garzos que casi se tocaban y la boca estrecha formaban un conjunto ya conocido, que en este caso dulcificaba un tanto una graciosa naricilla.

Llevaba la cabellera recogida por una "cola de caballo", y su traje era una sencilla bata de algodón. Parecía una copia más reciente del mismo molde que produjera a Donny-George. No representaba más allá de los quince años; dieciséis a todo tirar.

Miró a Paul con una desenvoltura que más bien suelo ser patrimonio masculino.

-Usted es Nellie, ¿no? -empezó a decir Paul-. Su primo Donny-George me ha dicho que aquí me alquilarían una habitación para pasar la noche. Mi nombre es Paul Hamling.

-!Que entre ese caballero! -chilló una voz al fondo del pasillo.

Pertenecía a una mujer que salía de la cocina enjuagándose las manos en su delantal.

-!Ah!, señora, mucho gusto. Usted es sin duda la tía de Donny-George -añadió Paul en tono falsamente caluroso. Su sobrino me ha dicho que también me podían preparar alguna cosilla para cenar, ¿no es eso? Parece que no marcha bien la co-

cina hoy, en el restaurante de Jimmy-Joe.

-Ya.

La mujer era ligeramente más alta que su hija, pero de pesada figura. Tenía ese tipo de silueta en el que todos los aditamentos femeninos se funden en un bloque único y prominente. Sus cabellos negros, peinados con un moño vulgar, formaban una especie de giba sobre su cabeza. El rostro no recordaba en absoluto al del policía de carretera. Pero en cambio tenía un evidente aire de familia con el de la camarera del restaurante de Jimmy-Joe.

La tía Nora se acercó pesadamente a una cómoda de madera color castaño. De un cajón sacó el registro de huéspedes de la casa y lo abrió por la primera página útil.

-Tengo que empezar por inscribirle aquí. En cuanto al cuarto le voy a llevar tres dólares, y uno más por la cena.

-Muy razonable -indicó, finísimo, Paul.

Tomando el registro, inscribió su nombre y dirección de Chicago.

-¿Viene usted de Chicago? ¿Dónde tiene el coche? ¿Fuera?

-¿Eh...? No precisamente, señora. He de esperar hasta mañana para que traigan de Springfield algunas piezas para repararlo.

Nellie soltó una risita aguda y destemplada.

-¡No seas tonta, hija! -cortó molesta la mamá-. Lleva al señor a su habitación.

-Bueno. Venga conmigo, señor Hamling.

-Su cena estará lista en cuanto se haya usted aseado un poco -advirtió tía Nora-. Pero el cobro acostumbro a hacerlo por adelantado. Ahora.

-¡Oh, desde luego! ¡No faltaba más! -se apresuró a contestar Paul. Contó cuatro dólares, que tendió a la dueña de la casa diciendo-: ¿Está bien así?

-Sí... Es decir, a menos que prefiera aprovechar nuestros precios especiales para los que se quedan una semana...

Sin contestar, Paul recogió su maleta y subió la escalera. Nellie le esperaba arriba. Se oyó la voz de tía Nora concretando:

-¡Veinticinco dólares por semana la pensión completa!

-¡No, muchas gracias! ¡No deseo quedarme en Bethel todo ese tiempo!

Nellie abrió una puerta y con voz profesional indicó:

-Esta es su habitación. El cuarto de baño es aquella puerta del fondo. Tendió la mano para señalarla y luego se volvió bruscamente de espaldas.

-Un momento, Nellie.

La jovencita volvió sobre sus pasos. En la mano de Paul había un dólar ahora.

-¿Por qué me quiere dar tanta propina?

-Nada, no se apure. Es sólo una gratificación...

-Sí, pero ¿por qué? Yo no le he hecho ningún favor. Sólo enseñarle el cuarto.

-No estoy de acuerdo, Nellie. Usted es la única persona en todo Bethel que no me ha costado nada en su trato. Así que me siento con la obligación moral de darle un pedazo minúsculo de mi cuenta corriente...

-Si se pone usted así... -Nellie tomó el billete con la punta de los dedos. Lo miró detenidamente. Su boca pequeña, de labios delgadísimo, adoptó un mohín de disgusto. De pronto cuchicheó-: ¡Tiene que marcharse de aquí, y pronto! ¡No pierda un minuto! ¡De prisa!

Sin esperar más se precipitó escaleras abajo, desapareciendo de la vista de Paul.

Éste entró en su habitación algo preocupado. ¿Qué habría querido decir aquella criatura con su aviso? ¿Acaso recomendaba abandonarlo todo, coche incluido, y salir huyendo de Bethel? ¿Iba a dedicarse ahora al auto-stop? Por un lado casi tenía ganas de hacerlo... pero todo aquello resultaba absurdo. Se encogió de hombros, rechazando las recomendaciones de Nellie. Después de todo no era más que una niña, sin experiencia de la vida.

Seguía reflexionando, sin embargo, cuando entró en el cuarto de baño. Se afeitó y tomó una ducha. Todo lo que pudiera sufrir en aquella madriguera, ¿no lo había sufrido ya?

Tranquilizado, se arregló y bajó a cenar al piso inferior.

Había un desconocido sentado a la mesa, en el comedor. ¿Un desconocido? No del todo, bien mirado. Tenía el mentón prominente, la boca afilada y los ojos juntos. Pero se hubiera dicho que un caricaturista, una vez reproducido los rasgos familiares, los hubiera estado retocando para mover a risa al espectador. Unas cejas espesas, pegadas y negrísimas y una melena de notable espesor y desarreglo, com-

pletaban su aspecto. Alrededor del cuello el hombre llevaba una solapa levantada, una corbata de lazo y una camisa blanca con el cuello postizo. Su chaqueta, negra y con un solo botón, tenía una guarnición de terciopelo estratégicamente repartida. Llevaba la mano izquierda enguantada de gris, y tenía a su lado, sobre la mesa, el guante de la otra. Calzaba zapato negro muy descuidado y botines de color gris perla. Su pantalón llevaba una lista de satén en el flanco. Para completar aquel grabado viviente, extraído de una vieja colección de revistas, había un bastón apoyado contra la silla en la que descansaba; un bastón de alguna madera tropical negruzca, con puño de oro y contera de marfil.

Fue menos el aspecto que la exagerada dignidad del susodicho caballero lo que pareció a Paul de un ridículo indescriptible. Estalló en una carcajada homérica.

-¿Qué es lo que le hace tanta gracia? -inquirió el tipo en cuestión con aires de malas pulgas. Adoptaba el tonillo de un horador del siglo pasado.

-Perdóneme -Paul se ahogaba de risa todavía-. Se trata de... vamos, de su aspecto. ¡Oh, le ruego que me disculpe...! Pero no puedo impedirlo...

Gracias a sus reflejos, pudo agacharse a tiempo para evitar el terrible golpe del bastón. El viejo se lo había tomado en serio! A Paul se le cortó en seco la risa al observar el fulgor de indignación que salía de los ojos del anciano, bastón en ristre.

-¡Vamos, cálmese! -le dijo atrapando al vuelo el peligroso bastón-. ¡No habla en serio!

El desconocido le propinó un sonoro golpe en la tibia con su puntiagudo zapato derecho. Aquello le sentó muy mal a Paul. Arrancando definitivamente el bastón de las manos del viejo, le dió a éste un respetable empujón.

El anciano cayó hacia atrás, con una violencia propia de un golpe mayor que el recibido. Con él cayeron al suelo dos sillas pesadísimas, cuyos impactos hicieron temblar hasta los cimientos del edificio de madera. Y mientras Paul, asustado, observaba al caído, éste cerró lentamente los ojos y se derrumbó como un castillo de naipes.

En aquel momento, tía Nora entraba en el comedor procedente de la cocina. Inconscientemente, Paul se había acercado (siempre bastón en mano) hacia el anciano, para ver qué le sucedía. La tía dió un grito agudo y, dejando caer la bandeja, salió huyendo. Ante su alarido, la puerta se abrió con fuerte estrépito y apareció allí, revólver en mano, el inevitable Donny-George.

-¡Ha matado a Teodoro! -chillaba tía Nora desde el pasillo-. ¡Y con su propio bastón! ¡Yo lo he visto!

Un ronco murmullo de aprobación salió de los labios de la víctima.

-Tranquilícese, tía. Teodoro no está muerto -informó entonces Donny-George- Lamad enseguida al doctor y a Big Leroy -se volvió hacia Paul diciéndole sin rudeza alguna-: Ahora tentativa de muerte, ¿eh, amigo? ¡Y vaya víctima que ha ido usted a escoger! ¡El alcalde de Bethel en persona!

En poco rato aquello se llenó de gente. Estaban todos. El primero en llegar fue el médico, provisto de la clásica maletita negra con los útiles profesionales. Echó una rápida y curiosa ojeada en dirección a Paul, mientras se arrodillaba. Luego intervino Big Leroy, jefe local de la policía.

Una sola mirada a éste le bastó a Paul para perder toda esperanza, suponiendo que le nubiera cabido albeñar alguna. No se trataba de la impresionante humanidad de Big Leroy, sino de su cara y, sobre todo, de sus ojos. Si Donny-George, Jimmy-Joe, Nellie y Teodoro parecían proceder del mismo molde, la fisonomía del jefe era ese molde. Un molde de carne y hueso, bastante desgastado y con ojos to cándose, unos ojos pertenecientes a un hombre que podía matar o azotar con perfecta serenidad.

El doctor se dirigió a Big Leroy afirmando serio:

-Vivirá, pero la cosa es bastante grave.

Donny-George tomó la palabra y se expresó de este modo:

-Lo hemos echado el guante a un buen pájaro, tío Leroy. Conducía a más de ciento cincuenta por hora al entrar en la población, ha reusado pagar su cuenta al ir a cenar en el restaurante de Jimmy-Joe y acaba de intentar asesinar al señor alcalde con su propio bastón...

-Mira, sobrino -respondió el aludido-. Me lo metes en la cárcel como primera providencia. Si se quiere escapar por el camino, tíralo a las piernas. No olvides que lo necesitamos vivo, ¿entendido?

Paul quiso expresar algunas cosas que pensaba.

-Cree que no valdrá de mucho lo que les voy a indicar, pero de todas formas, ahí va: No iba a ciento cincuenta por hora al entrar en Bethel. La comida en el

restaurante de Jimmy-Joe no podía merecer tal nombre, y, por último, respecto a lo del alcalde, no he hecho más que defenderme cuando ese buen señor ha querido golpearme con su bastón.

-Bueno. Entonces, ¿he de creer que, además, acusa de mentiroso a Donny-George? -indicó con toda calma el jefe de policía.

-No sé si sabrás que ha tratado también de embustera a la tía Marta -apoyó con todo celo el agente.

-Bien, amigo mío. Todo esto va a ventilarse mañana en el tribunal -cerró la discusión Big Leroy, añadiendo como remate-: Ya sabes, Donny-George; encárgate de buscar un defensor para el juicio de este caballero...

La prisión era un sólido edificio de ladrillo rojo, situado en una calle tranquila de la pequeña localidad. Encima de la puerta de acceso, un gran cartel rezaba: "PALACIO DE JUSTICIA DE BETHEL."

Las celdas estaban en el sótano. Paul notó que su carcelero se parecía bastante a Donny-Joe, con la sola diferencia de ser bastante más alto y de tener más edad. El carcelero vació cuidadosamente los bolsillos del detenido, tomando nota de cuanto en ellos había. Motió por fin todos los objetos en un sobre de gran tamaño.

-Trescientos cuarenta dólares -indicó profesionalmente una vez que hubo examinado en detalle la cartera de Paul.

-Tiene bastante para pagarse el mejor abogado de Bethel -insinuó Donny-Joe de buen humor.

La celda tenía el suelo de cemento. Era un cuchitril húmedo. En cuanto se vio sin esposas, Paul quedó encerrado en ella, sin otra luz que la que arrojaba una bombilla no muy potente colocada en el exterior. Algunos minutos después aquella bombilla también se extinguió, quedando el prisionero en oscuridad casi total. Con auténtico cansancio, tras de semejante jornada, se tendió en un camastro adosado al muro y cayó enseguida en profundo sopor.

Al día siguiente, el carcelero vino a verle poco después de haberse despertado. Por debajo de la esposa roja deslizó una bandeja rectangular. El hambre obligó entonces a Paul a comer sin distinguos, tragando unos infectos huevos fritos con grasa y las inevitables patatas, frías como el hielo. Procuró pensar en otra cosa cuando su paladar acusó un gusto a rancio en todo ello.

Al poco rato, el carcelero vino a recoger la bandeja e hizo llegar a su pupilo una nota a través de los barrotes. Le tendió un lápiz y ordenó:

-¡Fírmeme eso!

Paul leyó antes lo que con mano inhábil alguien trazara sobre el papel en cuestión. Era una autorización, a nombre del carcelero, para cobrar doscientos cincuenta dólares sobre el depósito legal de los efectos del preso, a fin de entregárselos a un cierto Jonny-Jake como pago de sus servicios a Paul Hamling.

Mientras Paul lo contemplaba sin reaccionar, el carcelero le indicó:

-Jonny-Jake va a ser su abogado -agregó mirando a todos lados y en el tono más confidencial que le fue posible-. Si hay alguien en Bethel que pueda sacarle de este agujero, sin duda es él.

Paul firmó, como es lógico.

Jonny-Jake se parecía mucho a Donny-George, solo que era unos centímetros más alto. Su figura tenía carácter, e iba vestido como correspondía a su profesión.

-Todo lo que voy a hacer por ahora -informó amablemente a su cliente- es intentar sacarlo de prisión. Una tentativa de asesinato contra la persona del señor alcalde es, desde luego, asunto serio... Aunque creo que debe andar por ahí suelto más de uno que quisiera intentar cosa semejante... Opino que lo mejor es solicitar la libertad bajo fianza, ¿no le parece? Veamos, ¿de qué suma puede usted disponer?

-¿Cuánto cacula que me costará esa libertad provisional de que me habla?

-Bueno, no lo sé con exactitud. Ahora... el tío, quiero decir el juez Ostrand, puede fijarla en una suma muy variable. Desde quinientos dólares hasta quince mil... ya sabe... estas cosas... Claro, que en cuanto decide la cantidad exacta no hay poder en el mundo capaz de hacerle cambiar de idea. Así que lo mejor será que usted me indique cuánto está dispuesto a pagar...

-Quinientos dólares... o quince mil... Solo que no los tengo.

-Es un fastidio -replicó el abogado defensor. Y se alejó un tanto de los ba

rrotos que formaban la puerta de la celda-. En fin -concedió-, haré lo que pueda en su favor. Por lo menos para ganarme honestamente mis honorarios profesionales.

-¿Es que no significa nada el que yo sea inocente? -preguntó Paul, excitado. Jonny-Jake meneó tristemente la cabeza. Con voz paciente dijo a Paul:

-Todo está en contra suya, señor. Creo que lo mejor para usted es procurarse dinero, porque de lo contrario no va a salir jamás de aquí. Le veré en el tribunal durante el juicio.

Dicho lo cual desapareció.

Paul fue a sentarse en la colchoneta sujeta al muro. Miraba fijamente al suelo húmedo del calabozo, pensando en sus cosas.

Horas más tardes, el carcelero y el agente de carretras llegaron en su busca. Donny-George lo enchufó en el estómago un grueso revólver, mientras el carcelero le colocaba las esposas. Subieron por una estrecha escalera y Paul se encontró de repente en plena sala de tribunal. Echó una ojeada circular hacia el público que llenaba el local de la audiencia. Abundaban los ojos juntos, las bocas estrechas y los mentones prominentes. Un personaje de rasgos similares ocupaba el sitio del juez.

Big Leroy, el doctor y Donny-George despacharon en breve tiempo sus informes respectivos. Jonny-Jake cuchicheó al oído de su cliente:

-No pase cuidado. Apenas se trata más que de una audiencia preliminar. El tío... vamos, el juez, escogerá una fecha para el proceso definitivo, probablemente este otoño. Así que podrá pedir que le dejen en libertad bajo fianza, en tanto no se celebre el juicio real..

-El acusado será juzgado en esta misma sala a partir del primer lunes de octubre -declaró, efectivamente, en ese momento el juez.

-¡Soñoría! -Jonny-Jake saltó de su asiento como empujado por un resorte-. ¡Eso supone tres meses de detención preventiva para mi defendido! ¡Tres meses! Me permito solicitar respetuosamente la libertad bajo fianza de mi cliente, al señor Paul Hamling, de modo que no deba estar encerrado hasta la fecha del proceso...

-Concedido. La puesta en libertad bajo fianza exige en este caso el depósito de seismil cuatrocientos veintidós dólares. Si el acusado no se presenta al proceso, tal suma le será confiscada por este tribunal y además se le perseguirá por rebeldía.

El juez Ostrand hizo sonar con golpe seco su martillito y, poniéndose en pie, se esfumó por una puerta situada detrás de su sillón presidencial.

-¡Ah! ¡Estaba seguro de que obtendríamos esa libertad! -exclamó irradiando orgullo profesional Jonny-Jake-. Tan seguro estaba -explicó con toda deferencia a Paul- que me he tomado la libertad de hacer venir al juicio a mi tío Davy-Jake.

-Así es -indicó en aquel momento un recién llegado de labios delgados, ojos juntos y mandíbula hacia adelante.

Acercándose al cliente de su sobrino lo estrechó vigorosamente la mano, sacudiéndosela con efusión repetidas veces. Luego dijo:

-Soy el presidente de nuestra banca local, un pequeño pero eficaz establecimiento. No queremos que pase otra noche en esa horrible mazmorra. Es una auténtica vergüenza para la sociedad. Y, como tenemos espíritu cívico, intentamos que se hagan mejoras en todo esto desde hace años. Pero, ya comprenderá usted, Bethel carece de recursos, de modo que las multas y las cauciones confiscadas representan casi los únicos ingresos de nuestro municipio...

-Claro, me hago cargo.

-Bueno, veamos. Ocorre que en estos momentos llevo encima -continuó el banquero sacando una serie de papeles del bolsillo inferior de la americana- todo lo necesario para evitarle a usted otra noche en ese calabozo inhumano. Lo único que ha de hacer, señor Hamling, es abrir una cuenta corriente en nuestro establecimiento, escribir un cheque por montante igual al de la fianza exigida y telegrafiar a su banco de Chicago para que nos transfiera ese dinero aquí a Bethel, a su nueva cuenta. Todo ello perfectamente legal, como verá, y además estrictamente obligatorio.

Conforme iba hablando había extendido todo el papeleo ante los asombrados ojos de Paul.

-¡Protesto! -intervino enérgicamente Donny-Joe-. ¡Casi ha matado al señor al calde, y si se va bajo fianza, puede que no vuelva nunca.

-!Claro que va a volver! -dijo conciliatorio Jonny-Jake-. De lo contrario no podría sistir al proceso, que debe de celebrarse precisamente en esta sala...

-!Repito que no vendrá! -seguía gritando el agente con el rostro contraído por el furor-. !Pero entonces le condenaremos por rebeldía a diez años de prisión!

-¿Diez años? -el tono del abogado defensor demostraba seguridad en sí mismo-. !Puesto doble contra sencillo a que no le salen más de cuatro!

-Te cojo la palabra, querido pariente. El coche de tu defendido está ya reparado y puede emprender el viaje cuando guste... en cuanto haya pagado a Jerry-Phil los diecinueve dólares que le debe por el arreglo. Supongo que eso hará, ¿no?

-¿Y si no lo hace, primo? ¿Y si prefiere disfrutal de Bethel hasta la fecha fijada para el proceso?

-Bueno, entonces que se ande con cuidado, porque no le voy a dejar ni a sol ni a sombra. Le seguiría a todas partes. Pero creo que acabará largándose...

-De acuerdo. No se le puede impedir que se vaya...

-Bien lo sé. Y eso es lo que me pono frenético.

Paul tomó la pluma que el banquero le brindaba. Llenó los impresos solicitando la apertura de una cuenta. Dudó luego al escribir el montante del cheque a cobrar contra su banco de Chicago, y por fin firmó el documento.

-¿Qué tengo que poner aquí? -y mostraba el formulario para el telegrama. -Ordene a su banco que le transfiera seis mil cuatrocientos veintidós dólares a su cuenta de aquí -le aconsejó suavemente Davey-Jak-. Y en cuanto el dinero llegue, todo arreglado. Yo me encargo de satisfacer la fianza a la oficina judicial de Bethel, y está usted libre.

-Sólo hay una cosa que no puedo explicarme -afirmó lentamente Paul.

-¿De qué se trata?

-¿Quién va a pagar los gastos de transferir esa suma desde Chicago aquí? Debe costar veinte o treinta dólares al menos, ¿no?

-Exacto -el banquero frunció las cejas-. Desde luego mi establecimiento no pude pagar eso.

-Bueno, este hombre tiene aún noventa dólares en metálico -insinuó Donny-George-. Descontando los diecinueve que le debe a Jerry-Phil, todavía le quedan otros setenta y uno para semejantes minucias.

-!Perfect! !Estupendo! -opinó el banquero sin ocultar su contento ante tanto espíritu de colaboración- Yo te diré lo que cuesta la transferencia, y vosotros lo sacáis de su dinero depositado en la cárcel, ¿no?

Paul dejó caer bruscamente el lapicero sobre la mesa y agarrando con fuerza convulsiva los bordes de la misma, cerrados los labios, se izó a medias.

-Claro, que si usted prefiere ahorrasc el telegrama, puede firmarme el cheque sobre su cuenta de Chicago y esperaremos. Creo que serán unos cinco días.

Con los músculos contraídos, Paul volvió a tomar asiento y escribió:

"First National Bank of Chicago: Tengan la amabilidad de enviar seis mil cuatrocientos veintidós dólares por telegrama a mi cuenta corriente en el Banco de la ciudad de Bethel".

Las letras rojas fosforescentes brillaban en la noche. Decía:

"ESPECIALIDAD: POLLO FRITO EN CASA DE JIMMY-JOE DE BETHEL. A TRES KILOMETROS".

El hambre hizo que el pie de David Miller se apretara más sobre el pedal del acelerador. De los ochenta kilómetros por hora, la aguja del contador marcaba ahora noventa en el tablero de a bordo. El motor empezó a ronronear placenteramente.

El segundo anuncio gigante surgió de la sombra un minuto más tarde:

"MUNICIPIO DE BETHEL. 168 HABITANTES"

Algunos segundos más, y las poderosas mandíbulas de Bethel se cerrarían im-

placablemente sobre ese trozo de carne fresca de automovilista.

Mientras tanto, lejos de allí, en dirección al noroeste y mucho más alejado con cada vuelta de las ruedas, lo que quedaba de Paul Hamling (hablando en términos financieros, claro es) se doblaba sobre el volante de su Ford modelo 1947, ansioso por llegar a Chicago antes de que los escasos dólares aún en su poder se convirtieran también en humo...

Repentinamente, una gran pancarta se hizo visible en la cuneta:

"VELOCIDAD EXTRICTAMENTE LIMITADA"

Los neumáticos emitieron un chirrido agudísimo mientras el pie de Paul Hamling se apoyaba con todo el vigor posible en el pedal del freno.

De sesenta y cinco a la hora, la aguja del contador descendió bruscamente a veinte.

Gruesas gotas de sudor perlaron la frente de Paul Hamling. ¿Cuántos cartoles de idóntico corte habría entre él y Chicago? ¿Centenares sólo o quizá miles y miles?

Sus manos, húmedas por la tensión, se aferraron al volante. A su derecha, un campo de trigo, maduro casi, ondulaba suavemente al céfiro. A lo lejos se adivinaban las luces de otra aglomeración ciudadana...

YO,  
MURCIÉLAGO

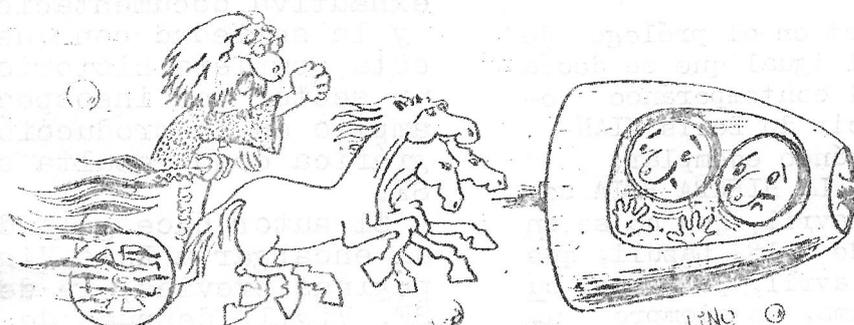
JUAN  
EXTREMADURA

NO SE SI LLAMARLO capricho o vocación, pero el caso es que yo desde mi rás tierna infancia anhelaba con todas mis fuerzas llegar a murciélago. Comprendo que mis pretensiones eran modestas, porque donde esté un mal vampiro, que se quite un buen murciélago; mas ¿pue de nadie reprochar mi conducta? ¿No hay quien pudiendo sacar la carrera de ingeniero en firmas, prefiere quedarse en perito desvencijador o maestro de mezclilla? Además, los vampiros han de cargar siempre con el ataud y alimentarse de sangre. Yo, en cambio, con sólo ver la sangre, me mareo; prefiero, esa es la verdad, los pájaros fritos o una ración de bacalao al pil-pil.

Bueno, el caso es que, por las razones que fueran, yo decidí hacerme murciélago. Como primera medida me alisté voluntario en la marina para sacar el título de especialista en electrónica. Ya saben, un murciélago con conciencia profesional ha de entender de radar como el que más. Y no sólo por ética, es que si no, se expone uno a pegarse un batacazo con el primer palo de telégrafos que se le ponga por delante. Más tarde me matriculé por libre en la Escuela de Aspirante a Murciélago y, tras un largo y aparatoso curso, pródigo en algaradas nocturnas y enfrentamiento con el gremio de serenos, logré sacar el ansiado carnet. Y fue entonces cuando, vista mi inexperiencia, comprobé que todavía me quedaba un largo y arduo camino por recorrer. Apenas si era capaz de echarme a volar como no me subiera a una columna de tendido eléctrico, y no lograba conciliar un letargo que durase una semana.

Hasta que un día me paré a pensar y me dije: "¿Para ser caníbal no hay que estar entre caníbales? ¿Para ser ferroviario no hay que frecuentar el trato con los de la Renfe?" Y decidí marcharme a una gruta húmeda y espaciosa a convivir con otros murciélagos, a observarlos, a aprender de ellos. ¡Y lo conseguí! Hoy puede decirse que no hay secretos en la vida de estos animales que yo no conozca. Vuelo como el mejor, chillo como el que más, sorteo los cables de la luz y los chuzos de los serenos como un experto, ¿pues qué más puedo pedir? Y todo lo hago, claro está, por la noche; porque el día lo dedico a mi familia y a cultivar champiñones en el sótano de mi domicilio. Que es donde yo, murciélago, estoy de sol a sol para lo que sirvan mandar.

J.E.



—Es Elías que nos viene pidiendo paso.

BORIS VIAN: LA HIERBA ROJA, Ed. Pomare, Barna; 180 pgs., 150 pts.

Primero estas frases: "Podía tocar la noche con todo su cuerpo. Un sobresalto de la noche desenmascaró de pronto algunas estrellas... Una serenidad untuosa le invadió el alma. La sonrisa de Folavril atrajo de pronto todo el sol de la habitación. Ella tenía los labios jugosos y escarlatas como la sombra del interior de una flor cálida... Él había osado posar sus labios sobre los de su amiga y sentía su gusto de frambuesa... Tras la espalda de Folavril había un hombre, de aspecto triste, que miraba a Lazuli..."

Ahora este diálogo: "-Acuso a mis maestros -dijo Wolf- de haberme hecho creer, por su tono y el de sus libros, en una inmovilidad posible del mundo; de haber fijado mis pensamientos en un nivel determinado (el cual no estaba en absoluto definido, además, sin contradicciones por su parte), y de haberme hecho pensar que podía existir un día, en alguna parte, un orden ideal."

-Bien -dijo Monsieur Brul-, es una creencia que puede animarle, ¿no lo piensa así?"

-Desde el momento en que uno se da cuenta de que no lo alcanzará jamás -dijo Wolf-, y de que es preciso abandonar su disfrute a generaciones tan lejanas como lo están las nebulosas del cielo, este ánimo se revuelve en desesperación y lo precipita al fondo de uno mismo como el ácido sulfúrico precipita las sales de bario, para usar la terminología escolar. Y aun en el caso del bario, el precipitado es blanco."

-Ya sé, ya sé -dijo Monsieur Brul-. No se pierda en comentarios sin interés"

Y este monólogo en boca del mismo Wolf: "-Uno se desembaraza de lo que le molesta... y lo convierte en cadáver. Es decir, algo perfecto, ya que nada es más perfecto, más acabado, que un cadáver... Un muerto es algo bueno. Está completo. No tiene memoria. Ha terminado. Uno no está completo cuando no está muerto".

Afirma Pierre Hast en el prólogo de esta novela que, al igual que se decía de Cide que era el contemporáneo esencial, siente decir de Boris VIAN que es el contemporáneo ejemplar.

Los personajes de LA HIERBA ROJA son Wolf y su mujer Folavril, que no se entienden; el amigo de Wolf, Lazuli, que es el amante de Folavril, pero que, cuando están en la cama, ve siempre un fantasma detrás de ella, y Lil, amiga de Folavril y amante de Wolf. El esce-

nario es un hipotético paraje solitario de hierba roja cerca del mar. Monsieur Brul, Aglaé y Heloise aparecen como pretextos.

Boris Vian no intenta un argumento, ni busca un desenlace, ni quiere apoyarse en el sentido común. Se halla sumido en un torbellino -sugestivo torbellino- de aparentes contradicciones, de salidas al absurdo, de escapadas a la fantasía, de una fantasía muy cargada de cotidianidad, pero arropada de símbolos, y nos ha dado una tentadora, amarga y fascinante muestra de intimidad. Contemporáneo ejemplar o no, Vian es irreducible a categorías. LA HIERBA ROJA Es una novela decepcionante para la lógica, atrayente para el razonamiento.

Poblada de imágenes sorprendentes, de situaciones inesperadas, entre oníricas y de duermaveja, LA HIERBA ROJA es; como muy bien la ha ilustrado Enrich, una mano abierta, metálica, amarillenta, que sale de una cueva oscura, negra y verde, bordeada de musgo recién nacido y triste.

Francisco TOLEDANO

---

LUIS GASCA: CINE Y CIENCIA FICCIÓN, Llibres de Sinera, Barna 1969, 304 pgs.

Luis GASCA, publicista, investigador incansable de esa moderna forma de expresión que es el "comic", escritor y ensayista cinematográfico, ha conjuntado sus experiencias y conocimientos para ofrecer al lector español una obra original y de indudable interés en el campo de la historia del cine. Efectivamente, CINE Y SF no sólo viene a llenar un hueco en la copiosa bibliografía sobre el séptimo arte, sino que lo hace de forma rotunda por varias razones: la claridad de la exposición, la exhaustiva documentación, el rigor y la seriedad con que se aborda esta completa historiografía de un sector tan insospechadamente amplio en la producción cinematográfica como resulta ser el de la SF.

El autor hace gala de modestia al encargar a Luis Vigil, en unas páginas previas, la definición de SF. Vigil, después de exponer algunas definiciones de otros ensayistas, da la suya, que viene a

ser compendio de las otras: "La SF es una literatura que trata de los problemas humanos y que, para analizarlos mejor, los coloca en el crisol que representa un mundo distinto al que conocemos, por extrapolación del actual, pero al que la maestría del autor convierte en verosímil". (1).

Consecuente con esta delimitación del campo de trabajo, Gasca traza una historia del cine que ha reflejado estos temas, estos intentos de extrapolación de nuestro mundo. El cine, por su técnica y lenguaje, es el medio más adecuado para mostrar una realidad ficticia y verosímil, al utilizar los infinitos medios del trucaje que le presta su esencia. No es de extrañar, pues, que los realizadores cinematográficos hayan respondido con largueza a la tentación de llevar a la pantalla todo un universo fantástico, en sus variadísimas formas.

Gasca expone en los capítulos de su libro: LOS CAMINOS DE LA LUNA, LOS MISTERIOS DEL OCEANO, EL VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA, EL HOMBRE ARTIFICIAL, LA CRIATURA DEL DR. FRANKENSTEIN, ENANOS Y GIGANTES... y tantos otros. Son estas realizaciones cinematográficas donde a veces la acción y los personajes encierra un simbolismo profundo de la actualidad social o política, donde se plasman los nuevos mitos del siglo, de este siglo de masas. Del VIAJE A LA LUNA, del pionero Meliés, hasta 2001, de Kubrick, pasando por la transcripción cinematográfica de las obras de Jules Verne o las más recientes de Ian Fleming, Luis Gasca despliega ante el lector un vasto panorama de historias fascinantes, misteriosas, fantásticas, que el artificio de la creación fílmica ha permitido hacer 'reales' ante millones de personas. Un sector insospechadamente amplísimo (como se apuntaba más arriba) del universo cinematográfico, queda desmenuzado, rigurosamente ordenado, plasmado históricamente, en la obra de Gasca, difícilmente superable por ahora. Los tratadistas del séptimo arte habrán de contar con ella como eficaz elemento de consulta, que se completa con una relación nominal de films de SF y una amplia bibliografía sobre el tema.

Luis QUESADA

(1), CA: Nosotros opinamos, sin embargo, que ésta, como las demás definiciones insertadas en el libro, son completas sólo en sus partes. No son, como se pretende, definiciones, puesto que no definen en su totalidad. Una definición de la SF podría conseguirse, creemos, en cinco o seis folios a un espacio y por las dos caras. Congelar en unas líneas todo el contenido del género, es imposible.

Como encontrar seis pies al gato.  
Si éste no es mutante, claro.  
O de Andrómeda, que también tienen seis.



# FANDOM

AGHARDI AGHARDI AGHARDI AGHARDI AGHARDI  
ENRIC SIÓ ENRIC SIÓ ENRIC SIÓ ENRIC SIÓ

Resumen del guión:

A raíz de la exhibición en New York de una de las ciclópeas cabezas de la isla de Pascua, circula la teoría de que éste, como otros monumentos de la cultura maya e inca, son obras de seres extraterrestres que en la antigüedad visitaron nuestro planeta, procedentes probablemente de Venus.

Se suscita así todo un movimiento de opinión, secundado por ciertos historiadores y que encuentra eco en el gran público. Ello motiva que el Congreso de los USA encargue al NICAP (organismo dedicado a la investigación de los ONIS) la formación de una Comisión que estudie la cuestión y realice un informe sobre la misma.

Se organiza una expedición que habrá de estudiar cada uno de los monumentos en cuestión, y al frente de la misma se pone a la profesora de antropología de la universidad de Berkeley, Samantha Jordan. Ella será uno de los principales protagonistas de la historia, mujer dominante que no cree que ninguna de las teorías en circulación tengan valor y presionará para que el informe sea negativo. Le acompaña Martha, su ayudante. Entre las dos existe una relación de tipo neurótico, en la que Martha juega el papel de "víctima", con lejanos caracteres lesbiánicos.

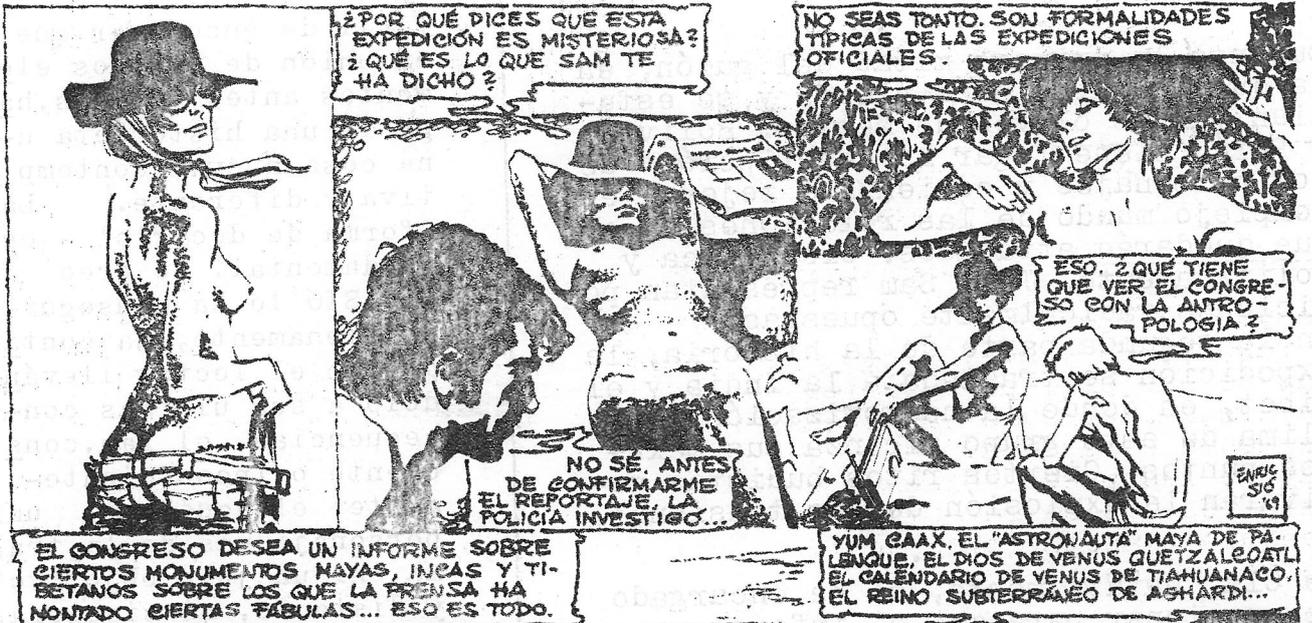
Otro miembro de la expedición es Steve, repórter encargado de fotografiar y filmar cuanto pueda tener interés para el informe final. Al principio Steve filtra con Martha per, posteriormente, las relaciones entre los tres personajes se distorsionarán y el dominio que Sam (Samantha) ejerce sobre Martha llegará a anular las relaciones de ésta con Steve.

Enric SIÓ, como siga el ritmo que lleva -por lo que a labor profesional, a depuramiento de estilo, a consecución de tipos y personajes se refiere-, va a convertirse en uno de los más firmes puntales del comic, en Celtiberia y fuera de sus fronteras.

Antes de continuar me interesa hacer una aclaración que es, sin falsa modestia y otras zarandajas, que no me ocupo personalmente del comic, en CA, porque considero que mis conocimientos no son lo profundos que deberían ser, aunque tampoco superficiales; y no se ocupa de esta sección otra persona más llamada a ello por la sencilla razón de no encontrar la colaboración de esa necesaria persona.

Bien. Vista esta modalidad de petición de excusas, por lo que pueda pasar, sigamos con SIÓ, aunque todo lo que escriba, por lo antedicho, resulte parcial.

El comic, como en otras muchas modalidades del arte -dibujado o no-, de la técnica, incluso de la ciencia pura, se hace cada día más difícil cualquier nuevo intento, precisamente por su carác



Protagoniza, también, la historia, un profesor de Historia de la Literatura, Jo, de marcado carácter infantil, el cual cuenta con frecuencia leyendas mayas, incas, védicas...

Durante la primera mitad del guión, en la que la expedición visita y se estudian puntos claves de México, Bolivia, y Perú, tiene lugar la descripción de los personajes y comienza a tejerse el complejo mundo de las relaciones en el que quedarán atrapados. Científica y políticamente, Jo y Sam representan posiciones radicalmente opuestas. En la segunda parte de la historia, la expedición se traslada a la India y el Tibet, en donde la neurotización del clima de este grupo alcanza sus máximos puntos. Ciertos ritos budistas motivarán la explosión de las tensiones.

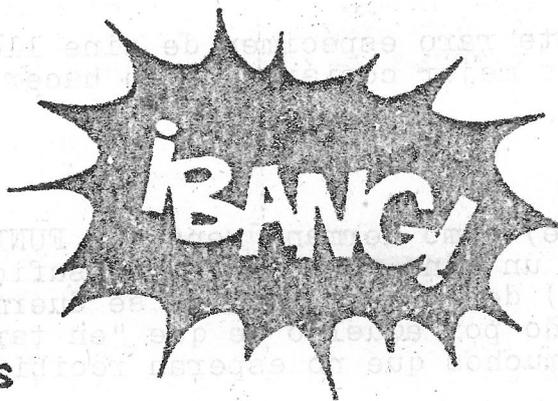
La CIA, naturalmente, se ha encargado de presionar para que el informe sea negativo, y para ello cuenta con Sam, quien al final logrará manipular la decisión de la comisión. Jo será expulsado de la Universidad o dimitirá. Martha, indecisa respecto a Steve, acabará por abandonarle. La opinión pública será "tranquilizada" con el informe pre fabricado.

Sobre toda la historia planea la sombra del dios Matreya, dios de todos los reinos subterráneos de nuestro planeta, del reino de AGHARDI.

ter competitivo. Ahora no es sólo necesario contar con un buen guión y un buen dibujante. Hace falta ese 'algo más' difícil de encontrar que, en unión de los dos elementos antes citados, haga de una historieta una cosa nueva, contemplativa y diferente. La 'forma de decirlo' es fundamental. Yo creo que SIÓ lo ha conseguido plenamente; ha contado con el lector llevándolo a sus últimas consecuencias, el fan, consciente o inconscientemente; el aquél no un personaje más de la trama, ni un juez objetivo y distante, ni siquiera un protagonista solidario. Más bien se trata de una suerte de 'éter' imprescindible que rodea a los componentes de la historia y se mezcla, invisible, en la acción. ¿No estáis de acuerdo que, en este sentido, SIÓ y CREPAX se parecen bastante?

SIÓ funcionaliza hasta tal punto los diálogos que difícilmente sus historias serán comprensibles leyéndolas 'por encima'; es un divertimento continuo la sucesión de cuadros... y la ausencia de los mismos: a mi modo de ver faltan viñetas que patenten la continuidad de la historia, aunque la aseguren; por parte contraria, se recrea en la imagen, en la figura, llegando a extremos opuestos que se complementan: el boceto y el recargamiento. Todo esto proporciona un extraño mundo, complejo, que destierra la palabra 'vulgar', aplicada al comic (aunque también veo fuera de lu

fanzine de los  
Tebeos españoles



Llamar FANzine a BANG! es algo parecido a llamar magazine a CA. Ni el uno es lo uno, ni el otro es lo otro. Más bien se trata de un PROzine, tan PRO y tan ZINE como el que más -desde el punto de vista del lector, natural-, y del primero, además. Y del mejor, reademás, no porque sea el único dedicado al COMIC, sino juzgándolo en comparación con los demás (?) nacionales y, rerreademás, de lo mejorcito en el M.C.T.D.F. (Mercado Común Terrestre del Fanzine).

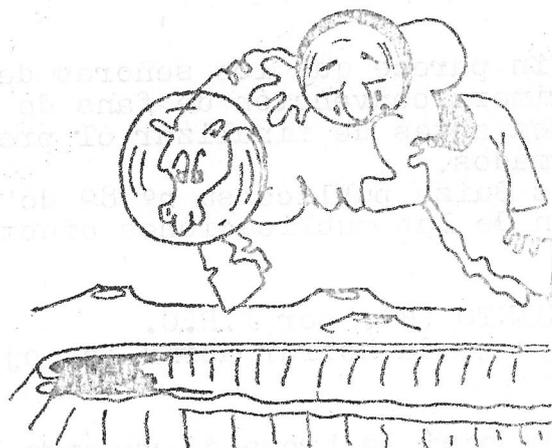
Hasta ahora han aparecido dos números (su aparición es trimestral) y NO es pronto ni precipitado augurarle el más saneado porvenir, si sigue en esa línea, y si cuenta con suscriptores y colaboradores, como al parecer cuenta. De tal forma no es una empresa arriesgada ni un suicidio -como en el caso de CA que no me explico cómo sigue saliendo-; es una realización positiva, presumiblemente duradera y, de hecho, tan interesante como necesaria.

Este nº 2 está en su mayor parte dedicado a la HORA ACTUAL DE LA HISTORIETA EN ESPAÑA, con trabajos de F. Alemán, E. Clavé, M. Darias... y estudios sobre Marotó y 5 x Infinito (posteriormente nos llega la noticia de su probable desaparición en el mercado celtibérico) (que espero no sea cierta y de la que ignoro más detalles), Jesús Blasco y Cuto, Y Sió y Aghardi (v. en este mismo número el resumen del guión, transcrito de B!). Artículos de Tubau y Sió, y uno de LINUS, sobre el fenómeno llamado Crepax. Diversos artículos más completan el completo número.

¡Hablo ahora de la impecable impresión offset, de las ilustraciones en stencil electrónico, de sus 63 maravillosas páginas, de la labor de equipo que se advierte detrás de cada letra, de Clavé y su confección, de la batuta directora de Antónito Martín -que a este paso vamos a tener que llamarle Celebidache, Karajan o Heiller-, de todo lo bien que está todo, de la consecución de una diana tan increíble que ni Diana o de la frustración que supone su no aparición bimensual? Pues no, amiguito, no hablo de nada de eso porque si lo hiciera tú no estarías leyendo, ahora, esto. Y no lo estarías porque yo habría mandado a hacer puñetitas a mi multicopista geña eléctrica, de 28.000 pesetazas que aún no he pagado, los ficheros, la tinta que me sobra, los stenciles y el barniz (al equipo no, porque voy en solitario). Y haría todas estas cosas, querido amigo, porque me duele en los cojones del alma -que dijo no sé quién que no fue Cela- que los fanscomics posean más de esos citados apéndices -en sentido figurado- que los fansSF. Y, ea, me voy, que lloro.

MINIFUNDACION, 1; minifanzine de miniJAIME ROSAL DEL CASTILLO, 8 pgs. en 7 x 10 cm.

La sufrida vida castrense de nuestro compañero Jaime, no castran sus aficiones fanzi-



"SALTO DE CRATER"  
LONGITUD = 50,38m

nescas, a lo que se ve. Este raro espécimen de zine lleva fecha del pasado julio y, creo yo, es mejor copiarlo que hacer la crítica o la minicrítica.

Así, que ahí minivá:

1

Nace MINIFUNDACION (fanzine) como hermana menor de FUNDACION. Pretende, no obstante, ser un zine que haga ruido suficiente para evitar que los "grandes" (1) del fandom ibérico se duerman en sus laureles. Su formato es pequeño por aquello de que "en tarro pequeño..!" Va a dar más de un palo a muchos que no esperan recibirlo... pero será siempre honesto. Su Faneditor admitirá gustoso todo tipo de colaboración (MEJOR minicuentos), publicándola cuando sea de calidad. Y así da comienzo la función. Espero os guste a todos.

2

Hablemos del comic. Para empezar una "bofetada" a un comic verdaderamente repulsivo: AYAX 76. Todo buen aficionado al comic debe recordar ese nombre para no comprarlo. Copia infecta de Flash Gordon, es preferible no mencionar el nombre de la editorial (2) para que sus padres no enrojezcan. BANG! lo ha puesto merecidamente en su picota. Gracias BANG! por tu misión de vigilancia!

3

Una noticia remarcable: Eds. Vértice acaba de lanzar al mercado material procedente de la MARVEL COMICS GROUP. Ahora podremos leer en español las célebres aventuras (sic, je, je!) del CAPITAN AMERICA, THE FANTASTIC FOUR, IRON MAN y tantos otros superhombres... Recuerdo ahora al pobre SUPERMAN. Vd. también, Sr. Gasca, ¿no es así? LITERATURA DIBUJADA es una magnífica revista del comic. Sigue la línea de LINUS. Edita Ed. Sudamericana. Es muy difícil de encontrar. Lástima!

4

Alarma! En breve va a desaparecer la única publicación seria del país (dentro del comic). Me refiero a DELTA 99. Mi más sentido pésame para Carlos GIMENEZ y Esteban MAROTO.

5

Ha aparecido el tan esperado nº 8 de NUEVA DIMENSION (paladín de la C.F. española). Recomiendo este nº, pues en él podemos calibrar cómo está el fandom en nuestro país (3). No obstante, observo que tanto la impresión como la calidad del papel han bajado mucho. Cuidado, ND!

6

Por fin parece que los señores del CLA se han decidido a celebrar una primera convención de fans de la SF a escala nacional... esperemos que sea antes de finalizar el presente mes de julio. Ya os mantendré informados. Carlos Buiza publica su nº 89 de CUENTA ATRAS. MUY interesante su revisión de las publicaciones efectuadas en nuestro país durante 1968(4)

7

MINICUENTO (?), por J.R.C.

A veces me da horror abrir los ojos, pues me da horror despertar muerto.

8

Y hasta aquí la broma de vuestro buen faneditor que es nada más y nada menos que el mismísimo Jaime Rosal del Castillo. Al que debéis escribir a la Avenida de Sarriá 42, de Barcelona. Hasta

pronto, majos!  
 JULIO 9JULIO69JULIO69

Notas de CA.-

(1), si con lo de "grandes" te refieres a nosotros, muchas gracias, amigo Jaime. Mas aclárote que si CA es, en alguna forma "grande" tiene el mérito Zxcvbnm, de Casiopea, Qwertu, de Pegasus y Gaviotus, de la nebulosa filamentaria del Murciélago, los cuales, de vez en cuando, nos echan un tentáculo.

(2), pues yo lo digo: AY-AX 76, Eds. BOIXHER, Hospitalet de Llobregat, Barcelona.

(3), yo lo recomiendo a medias. Razones: no da una visión ni en semiplano de cual es la situación del fandom celtibérico, tal cual se amplía en la reseña que doy en otro lugar de este nº.

(4), interesante, puede (y gracias de nuevo); pero el mayor mérito fue de Gavioto (gracias, de parte de ella).

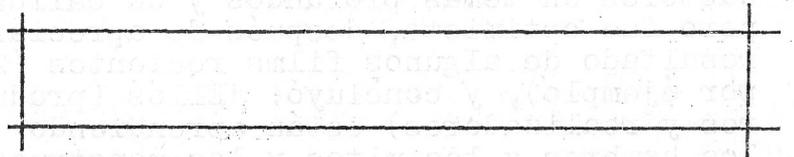


BARXAJÓ BARXAJÓ BARXAJÓ BARXAJÓ BARXA

En CA -88 decía que se preparaba una especie de boom para el fandom celtibérico. Y que en éste (o éstos, digo mejor) ampliaríamos detalles. Resulta, padecidos y comprensibles lectores, que nada de ello puedo hacer. Razones: las daré a medias porque no quiero -aún- descubrir el pastel... por si más adelante los ha dos me fueran propicios.

Pero declaro:

- Se trataba de algo "a medias" (hórrida expresión: cuando no es  $\frac{1}{2}$  el que falla, es el otro  $\frac{1}{2}$ );
- Se trataba de un proyecto quizá demasiado ambicioso -pero MUY interesante para todos-, en el que, amén de trabajo personal por los citados entrambos  $\frac{1}{2}$ , eran necesarias las llamadas pesetas: ho munculos grabados en tiras de papel y en diversos colores y tonalidades (tan difíciles de lograr como la cuadratura del círculo, la anulación de la fuerza de Coriolis o las cañas a peseta) (y dale con las pesetas!)
- No sé aún de quién fue la culpa de que BARXAJÓ fallara. Por eso no hablo de culpables ni busco un cabeza de turco. Tal vez el culpable fue el largo... (y cálido verano, que con sus grados a la sombra, sus suecas en bikini (o sin él), sus cortas noches que hay que aprovechar, su turbio vino, sus vacaciones, su mili y sus cosas, no deja tiempo para el reposo, el trabajo, la meditación, la plática a la luz de estrellas fugaces.
- Por tal -y sin embargo-, me sigo callando. Pienso que el dossier BARXAJÓ aún no se ha cerrado y que el proyecto es realizable. Y pienso también que me estoy poniendo algo pesado, porque hasta ahora yo sólo quiero a BARXAJÓ, ya que tú no sabes -aún- quién es.



# CINE

CARTA DE RIO CARTA DE RIO  
LUIS GASCA LUIS GASCA LUI

LA CIENCIA FICCION Y EL CINE: SYMPOSIUM  
II FESTIVAL INTERNACIONAL DE CINE. RIO DE  
JANEIRO.

.....Marcial  
SOUTO

Del 24 al 30 de marzo, y dentro del II Festival Internacional de Cine, se llevó a cabo en Rio de Janeiro un Symposium titulado LA CIENCIA FICCION Y EL CINE. A él fueron invitados más de treinta escritores y realizadores de varios países.

Es éste, sin duda, el esfuerzo más serio y más importante que se ha hecho hasta el presente por dignificar al cine de SF.

La organización del symposium ha sido tan perfecta que no cabe más que felicitar calurosamente a los responsables: José SANZ (coordinador) y Fred MADERSBACHER, Wilson CUNHA y Monica LEIB (asesores).

Las exposiciones de los participantes y la proyección de los films se realizaron en el teatro Maison de France, que estuvo siempre inundado de periodistas; en cada rincón hubo siempre un escritor acorralado por media docena de lápices. El encargado de presidir las reuniones fue el conocido escritor brasileño André CARNEIRO, y las exposiciones fueron todas muy interesantes; algunas realmente magníficas.

Forrest J. ACKERMAN habló, con su habitual humor, de los films venideros en SF y de las obras que se están considerando actualmente para el cine.

El título de la charla de Poul ANDERSON fue PALABRA E IMAGEN, y en ella explicó las dificultades de traducción que hay de un campo a otro.

Alfred BESTER contó sus experiencias de escritor de SF: cómo funciona su mente, cómo escribe y cuándo, y relató concretamente la experiencia al crear EL HOMBRE DEMOLIDO. El tema de Robert BLOCH fue HOMBRES, MITOS Y MONSTRUOS. Mencionó la escasa importancia de la mayoría de los films del género hechos hasta el momento, debido principalmente al poco interés demostrado por los productores en temas profundos y de calidad; pero fue optimista, después de apreciar el resultado de algunos films recientes (2001, por ejemplo), y concluyó: "Ellos (productores y realizadores) están aprendiendo que los hombres y los mitos y los monstruos no son entidades separadas, sino partes de un todo: los hombres son mitos, los hombres son monstruos, y dioses, y ángeles también. De este modo, el foco de atención se apar-

Querido Carlos,  
Me pides una líneas sobre el simposium de Rio de Janeiro, pero acabo de leer en el último número de CUENTA ATRAS la carta de Marcial SOUTO, y veo que te informa con bastante precisión sobre los días que pasamos juntos en aquellas tierras. Yo quiero hablarte, para completar la versión de Marcial, de la personalidad humana de todos esos "monstruos" de la ciencia-ficción, unos ya viejos amigos; otros a los que conocí en Rio, donde convivieron con nosotros durante diez días inolvidables.

Las ponencias fueron en general de un nivel elevado; las proyecciones de cine no tenían mucho interés para mí. Lo extraordinario, lo destacable, era el acercamiento a los autores, el discutir con ellos. Ese fue a mi juicio el gran éxito de las reuniones de Rio.

Y ahora, con el programa de invitados enfrente de mí, aquí van mis impresiones sobre ellos.

USA: de Forrest J. Ackerman, el editor de FAMOUS MONSTERS y máximo coleccionista de terror y SF, sólo puedo decir que es un hombre extremadamente cordial, humano, bueno. Está deseando ayudar. Al día siguiente de haberle dado un libro mío, me entregó una lista de correcciones y sugerencias, línea por línea. Posteriormente me ha enviado material sobre METROPOLIS, y su ayuda en todo momento inestimable.

ta de los mundos lejanos para explorar los mundos interiores de la psique humana. Los problemas del bien y del mal son nuestros problemas, y como creadores, debemos aprender a ocuparnos de los destructores. Ese es el verdadero objetivo de la SF, el examen de la condición humana".

Harlan ELLISON habló de su experiencia como escritor y libretista de cine y TV, y de sus dos últimos proyectos, que incluyen un nuevo serial del género para TV.

Harry HARRISON, uno de los mejores autor moralistas de la SF actual, explicó cómo no se deben hacer los films de este género.

John BRUNNER habló de la SF como especulación filosófica y la suya fue una de las charlas más cerebrales del symposium.

Frederik POHL hizo una larga lista de los sombríos futuros que nos esperan si seguimos utilizando indebidamente a nuestro planeta, y dijo que: "La función del escritor de SF es mirar hacia el futuro y anticipar lo que podrá suceder, y para eso necesita interrogar todos los campos de la actividad humana del presente, desde el proyecto espacial hasta la minifalda y la contaminación del aire, de los ríos de los lagos, por los residuos industriales... Los que escriben o leen SF estarán mejor preparados para las catástrofes y las sorpresas del futuro próximo, para la aparición de un nuevo tipo de hombre en un mundo nuevo".

Luis GASCA habló con mucho humor de la plaga de agentes secretos que han invadido a un tipo de cine de mala calidad que se autoproclama de SF, y que raramente tiene algo que ver con ella.

Robert A. HEINLEIN recordó los intentos sucesivos por realizar films de SF en los últimos años de la década del 40, que finalmente se materializarían en CON DESTINO A LA LUNA (dirigida por George PAL, también presente en el symposium), basada en uno de sus cuentos y en la que él colaboró.

El tema de Brian ALDISS fue EL IMPERIO DE LA SF. En una de las exposiciones más lúcidas y más interesantes, ALDISS dijo: "Si los escritores hacen lo suyo, son todo lo libres que se puede ser. La sola idea de que existe algo llamado SF, es mala, porque se interpone entre el escritor y la cosa más grande que estimula la pro-

Poul ANDERSON tiene pinta de sueco, de ingeniero atómico distraído; es sordo, infantil, reposado por fuera y creo que nervioso por dentro. Como todos los sordos vive en un mundo un poco aparte: escucha con atención para luego ensimismarse o hablar reposadamente con Karen, su esposa. Robert BLOCH parece europeo. Al coincidir en su estancia con nosotros, con su viejo amigo Fritz LANG, se dedicó a servirle de perro lazarillo (LANG está casi ciego y camina con dificultad. Ve lejano su tiempo de METROPOLIS, pero recuerda cada detalle con precisión. Le falta la ligereza y claridad de mente de Joseph von STEMBERG, que también pasó conmigo muchos buenos ratos en Rio). Posteriormente, BLOCH me ha escrito diciendo que siente el no haber podido charlar más tiempo con los demás amigos. Otro director de cine presente era Roger CORMAN, convaleciente de un accidente automovilístico, que hacía rancho aparte con George PAL. Ambos vivían en un hotel distante de los dos grandes hoteles de la playa de Copacabana, en donde nos concentrábamos el resto de invitados. También hacía apariciones fantasmales un director joven, muy parecido a POLANSKI, Harlan ELLISON. Presentó su última película en una memorable cena en casa de un americano, Hart SPRAGER, de la embajada, un día de una tormenta tropical impresionante. Era un apartamento grande, en una zona residencial, de abundante vegetación, y sólo asistimos los invitados del symposium y algunos pocos amigos del matrimonio. Ed EMSHWILLER, el genial "Emsh", que en los años 40 hizo famosos sus dibujos en las revistas de SF USA, nos presentó su RELATIVITY, obra maestra del cine "underground", que ya conocía y que de nuevo me entusiasmó. Emshwüller y su mujer Carol, son como una pareja de cuáqueros que cabalgan por el lojano Oeste con Cimarrón. Tiene Ed largas barbas grises de predicador, y es tan alto como su mujer es menuda. Por entre las barbas se le cuelga una risa buenaza, sin sombra de ironía. Probablemente dormirá con el fusil bajo la almohada y un

ducción de SF, por ejemplo, el estado actual del mundo. Pocos negarán que la SF es un producto de la evolución industrial y de las fuerzas que aún mantiene esa revolución constante. En este sentido, la SF puede ser una útil herramienta imaginativa que nos ayuda a explorar los profundos cambios que todos sufrimos durante nuestras vidas. Pero cuando la SF de general en dogma -a lo que tiende todo movimiento-, cuando se convierte en una autocracia -a lo que tiende todo imperio-, entonces, simplemente, oscurece la visión más amplia inherente en sus orígenes. H.G. WELLS poseía a esa visión más amplia; nosotros debemos redescubrirla individualmente. y en un lenguaje apropiado a nuestro tiempo, no al de él". Y su consejo a los escritores de SF y al mundo en general, fue: "Mueran los imperios y vivan los individuos!".

A. E. van VOGT habló sobre las teorías de la mutación que había utilizado para sus cuentos, y de sus ideas sobre la formación del universo.

El director de cine Wolf RILLA contó las dificultades en la realización de THE VILLAGE OF THE DAMNED, y las que ha encontrado siempre que ha querido hacer algo de valor dentro de este cine.

El escritor y crítico francés Jacques SADOUL se refirió al panorama editorial del género dentro de su país. La charla más explosiva fue quizá la de J.G. BALLARD, quien atacó las convenciones del género y aseguró que el cambio permanente es lo único que puede hacer de la SF algo válido:

"Es necesario crear un nuevo sistema de metáforas para hablar del futuro. ... Los materiales para la ficción están hoy en la realidad exterior... La guerra en Viet-Nam no es la que vemos en TV: es una guerra real, no extendida, explotando con nuevos significados... Hoy las personas tienen una mayor conciencia de los materiales de sus mentes, motivos, estados de ánimo, posturas, gestos. No es necesario inventar. Basta con captar esos nuevos puntos de la realidad y expresarlos de una forma adecuada, como el espacio sideral era el espacio surrealista del alma".

Asistieron también los escritores Damon KNIGHT, Kate WILHEIM, Robert SHECKELY, Philip José FARMER y Carol EMSHWILLER, y el director de cine Roger CORMAN, el escritor y realizador Michael CAEN, el escritor y realiza-

cuadro bordado con la frase: "hogar, dulce hogar" sobre la cama. Otro director presente era Roman POLANSKI, que no intervino en el symposium pero con el que tuve ocasión de pasar muchos ratos durante el Festival de Cine que se celebraba de forma independiente. El POLANSKI de Rio era también diferente al que conocí hace ya unos diez años, en su etapa polaca. Su viveza y agilidad, física y mental, son destacables: no para un minuto quieto. Salió de Rio el mismo día que yo, con destino a Londres, donde su mujer Sharon TATE esperaba un niño. Luego las cosas han ido mal para él, que me confesaba su atracción por la magia, y sus propias creencias (tan exacerbadas, creo yo, en el ambiente de Rio, donde asistimos varias veces a macumbas un poco "típical"; donde cerca de nuestro hotel, en el cruce de dos calles, celebraban los viernes por la noche sus ceremonias de "mal de ojo"... Al día siguiente aparecían en la esquina los goteones de cera de las velas empleadas en los ritos. Rio fantasmal de amanece, con sus olas depositando de vez en cuando restos de las ofrendas a la Señora del Mar, en las playas interminables. Estas ofrendas que en barcas de mimbre lanzan al agua los cariocas el día 31 de diciembre. POLANSKI se sentía receptor de aquel ambiente, de las viejas con el gallo blanco cuyo refugio teníamos que escalar por entre las favelas. Ahora, supongo que Roman está en pleno delirio.

Como yo asistí también al Festival de Cine, pude charlar con otros muchos directores, pero nada tenían que ver con la SF. En cambio, los británicos Wolf RILLA y Val GUEST, como el francés Jacques BARATIER, eran sombras fantasmales a los que sólo encontraba en la playa tumbados al sol, o en el bar de Copacabana Palace.

Siguiendo con los americanos asistentes, el de más fuerte personalidad, en mi opinión, era Philip José FARMER. El mayor "bluff", casi estrella de Hollywood, Arthur CLARKE. El más denigrado, Sam MOSKOWITZ, que tratado es buena persona. El más divertido y latino en sus bromas, de alegría contagiosa y grandes bigotez, Harry HARRISON. Y luego, Damon KNIGHT y Kate WILHELM, elegantes, refinados. A. E. van VOGT posee un cierto aire distante, quizá por timidez,

dor Robert BENAYOUN y el director de cine Jacques BARATIER, de Francia; los escritores brasileños Clóvis GARCIA, Ryu JUNGMANN, Álvaro MALHEIROS, Walter MARTINS y Jerônimo MONTEIRO, y el director de cine, inglés, Val GUEST. Los participantes representaban todas las tendencias del género, y el público y la prensa demostraron siempre un gran interés a lo largo del symposium, cuyo resultado fue, sin duda, muy positivo.

Rio de Janeiro es una ciudad tan fascinante que varios escritores estaban ya pensando que en los próximos años va a haber una inundación de cuentos de SF situados en Brasil.

Según J. G. BALLARD, "Rio de Janeiro es lo que más se acerca a Vermilion Sands (pueblo que él inventó en alguno de sus cuentos).

Hay posibilidades de que el año próximo se repita el symposio, quizá hasta con más participantes... Lo cual sería extraordinariamente interesante.

Desde ahora les deseamos suerte a José SANZ y a sus colaboradores. Y les damos sinceramente las gracias por este esfuerzo.

quizá por claridad de mente. De todos los americanos, que como es lógico formaban la más nutrida representación, guardo especial recuerdo para Robert SHECKLEY y su esposa Ziva. De regreso a Europa y después de copiosas cenas y divertidas reuniones, hice el vuelo en compañía de SHECKLEY, lo que me permitió profundizar en su amistad y charlar durante horas y horas sin reposo.

La delegación inglesa era como los tres mosqueteros, bulliciosa e incansable: John BRUNNER, J.G. BALLARD y Brian W. ALDISS de seguro que guardan el mejor recuerdo de sus días cariocas, como todos nosotros. ALDISS ME ha escrito diciéndome que anda metido en la organización del Congreso Mundial que se va a celebrar en Japón en el año 1970, y donde nos volveremos a encontrar. Por parte de Francia, Robert BENAYOUN se dedicó más al "cinema novo" que al symposium, asistiendo Michel CAEN y el infatigable y viejo amigo Jacques SADOUL (que veraneó en San Sebastián hace un montón de años), bien conocido entre los aficionados al comic por su libro L'ENFERM DES BULLES. SADOUL hizo fotos, cine, reportajes y entrevistas: no paró un sólo momento. Por eso ha salido con cara de exhausto corredor de fondo en la foto de la clausura, que han reproducido NUEVA DIMENSION, PLANETE y MAGAZINE LITTERAIRE. Otro que no paró de trabajar, batiendo todos los records, fue Marcial SOUTO, que ahora prepara un libro en el que selecciona narraciones de SF, completadas con sus conversaciones "en la cumbre" con los famosos.

De los escritores brasileños asistentes, intimé con Clovis GACIA y André CARNEIRO, poeta y ensayista, del que traje en la maleta varias poesías que publicarán aquí el CLA y NUEVA DIMENSION. De otras muchas cosas te hablaría, Carlos, a ti y a los lectores de CUENTA ATRAS: de la vitalidad del cine brasileño, de la extraordinaria cinemateca del Museo de Arte moderno, donde Cosme ALVES me enseñó muchas maravillas. de la curiosas películas de José MOJICA MARINIS, hijo de un torero y una bailarina y del que algún día hablaré más despacio. De Sergio AUGUSTO, el más conocido crítico de comics del país. De Ziraldo, máxima firma de la ilustración y de Naumim AIZEN, hijo del

fundador de la BRASIL-AMERICA, que inunda el país de comics presentados con cartas de lectores, fichas y todo tipo de datos informativos. Creo que los organizadores del symposium cumplieron una función necesaria y alcanzaron sus objetivos. Bajo el mando de José SANZ, fueron infatigables en su labor Monica LEIB, Wilson Cunha y Fred Madersbacher, arqueólogo fanático de la SF, que nos acogió magníficamente en su casa, llena de tesoros, donde en cualquier momento el bueno de Boris KARLOFF puede salir de su tumba, dejando un rastro de vendas y un cierto olor a momia de buen ver. José SANZ prepara ya lo que será el segundo symposium, dentro de su primer FESTIVAL DE CINE FANTASTICO, en marzo de 1970. Te prometo que no faltaré a su cita.

Un fuerte abrazo de tu buen emigo

Luis GASCA.

San Sebastián (España), Septiembre, 1969.-

(de la 74)

gar la aplicación de 'culto', que le aplica BANG!, porque no define en nada a las historias de SIÓ).

Nº 43 ZAPATERIA Nº 13



—Mardita sea mi suerte, y yo que he llegado con jamergo y to.

En resumidas cuentas cabe afirmar, sin errar, que SIÓ es un dibujante au tenticamente forma do, y que AGHARDI es -aunque sólo co nozco las cinco lá minas que reproduce BANG!- una historieta de primera línea. Por eso SIÓ publicará próximamente en el extranjero (en LINUS, por ejemplo) donde hallará un pú blico (gran público) -y también lo afirmo-, que entre nos otros no encontraría.

C. B.

ANTOLOGIA ESPAÑOLA DE FICCIÓN CIENTÍFICA (Recompilación de Antonio GONZALEZ MORALES); Ed. Prensa Española, Madrid 1969; Col. Los Tres Dados; 222 pp., 120 pts.

PRENSA ESPAÑOLA ha publicado ultimamente tres volúmenes dedicados a la SF (aunque ellos lo llamen 'ficción científica'): uno de Manuel GARCIA VIÑO, LA SOLUCION, de Paulino POSADA y este que nos ocupa. Del primero se publicó la reseña en CA -89 y del segundo podrá llerse con toda probabilidad en CA -83.

Y lo que se lee ahora es que éste parece estar hecho (casi, como enseguida se verá) para que, cogiéndolo por uno de sus extremos, entre índice y pulgar, a guisa de pinza (que diría Polack), dejáramoslo después precipitarse en nuestra particular incineradora, en la que arde toda la SF mediocre, mala o repugnante, que en ella sólo lo bueno se resiste a arder.

Inaugura el libro un relato de GARCIA VIÑO, AMOR FUERA DEL TIEMPO, ya publicado por la misma editorial, en esta misma colección y no hace demasiado tiempo, y que, ratificando lo dicho sobre él en CA -89, carece de mérito, es insulto y navega entre dos peligrosas aguas: vulgaridad y cursilería.

Juan-José PLANS, "el mejor autor hispano de SF", como a sí mismo se denomina, aburre nuestros sentidos con dos primicias: EL GRAN ESPIA DEL MUNDO (publicado hace poco más de un año en La Estafeta Literaria) y LA ULTIMA NOCHE, suerte de pastel de hojaldre con mucha nata, mucha miel rancia y generosas dosis de empalagosa almíbar, contra el que no valen sortilegios ni bicarbonato.

Otros escritores incluidos en la antología (RAZ, MORALES, ROMERO, SAENZ) detentan el mismo defecto: infantilismo y falta de imaginación; cometen el mismo y punible delito de lesa SF, de herejía SF, a la que sus autores desconocen con toda seguridad, y cuyos relatos, aparte de amargarnos la existencia y el bolsillo, definen una vez más lo que NO debe de ser la SF.

Sí está muy bien, en principio, permitirnos leer obras de autores que no sean "los mismos de siempre"; mas lo mínimo exigible es una mediana selección, medianamente inteligente, siquiera en las obras presentadas. Particular que el antologista se ha saltado a la torera. Y como dicen que "no todo el monte es orégano", yo lanzo mi apotegma particular y digo que no todo el desierto es arena, y que de vez en cuando nos encontramos con un refrescante oasis, o una mina de oro, como aquí. Porque hay que descubrirse respetuosamente ante domine Enrique JARNÉS y dom. Guillermo SOLANA.

El primero no es desconocido en el fandom, ni muchos menos; al contrario, fue uno de sus pioneros. ¿Os acordáis de Diego Valor, del Mekong y de todas aquellas aventuras en el comic, radio e incluso discos? Pues allí estaba JARNÉS trabajando hace más de una década. Yo tuve ocasión de conocerle en TVE durante una entrevista que nos hicieron para el programa LUZ VERDE (UHF), pero entonces silenció sus cualidades de escritor y ni siquiera hizo mención de que escribiera. Aquí demuestra que lo hace, y lo hace bien, con EL CEREBRO y RECUERDAME CON PIEDAD. En el primero desarrolla un tipificado tema en SF: el cerebro humano conservado vivo en el laboratorio y que, día tras día, va adquiriendo mayores poderes hasta conseguir adueñarse y dominar las mentes de cuantos le rodean. Un nuevo mito sobre la inmortalidad sui generis, pues previsiblemente un cerebro (o encéfalo, como precisa el autor) cuyos poderes psíquicos se desarrollen a tan rápido ritmo, será autosuficiente para la supervivencia y llegará incluso a renovar o "vitalizar" las células que por el paso del tiempo se deterioren o extingan. RECUERDAME CON PIEDAD es un juguete que participa tanto de la SF como del "fantastique" y del cuento de hadas. De todas formas, EL CEREBRO puede considerarse como el más logrado de los dos.

La otra revelación ha sido GUILLERMO SOLANA, que en sus tres relatos da pruebas de poseer una sólida formación en SF, de estar maduro y preparado para que sus originales sean leídos -y admirados- en cualquier parte: en la meseta, en Barcelona y fuera de la Península. Lo curioso en SOLANA, como en el caso de JARNÉS, es que en ninguno de sus tres cuentos se intenta un "tema" diferente o nuevo en SF, ni siquiera el tratamiento implica un nuevo sistema. Por el contrario todo es clásico: en NUEVA YORK ERA UN JUGUETE, la destrucción de la Tierra; en UN HOMBRE SUBIO A UN MONTE, el hiperespacio y en LA BODA DE HANS se amalgaman el "fantastique", el amor -a escala estelar, como está mandado-, y la "caída" o sorpresa final, vigente por su interés en SF, siempre y cuando se dosifique y no se convierta en un simple golpe efectista.

Es una verdadera lástima que SOLANA y JARNÉS no produzcan más SF, o que no la publiquen, que no sé si la tendrán escrita, porque si los relatos...

-¿Eres tú, Vulcano? No está mal pensado. Hazlo.

-Jefe, soy Apolo. ¿No quieres, a pesar de todo, que dejemos algo? Como recuerdo, que sepan que estuvimos aquí.

-Convertirán nuestros aparatos en ídolos, en fetiches. Embadurnarán nuestros televisores y helicópteros con sangre de toro y los adorarán. ¡A volarlo todo!

-¿Y si enterramos unas tablillas? Clío las ha preparado ya. Las desenterrarán cuando se ocupen de arqueología, las leerán cuando descubran la cibernética, cuando sean como nosotros somos ahora.

-Te entiendo, Apolo. Las órdenes dadas son las que valen. Tiene la extraña manía de complicarlo todo. ¿Quién nos garantiza que no tratarán de adjudicarnos todos sus progresos? Sin embargo, todo lo que ellos han creado y crean, es y será obra de sus propias manos. No hay por qué traer a cuento a las fuerzas sobrenaturales. Por ejemplo, a nosotros. ¡A volarlo todo!

-Te informa Neptuno. El destacamento oceanográfico ha terminado su misión. Hemos hundido la batisfera. Salimos para el cosmódromo.

-Te informa Plutón. Los geólogos han sacado las últimas muestras. Dentro de quince o veinte minutos partiremos para el cosmódromo.

-¿Cuál es la causa del retraso?

-¡Cancerbero se ha ido tras una perdiz! ¡Es un mentecato!

-Muchachos, esperad, no desmontéis las radios. Soy Apolo. Jefe, dile a los muchachos algo bueno.

-¿Qué deciros? Oídmelo. Habéis trabajado... eee... bien. Digo que habéis trabajado bien. En nombre de la jefatura de la expedición os doy las gracias y felicito a todos...

-¡Atención! ¡Una noticia excepcional! Han capturado a Prometeo en el cosmódromo. Quería hacer estallar el cohete.

-Se ha vuelto loco. ¡Esculapio, ve inmediatamente a reconocer a ese demente!

-Aquí, Esculapio. El encefalograma es normal. Sólo ligeras anomalías. Está en su sano juicio.

-¡Que se ponga al habla! Prometeo, te escucho. Paso a la escucha.

-¡Mocosos! Ellos no están aún en condiciones para eso. Ya llegarán solos, por sí mismos. Tengo fé en ellos. Pero tú, por lo que veo, no confías.

-Jefe, yo me quedo en la Tierra. Consagraré a los hombres mis conocimientos, mi fuego.

-Para que lo sepas, nos han pedido de todo, excepto conocimientos.

-¿Y tú no les has ofrecido conocimiento?

-Bueno, ya hablaremos por el camino. ¡En marcha para el cohete! Quedas suspendido de empleo.

-Ya te he dicho que me quedo en la Tierra.

-Te matarán y nos echarán la culpa a nosotros.

-Estoy dispuesto a todo.

-Estás desconocido, pequeño mío. Te has olvidado de tu planeta natal. Por poco nos privas de la posibilidad de regresar a nuestro hogar. ¿Qué elixir te han dado? ¿Qué han hecho contigo?

-¿Y qué han hecho contigo? ¿Por qué les has ocultado que no somos inmortales? ¿Por qué has permitido que nos adorarán como divinidades?

-Oye, mira, lo he hecho exclusivamente por la seguridad de los expedicionarios. Y, en general, dado su actual grado de desarrollo, ellos no están en condiciones de comprender quienes somos nosotros.

-No os han entendido, y os han hecho dioses. Yo les he comprendido a ellos, y me he hecho hombre.

-¿Qué? ¿Qué es eso: "a vosotros" y "hombre"? ¡Atadlo y metedlo en el cohete! Lo juzgaremos.

-Aquí Temis. Te asesoro: si es un hombre, nuestras leyes no pueden serle aplicadas. No tenemos derecho a llevárnoslo.

-Comprendido, Temis. La ley es la ley. Desatadlo. Que tengamos siquiera uno que nos despida.

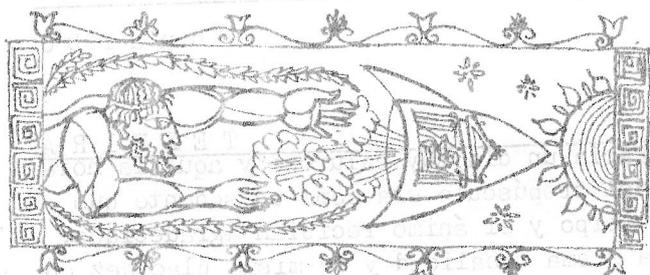
-Aquí Temis. Te asesoro: en planetas de baja civilización no es aconsejable la presencia de los aborígenes al lanzar el cohete, pues no sabemos cómo van a reaccionar y comprender.

-Entiendo. Mandadlo a cualquier sitio. Al Cáucaso, por ejemplo.

-Jefe, aquí Marte. ¿Le podemos dar un revólver?

-Aquí Temis. Te asesoro: está prohibida la entrega de armas a seres de civilizaciones inferiores, pues no sabemos a qué manos irán a parar a última hora y qué uso harán de ellas.

-¡Jefe, pero si él es de los nuestros!



-!Qué va, so ha pasado a ellos? ¿No has oído lo que ha dicho Temis? Adiós, Prometeo, confío en que...

-!Atención! Aquí Mercurio. De acuerdo con la hora de partida, corto los medios de comunicación. Todas las emisoras de la Tierra dejan de funcionar.

-Aquí el jefe. Con una salvedad: dejan de funcionar temporalmente. ¡Rayos y truenos! ¡Ya han creado a Prometeo!

B.V.

Trad.: Vicente Talón

(viene de 99)

Esta es la parte positiva. La negativa comienza en la pg. 4, con la maldita editorial. No voy a decir que predisponga al lector la calidad de la misma. En un diario sí marca, generalmente, la tónica de aquél. En una revista, e menudo. Pero no excluye que una mediocre editorial sirva de amargo preámbulo a un gran contenido. Sin olvidar, por otra parte, que aunque el escribano (no el escritor, en es

te caso) sea uno, son todos los editores los responsable de este desacato al buen gusto, repetido en cada uno de los 10 números de ND.

En ésta, (tan maldita como la cama en la que hubo de pernoctar el buen Alonso Quijano, en aquella venta de sus malos recuerdos) se repite lo que en las anteriores, corregidísimo y aumentadísimo, si es posible. En primer lugar continúa expresándose en primera persona; donosa majadería, cuando una editorial es a menudo -y así debe ser- una exposición esquemática de la inclinación ideológica de la publicación que se trate; en segundo, se mantienen los puntos de vista personales de su autor, que se ampara en el anonimato al no firmar lo que escribe (y que Júpiter lo tenga en su gloria), cuando una editorial como está mandado, debe huir, como ladrón de guardia, de toda dialéctica personal (demasiado personal, en

este caso); además se ha querido hacer política. Concretamente antiUSA. y no es que a mí me parezca mal, pero no parece éste el lugar adecuado, y menos cuando estos velados ataques no son valientes, por su referida condición de anónimos. Abundan las chorradas: "el ondear de la bandera en la Luna", cuando hasta el Potitos sabe que allí no hay atmósfera (¿habrá que decir "selenar?"); se ha establecido a rajatabla que es el Hombre y no el hombre made in USA quien ha hollado nuestra romántica acompañante nocturna. Y en esto sí que no estoy de acuerdo: es el Hombre, sí, como género, pero es el hombre USA como particularidad dentro de ese género (por otra parte ¿ha pensado el escribano cuánto, cuánto, cuánto debe la SF a USA?). Siguiendo esta línea podría hacerse en un dos por tres una entelequia silogística: "el Hombre ha llegado a la Luna; soy un hombre (aunque sea hispano), luego yo he llegado a la Luna". Es -la editorial- demagógica, aunque no hará mella en nadie, y ataca, en fin, burdamente, a un pueblo sobre el que pesan grandes taras (sociales, políticas...) mas al que no le reconoce -¿por qué?, me pregunto- sus grandes triunfos. Lo que parece un poco pedestre e infantil.

Hacia un día muy caluroso y aquella hora del crepúsculo era como un sedante que el cuerpo y el ánimo recibían agradecidos.

El mar, de celeste muy claro, presentaba la misma tonalidad y la misma placidez que el cielo. Sólo por occidente, un gran ramalazo escarlata sobre las montañas daba un cambio al azul. Era el adiós del sol, que por fin se había ido a calentar otros meridianos.

La playa quedaba casi desierta. Los últimos bañistas, muy pocos ya, recogían su leve equipaje y se marchaban, pero aquel hombrecillo, vestido hacía rato, permanecía sentado mirando el cielo y escuchando el suave rumor del diminuto y cansino oleaje, el cual apenas conseguía hacer saltar una bolita de espuma en su manso choque con las rocas de la caleta. Y a muy escasa distancia, Illia, la muchacha rubia, colocó en su bolso playero la revista que había estado hojeando. Se marchaba también, pero encendió un cigarrillo y quedóse unos minutos inmersa en la paz del atardecer. La luna, en avanzado creciente, brillaba ya; aunque todavía a la noche le faltara mucho para hacer retroceder por completo a la luz diurna.

El hombrecillo miró a la joven y, de pronto, como si repitiera en voz alta un interrogante que ya se viniera haciendo, le preguntó:

-¿Adónde se habrán ido los platillos volantes?

Le sorprendió a Illia la pregunta; pero enseguida sonrió, comprendiendo que el desconocido, previamente, había sentado una premisa antes de decidirse a lanzar tal observación. La revista que acababa de colocar en el bolso era de ciencia ficción, y en la portada campeaba el consabido astronauta sobre su firmamento amarillo repleto de estrellas. El hombrecillo había dirigido su sonda de coloquio a tiro hecho, no cabía duda.

-¿Tiene usted alguna idea sobre el actual paradero de los ovnis? -Volvió a inquirir en tono amable y suave, pero firme.

-Pues no, señor, no tengo la menor idea -repuso la joven-. Aunque, ¿por qué tendrían que irse los platillos volantes... en el supuesto de que antes hayan venido?

-¿No cree usted en ellos?

-Sí, pero más que nada porque me gustaría que fuese verdad.

-No es una respuesta, señorita.

-Bien, pues pongamos que creo, aunque nunca he visto ninguno, ¿y usted?

-Tampoco, y lo lamento bastante.

La joven se dispuso a marchar.

-Aguarde un poco -pidió el hombrecillo-, no le hice la pregunta con la intención de iniciar una vulgar charla. Quizá, usted que es curiosa del tema, habrá observado un hecho muy particular acerca de las supuestas apariciones de ovnis en el mundo entero. En ello estaba pensando, y al verla leer un libro de ciencia ficción he querido intercambiar nuestras opiniones.

-¿Cuál es el hecho particular? -inquirió Illia, interesada.

El hombrecillo se levantó, cojeando e inclinado a un lado, y acercósele un par de pasos. Con cierto aire de misterio le confió sus sospechas.

-No se ha dado cuenta de que a partir de los últimos preparativos del viaje de Armstrong, Aldrin y Collins a la Luna, de pronto, han cesado por completo, en todo el mundo, las apariciones de platillos volantes?

Illia reflexionó un instante, como haciendo memoria.

-Es cierto -concedió-. Al menos, los periódicos y demás medios informativos no han dado la menor noticia, tan frecuentes antes, de aparición alguna.

-Exacto. No ha habido ninguna noticia de visionarios, ni falsos ni auténticos. Recordará que antes, hasta hace pocos meses, raro era el día en el que allá o acá, en Francia o en Chile, desde el aire o desde tierra, alguien no hubiera visto con

sus destellos verdes o anaranjados cruzar un ovni de este a oeste o de sur a norte. Hasta se han hecho en libros y magazines largos y detallados relatos con testigos y pruebas para todos los gustos. Y de repente, ¡zas! -el hombrecillo hizo un rápido gesto con sus manos abiertas-. Nada, ni una palabra. O bien los ovnis se han ausentado, ¿por qué?

Illia inició un gracioso mohín de desconcierto.

-¿Y a qué se puede deber esta súbita falta de apariciones?

-Vaya usted a saberlo, señorita. Un país puede prohibir a su prensa tratar de tal o cual tema, y en este caso los platos voladores. Pero todos los países del mundo, no. Todos los países no pueden ponerse de acuerdo en eso, cuando no se pone para asuntos más serios e importantes. Yo opino, y es sólo una intuición, que los ovnis han dejado de sobrevolar la Tierra para no interferir en el primer viaje a la Luna.

-Bello gesto -respondió la joven.

-Sí, muy bello. Es una magnífica lección de nobleza y cortesía de los extraterrestres. Se han retirado para no dificultar, con problemas de tipo psicológico y también de tráfico sidéreo, al hombre de la Tierra. Beau geste, señorita.

-Parece usted casi seguro de que esa sea la verdadera razón, señor.

-Me esfuerzo en creerlo así. De todas formas, ¿no es una teoría bonita?

-Y hasta poética, me atrevería a decir.

-Me gusta lo bello, no lo puedo evitar. Desde una idea hasta una mujer.

-Bien, señor, he de marcharme -dijo la joven en un tono subitamente seco.

Alarmóse un poco el hombrecillo.

-Señorita, que no estoy proponiéndole un ligue, que le hablaba solamente de ovnis.

Illia, comprensiva, asintió. El hombrecillo era de edad más que madura y, además lisiado.

-No estoy nada molesta por su conversación, señor. Por el contrario, créame, ha sido muy grato el encuentro.

El hombrecillo se hirció cuanto pudo.

-Y a mí también me ha sido grato. Habría que estar ciego y tonto para no apreciar su belleza, pero le repito que sólo pensaba en estos desaparecidos ovnis. A dió, señorita; muy buenas noches.

Renqueando, pero digno y caballeresco, el hombrecillo se alejó.

Y entonces Illia sacó del fondo del del bolso un extraño objeto; lo graduó unos instantes y asentó una pequeña antena hacia un cierto punto del cielo. Hubo un "click" extraño y habló:

-Quizá fuera conveniente reanudar las apariciones. Hasta un humilde hombrecillo se ha dado cuenta.

E. T.

En el próximo número de CUENTA ATRAS, publicaremos, entre otros, críticas y comentarios de los siguientes libros:

LOS MITOS DE CTHULHU (Lovecraft, Derleth, Dun-  
sany, Bloch, Kutner, etc.); Alianza  
Editorial.

LAS MEJORES HISTORIAS DE HORROR (recop. de Fo-  
rrest J Ackerman); Bruguera.

Antología de la literatura fantástica española  
(recop. de José-Luis Guarner); Id.

EL REINO DE LOS APARECIDOS (Varios autores); Ru-  
meu.

LA SOLUCION (Paulino Posada); Ed. Prensa Espa-  
ñola.

# CINE

DEL 27 DE SEPTIEMBRE al 3 de octubre tuvo lugar en Sitges la semana terrorífico-fantástica a la cual nos referimos al margen. Y como publicamos esta reseña con un sí es no es de retraso, nos referiremos a la SEMANA en relación con:

- 1.- LAS PELICULAS
- 2.- EL PUBLICO
- 3.- LA SF, F y afines
- 4.- ORGANIZACION

Al ataque, pues:

## 1.- LAS PELICULAS

Dice José-Luis GARCÍ:

La sangre corría a borbotones. El hombre, con el cuello abierto por una cuchillada, se desangraba velozmente. Estaba colgado de una polea, justo encima de una tumba. Cuando la última gota del rojizo líquido quedó definitivamente mezclada con las cenizas esparcidas dentro del ataúd, algo, en su interior, comenzó a cobrar vida: las propias cenizas. Y de ellas, lentamente, surgieron unos huesos y, poco después, una figura de hombre... Sí, era él. El mismo. El auténtico, el único, el magnífico Conde...

La villa de Sitges ha sido durante una semana testigo de su II dosis internacional de fantasía (y de terror; pero ¿por qué? ¿No forma el terror parte integrante de la fantasía?). Dos años de existencia son pocos años para poder juzgar a un festival. Y más aún teniendo en cuenta el género: el "fantastique", genericamente; es decir: SF, horror, fantasía, temas, en fin, que ni podrían clasificarse dentro de estos tres tipos. Por su carácter, y aunque se pretendiesen traer obras estimables, -y cualificadas- habría en muchos casos el "stop" de la furibunda censura. Como así ocurrió en Sitges, por ejemplo, con FANDO Y LIS, de JODOROWSKI, sobre texto de ARRABAL, que fue prohibida su exhibición primeramente por los miembros de la censura, presentes en el festival; después por el Sr. Subdirector de Cultura Popular DON FRANCISCO SANABRIA.

CHRISTENSEN-BROWNING.- La programación de este año ha sido irregular. Junto a obras realmente estimables se han visto películas vulgares y sin interés. Las mejores obras -y es lógico- fueron las retrospectivas. Así, hubo ocasión de ver un film de la importancia de HAXAN, del danés CHRISTENSEN. La obra es un clásico y una película que difícilmente se habría podido ver en España y desconocida por la generación actual. CHRISTENSEN, con HAXAN se sitúa a la altura de los mejores autores europeos del cine mudo. Visitó USA en donde, aparte de trabajar, conoció la obra de GRIFFITH que influiría notablemente en su cine. HAXAN es un film sobrio, preciso, emocionante. La reconstrucción que hace CHRISTENSEN de la Edad Media, espléndida. La visión que va ofreciendo al espectador de ese mundo de magia, hechizos, apariciones, superchería, etc., de una eficacia sorprendente. La narrativa del film es, además, de una rara modernidad. Encomiable es, igualmente, su inventiva, la imaginación de que hace gala en cuanto a decorados, vestuario y personajes. Hay momentos que recuerdan a pinturas del Bosco. Una obra, en suma, con un lugar ya -y desde hace muchos años- en la historia del cine, y que si bien deja traslucir cierta influencia de SJÖSTROM o del citado GRIFFITH, no deja por ello de ser una muestra irrefutable del talento de un autor, como lo es CHRISTENSEN, posiblemente el más importante nacido en Dinamarca después de DREYER.

Otro clásico que se revisó -aunque éste en sesión sólo para críticos- fue FREAX, la obra maestra de BROWNING. Rodada en 1931, sigue conservando aún toda su fuerza, toda su belleza. Es con toda seguridad la película más importante que se haya hecho jamás sobre seres deformes; una galería alucinante de criaturas anormales toman parte en una historia terrible: la vida en un circo vista desde el otro lado, lejos de los aplausos

II SEMANA DE CINE FANTASTICO Y DE TERROR, SITGES (II SEMANA INTERNACIONAL, SE ENTIENDE)

sos y las piruetas. Con una técnica sencilla y sin ningún tremendismo -pues ya los personajes superan este concepto con su sola presencia-, Tod BROWNING, maestro de maestros del horror, compone una pieza inestimable, delirante y sobrecogedora, que entra a colocarse en los lugares más importantes de la fantasía (¿fantasía?). Al principio un cartel advierte que todo es verdad, que no hay trucos y que el film posiblemente jamás podrá realizarse de nuevo. Y todo parece indicar que es cierto, pues es difícil creer que el cine reconstruya escenas como la del banquete nupcial que, según se ha escrito alguna vez, BROWNING rodó con todos los personajes totalmente ebrios. Fue una pena que pudiera pasarse el film al público, ya que la copia era de 16 mm, y se hallaba en un estado deplorable, nada extraño pues, al parecer, era de la Filmoteca Nacional.

Como también era de la Filmoteca la copia de LUZ DE GAS (Thorold DICKINSON, 1931), cuyas condiciones eran repésimas: apenas si podía verse una secuencia con calma pues el film saltaba continuamente; estaba lleno de cortes y no se apreciaba el más mínimo cuidado en la rotulación. Y fue una lástima, porque LUZ DE GAS, según la obra teatral de HAMILTON, sigue siendo una obra admirable, con una esmerada realización y una magnífica interpretación de Dyana WINNARD -representante clásico de las actrices inglesas de los años 30-. Y a pesar de que la segunda versión -LUZ QUE AGONIZA, de George CUKOR- superó, prácticamente en todo a la obra de DICKINSON, no deja de admirar la cuidada adaptación -en todos los conceptos- que hizo el director inglés, moviendo a la perfección los hilos del melodrama y creando una sensación de angustia de principio a fin.

También se pasó (y en las malas condiciones de las anteriores, no en vano era también de la Filmoteca), SVENGALI, de Archie MAYO, 1931. La película es un "show" continuo de las portentosas facultades del gran John BARRYMORE, actor que, aunque superado hoy por otras formas de interpretar, sigue causando asombro y admiración. La labor de MAYO, al servicio de BARRYMORE, es correcta, cuidada, destacando su personal visión de la bohemia parisiense de principios de siglo. Y cerró, con brillantéz, el grupo de la retrospectiva, el FRANKSTEIN, de James WHALE, también del 31. Obra muy conocida por haberse repuesto, comercialmente, hace un par de años. No obstante, un año después, LA NOVIA DE FRANKSTEIN sería la mejor obra, en la que Boris Karloff haría su más eminente trabajo.

Dice Juan TEBAR:

CRITICA DESTRUCTIVA Y MUY IRRITADA.- Les contaré una anécdota que por ser personal sabré decir mejor: cuando llegué a Sitges, con la única intención de ver cine fantástico, que es lo que me gusta, me dieron el programa. Y por sus páginas tuve la primerísima y sorprendente noticia de haber sido nombrado jurado de unos premios -CLAVELES EN SITGES- que se conceden al margen de las películas. Premios que teóricamente habríamos de dar según una redacción ambigua que nosotros adecuamos a nuestras capacidades y entendimiento. Premios que hoy ya están concedidos a Federico FELLINI, Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ y Luis GASCA, prescindiendo de los calificativos y las fechas con que nos limitaba y despistaba la primera redacción. Labor que los siete jurados hemos llevado a cabo sin más atención e interés por parte del Director de la Semana que habernos nombrado sin previa consulta (GARCÍA MÁRQUEZ vive en Barcelona. Espero que a alguien se le ocurra comunicárselo, aunque quién sabe si la Dirección de la Semana confía en la telepatía).

Todo sería perdonable -la tosquedad de la organización, la falta de iniciativa de la Dirección, su carencia absoluta de interés o mínimo conocimiento sobre cine fantástico, o incluso sobre cine en general; la aburrida apariencia de lo que debiera haberse ofrecido con imaginación y humor, cualidades totalmente ausentes de los responsables...-, todo sería disculpable, e incluso no lo destacaríamos de esta forma si las películas hubieran estado bien o se hubieran seleccionado con seriedad. Aclaremos para el lector: esta Semana no da premios a los films, no hay competición ni obligación de "premieres"... O sea, hay muchas películas donde escoger. Y no es que se ha ya escogido mal; simplemente, no se escogió. Llegaron películas, no las vio nadie con autoridad ni criterio, y se pusieron por las buenas. Y todos sufrimos mucho y nos aburrimos la mar.

CONSIDERACIONES IGUAL DE IRRITADAS, PERO CONSTRUCTIVAS.- Sé que el director de la Semana ha trabajado, ha gritado, ha llamado mucho por teléfono; que su familia le ha ayudado en todo; que el fotógrafo de la organización ha sacado copias infatigablemente de cada "press-book" (aún así, el material gráfico que nos llevamos fue bien menguado), que todos son muy simpáticos y que su mejor intención fue que los cronistas tomáramos el sol, viviéramos felices "a pan y cuchillo" (textual expresión del director) y de paso viéramos alguna peliculita. Pero no se trata de eso, por supuesto. Se trata de hacer un Festival, de programarlo con tiempo y conocimiento del paño, de que se permita colaborar a los especialistas (algún que otro ingenio quiso hacerlo hasta que se cansó de intentarlo), de que se invite a las figuras del "fantastique" (hablo, desde luego, de Christopher LEE, de Mario BAVA, de los mismos premiados este año, no de Marisol o de Rosana YANNI, a las que se pensó traer...); de organizar una seria retrospectiva, con otras copias que las de nuestra inaudita filmoteca, de todo eso que en Sitges brilló por su ausencia o incompetencia. Se trata de que no se anuncien las proyecciones con garrafales errores de lectura, embozados tras el anónimo microfoco, de que se hagan bien y a tiempo las sinopsis, de que no dé vergüenza, en fin, el invitar a la gente importante. Se trata de prestigiar desde dentro lo que nos interesa prestigiado a ojos de fuera... se trata de que el primer Festival del mundo de CINE FANTASTICO Y DE TERROR (aceptamos la coletilla. Al menos queda espectacular) sea realmente lo que su título indica, o procure serlo. Sabemos que es la segunda Semana, que todavía está en mantillas. Tiempo es aún de cortar por lo sano y construir. Tiempo es de procurar una Dirección responsable para lo que puede y debe ser el Festival más personal, libre, emocionante y divertido de todos los nuestros, sobre todo ahora que a los festivales no especializados les parece haber tocado la agonía...

Mucra, pues, esta vergonzosa II SEMANA INTERNACIONAL DE CINE FANTASTICO Y DE TERROR. Viva, pero de verdad, la TERCERA.

Dice Carlos BUIZA

El cine checo se vio representado por DOS MOSQUETEROS, de Karel ZEMAN, probablemente una de las películas menos aburridas de la Semana. Ingeniosa, con grandes aciertos alternando, aunque no siempre, con otros que no lu fueron y muy en su sitio. FANTOM DE MORISVILLE, de Borijov ZEMAN, que fue una pena su carencia de rótulos y HAPPY END (1967), de Oldrich LIPSKY, cuya originalidad consiste en que se cuenta al revés, como si a cualquier película normal le diésemos marcha atrás. Fue imposible traducirla, ni para la sinopsis, por lo que pienso que tal vez el diálogo pudiera estar grabado al revés. El film, por su técnica, se parece mucho al cuento de BALLARD, TIEMPO DE PASAJE, que podéis leer en otro lugar de este CA, pero aquí, en las imágenes, se aburre uno después de la segunda galleta descomida, o del segundo abrazo con "desbeso". Tenían gracia los strip teases que no lo eran y los contrastrip teases, que sí lo eran. Y nada más.

RUSIA.- Había una copia en 70 mm que no pudo proyectarse por carecerse del equipo necesario; un PLANETA BUR anodino y birrioso y una REINA DE LAS NIEVES -basada en el cuento del mismo título de Andersen- infantiloides y fuera de lugar.

JAPON presentó un clásico en monstruología, que al final, en la cena de clausura, se le concedió una mención: a Isidro (sic) HONDA, por su película THE WARD OF GARGANTUAS (1968) en la que, como en las anteriores de la serie, convivimos con monstruos familiares, que continúan aterrorizando a los pacíficos ciudadanos nipones.

INGLATERRA presentó EL HOMBRE PROYECTADO (The Projected Man), de Ian CURTIS, correcta, de SF, correcta pero sin que aporte nada remarcable. Y tiene bastantes semejanzas con THE FLY.

BERSEK, de Jim O'CONNOLY, con circo y crímenes (!qué diferencia entre esto y FREAX!), de pretendido suspense y rebuscada sorpresa final.

El argumento de la tan esperada PEEPING TOM (Michael POWELL), que podría llevar como subtítulo "memoria en imágenes de un 'voyeur'", parecía preparado pa-

haber dado mucho más: un cameraman, que como pluriempleo se especializa en fotografías pornográficas, tiene como deporte favorito acuchillar a prostitutas y demás aves del género, cuyas agonías cuidadosamente filma en color (el arma empleada para el crimen es una de las patas del trípode, cuidadosamente afilada)... Todo esto debido a un trauma de la infancia. Al final, se suicidará empleando el mismo procedimiento que el aplicado a sus víctimas, mientras la cámara registra sus últimos momentos. Sin embargo el film peca de lento, le falta habilidad y desenvoltura, aun cuando los detalles se cuidaron minuciosamente. Fue una pena este navegar entre dos aguas. Pero el resultado puede considerarse bueno.

Y entramos en los dominios del Conde: DRACULA, PRINCIPE DE LAS TINIEBLAS es una producción de hace poco más de un par de años, a cargo del maestro del horror, Terence FISHER, a cargo de otro maestro del horror, Christopher LEE(1), muy transilvánico, como siempre impresionante, parco, chupador. El film comienza con un atavismo mientras una voz en off explica las secuencias. Y allí vemos al perseguidor CUSHING que contempla la agonía del vampiro cuando éste ve la luz del día y cuando sucumbe bajo el símbolo (?) de la cruz (dos candilabros cruzados) y se convierte en cenizas de más de cuatrocientos años de antigüedad; cenizas que (cómo no!) son mera catalepsia. Porque terminar con un mito no es fácil: las pavesas se agruparían más tarde bajo el contacto de la sangre, que da la vida; y el Conde campará por sus respetos entre tumbas, castillos, ahorcados, doncellas contagiadas, lobos que huyen y luces que salen. (Son de destacar las secuencias de la muerte del vampiro por los frailes y de la mamada -perdonadme, pero aquello era una vampírica mamada-). LEE me impone un carpatiano y profundo respeto; FISHER, también. Y les tengo miedo a entrambos. Por eso diré, sólo, que su posterior versión de DRACULA es mejor. O que ésta no es tan buena como aquella. Aquí, dentro de haber logrado un clima al que nada hay que oponer, les faltó climax. La temporal muerte del Conde es irreal, demasiado "fría" en todos los sentidos.

La METEMPSICO, de A. KRYSTIE, presentada por ITALIA, fue un coñazo que no merece ni media línea. EL ESPECTRO, de 1963 (Robert HAMTON), tan clásica en los medios formales empleados como desangelada. Barbara STELLE no es Barbara Stelle y la historia, de terror moderno, nada sabe -a propósito- de sobrenaturalidades y se convierte en terror científico -aunque la acción transcurra en el siglo pasado-. No convenció a nadie. Ni a los fanáticos de Barbara, como Juan TEBAR.

POLONIA, HAAS y su MANUSCRITO fueron revisados nuevamente. Huelgan ahora los comentarios a esta magnífica producción que en muchas ocasiones ha sido ampliamente comentada.

SUEÑO DE VAMPIROS, bajo la dirección de Ibere CAVALCANTI pareció un coche de carreras al que le fallaran las bujías. Causas: su irregularidad. Junto a secuencias logradas había otras francamente mediocres. El sabor carioca y los multicolores vampiros hicieron reír al público, que quizá encotrara en ellos la catársis esperada después de las proyecciones que los precedieron.

## 2.- EL PUBLICO

Dice Carlos BUIZA:

Es algo que debe tener muy en cuenta la organización de la Semana. Me refiero al público que llenó a diario el cine que se dedicó a

las proyecciones. Ese público puede convertirse en incondicional; parte de ese público puede ser enseñado (hubo carcajadas y berridos en EL ESTUDIANTE DE PRAGA; hubo risas -con razón- en las proyecciones de la EOC; hubo silencio en HAXAN y hubo risas-esta vez de verdad- en CAVALCANTI).

## 3.- LA SF, F Y AFINES.-

Dice Carlos BUIZA (mejor dicho, escribe; porque con él lo dicen otros):

"Vivir para ver", que decía muy abuelita, aunque la pobre era tonta, porque era ciega. Y eso digo yo después de la semana de marras por

diversas causas y motivos, entre los que destaca uno principalísimo, que es el que viene al caso. Veámoslo en un dos por tres: Llegué a Sitges (que, por cierto, lo hice con más de 24 horas de antelación, quizá por eso de la distorsión del tiempo). Al día siguiente por la noche, uséase, cuando comenzaron las proyecciones, me encontré con viejos amigos de Madrid (GARCI, TEBAR, LLORENTE, FRABETTI...) y Barcelona (SANTOS, VIGIL...) y otros nuevos con los que sólo epistolariamente había tratado (ROSAL, los del CLA...), Las cosas se presentaban, pues, muy felices, felicísimas, SFfelicérrimas. Allí había ambiente para vivir un sin par aquelarre SF, al margen de la Semana, con tanto y tanto fan suelto y sin bozal; allí se podrían concretar proyectos, llover ideas, miniconvencionarnos a diario. Eso creía yo. Y eso creían otros ingenuos como yo: TEBAR y GARCI, por no citar más nombres. Pero las cosas no salieron así. Y eso a partir del segundo día, después de los primeros saludos, presentaciones, abrazos de rigor y apretones de mano que yo quiero suponer sinceros... nada. De ahí no pasó la cosa. Después del primer día, digo, los de la cantera de Barna -que lógicamente eran los más numerosos- cortaron por lo sano: hicieron su guerra aparte y si te he visto no me acuerdo. Nosotros, pobres mesetarios, no estábamos, al parecer, a su SFaltura. Llegamos con nuestras manos y nuestro corazón abiertos; mas hubimos de dar el cerrojazo a tan sistólico órgano y dedicarnos a nuestra meseta y a nuestras soledades. Este extraño comportamiento nos pareció una pesadilla de la que ahora, mañana o al otro íbamos a despertar. No era posible otra cosa.

Pero sí lo era.

Después de los primeros aludidos saludos cambié 34 palabras (contadas) con los barceloneses. Y no porque no nos viéramos todos los días -que aparte de en el cine, nos chocábamos los cuernos por borracheras y esquinas- sino por el hermetismo del que a todas horas hicieron gala. Yo conocí a SANTOS y a VIGIL en Madrid; y allí nos vimos en varias ocasiones durante estos últimos dos o tres años. Si hubiera contado las palabras cruzadas en estas ocasiones, serían las mismas 34 anteriores pero seguidas de 40 ó 50 cerros más o menos. Aquí no eran ni SANTOS ni VIGIL, desde luego, sino unos robotitos creados a su imagen y semejanza, en los que fallaron a última hora, los programas orales. pero tampoco, coño, porque entre ellos hablaban. En catalán, casi siempre.

Y nosotros, día tras día, venga a mirarnos y a mirarnos a los espejos, en los escaparates, en cualquier sitio. Y siempre veíamos lo mismo: unas caras normales que nos sonreían, sin antenas, ni granos, ni ojos saltones, ni apéndices cartilagosos. Y nuestra imagen, como digo, siempre fue reflejada. Así que nuestra perplejidad continuaba estática.

Tal era este rehbirnos, que a VIGIL -que fue nombrado jurado de la Semana- no conseguimos ni con lazo (lazo magnético, se entiende) llevarlo ni a una sola de las reuniones (más tarde el interfecto, en la cena de clausura, hizo gala de papo, aunque lo disimulara con apósitos, al recoger la medalla que la Dirección de la Semana otorgara a cada componente del jurado. Naturalmente, los miembros que faltaban -LLORENTE y TEBAR-, se guardaron muy bien de aceptar la correspondiente). En fin, una delicia de la más pura SF que da el mentís al inveterado prejuicio de creer a los fans SF unidos a trancas y barrancas, cuando en Sitges quedó demostrado que existen -al menos en España- Braacmanes y Parias.

Por eso no deja de tener gracia que JAIME ROSAL publicara su SEXTA FUNDACION con la apostilla: "¿Qué hace Vd. por la SF?": en Sitges vino la contradicción a lo escrito. Y, hace unos días, por correo, la contra-contradicción: unas cuartillas redactadas por los de AD INFINITUM, que piensan en una HISPACON, para diciembre. Eso está bien. Lo que no lo está tanto es que se crean -y así se autocalifiquen- como el sursum corda de la SF hispánica (que así lo afirman en las referidas cuartillas); ni está bien ese intento de monopolio, de franca masonería. No hay que ser libertarios, pero mucho menos acogerse a una política dictatorial, segregacionista y reaccionaria. No en SF, amigos hispacones, que muchos no se tragarán la bola. Y más si los actos desmienten los teoremas, como pasó en Sitges. ¿O habrá que pensar en el monopolio? En cualquier caso, y si esto es cierto, no

es técnica acertada el doble juego, porque ningún SF auténtico aceptará ningún monopolio, ninguna imposición. Tampoco parece lógico pensar que los cuatro gatos mesetarios que nos reunimos en Sitges (entre los que cuento a CA) hagamos sombras a las futuras y magníficas y proyectadas realizaciones del CLA (¿o es que lo temen de verdad?) y de ahí el aislacionismo manifestado. En cualquier caso nosotros no nos preocupamos por esta clase de política (y en "nosotros" agrupo a medio centenar de personas). Pronto, con la licencia en el bote, intentaremos hacer "algo", aunque sólo sea a escala local o de barrio y -no hace falta decirlo- no podremos poner ningún autocar a disposición de nadie, como los prepotentes del CLA, que nuestro bolsillo es pobre y carecemos de cuartos, nuestros marcianos carecen de platillos volantes y son insolventes, y nuestros robots, proletarios.

En cualquier caso, hemos de alegrarnos cuantos amamos a la SF todo lo que vaya en pro del género, lo consiga un CLA o un CLAN.



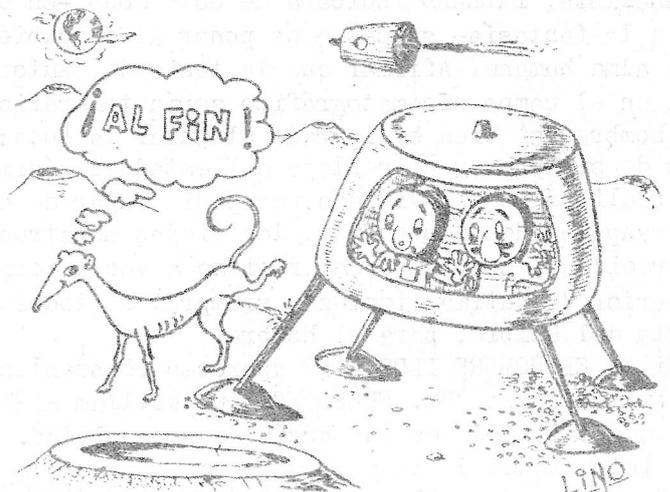
LIBROS LIBROS LIBROS LIBROS L  
LIBROS LIBROS LIBROS LIBROS L

Frederick PCHL: LOS SEÑADORES  
EXPERTOS; Col. Novelas y Cuentos; Madrid 1969; 203 pp.

Recoge PCHL diez relatos de bidos a las plumas de otros tantos científicos, doctores en una u otra disciplina que llegaron, por esta literatura, a la ciencia (Asimov, Rothman, Davis...) o viceversa: por la ciencia a la literatura (Smith Szilard...). No es extraño, pues, que varias de estas figuras usen pseudónimo a la hora de manifestarse como escritores de un género ya popular pero que aún conserva un importante núcleo de detractores en las altas esferas científicas. Así, Joseph SAMASCHON firma como "William Morris"; Willy LEY, como "Robert Wylley"; Lyle y William C. BCYD como "Boyd Ellamby"; Milton A. ROTHMAN como "Lee Gregor" y G. Harry STINE, como "Lee Correy".

En su "Introducción", PCHL, que se define como un espectador de la ciencia, define el combatido término SF y pone de relieve cómo casi todos los escritores del género tienen en común una capacidad "para ver las cosas desde fuera".

"Llámenlo objetividad -escri-  
(a 97)



VII FESTIVAL INTERNACIONAL DE CINE DE CIENCIA FICCIÓN  
VII FESTIVAL INTERNACIONAL DE CINE DE CIENCIA FICCIÓN

TRIESTE 1969 TRIESTE 1969 TRIESTE 1969 TRIESTE 1969  
TRIESTE 1969 TRIESTE 1969 TRIESTE 1969 TRIESTE 1969

Dice Gianfranco BATTISTI:

Inaugurado con 47 películas en programa, procedentes de 14 países, y con unos 80 asistentes, entre científicos, expertos y periodistas acreditados, el todavía joven Festival de SF de Trieste, ha batido este año todos los records en lo que a participación se refiere. También desde el punto de vista artístico el balance de la última edición (la séptima) resulta favorable: cuatro películas dignas se han hecho notar entre la docena de largometrajes proyectados, y un nivel general aún superior ha distinguido -como de costumbre- los cortometrajes. Esto es suficiente para hacernos olvidar las diferencias constatadas en la manifestación, imputables, por otra parte, a defectos de tipo técnico y de organización.

Però vayamos por orden: la sesión inaugural se abrió el sábado 12 de julio en el patio de milicias del Castillo de San Giusto con el siguiente cartel: APOLLO 10, un cortometraje de la N.A.S.A., que ilustra las fases sucesivas del común vuelo circunlunar; el dibujo animado canadiense COSMIC ZOOM, de Eva SZASZ; un breve recital del actor Roberto BRIVIO, que cantó algunas baladas propias, de inspiración fantascientífica; clausura con el largometraje THE ILLUSTRATED MAN, dirigida por Jack SMIGTH. No hace falta señalar nada más para subrayar el eclecticismo que caracteriza la manifestación triestina, eclecticismo sobre el que se puede discutir, como de hecho se ha discutido en años precedentes, pero que resulta inevitable por tratarse de una materia tan variada y multiforme como es la SF.

La pregunta que se plantea cada año en Trieste es, en el fondo, ésta: "¿Qué es la SF?"; o al menos: "¿En qué situación se encuentra hoy en día la SF?". De acuerdo con esto, se imponen dos consideraciones: la primera está ligada al hecho de que los buenos, los viejos monstruos de cartón que nos habíamos acostumbrado a considerar como ingrediente indispensable de este tipo de films, están desapareciendo progresivamente de las pantallas. ¡Ya era hora!, dirán algunos; y es sin duda un hecho positivo el que en el mundo del cine se hayan dado cuenta de que para crear una obra "en los confines de la realidad" (parafraseando el título de una afortunada serie de telefilms MGM-CBS), el animal hombre es más que suficiente.

Hace algunos años el escritor Jimmy BALLARD auspiciaba en un famoso artículo que sus colegas abandonasen cuanto antes las viejas tramas tecnológico-aventureras para dedicarse a la "investigación del espacio interior". Apasionado amateur del psicoanálisis, BALLARD indicaba de este modo -en una era en que la ciencia ha superado a la fantasía- su deseo de poner al descubierto la parte más oculta y secreta del alma humana. Afirmar que la tesis del autor inglés haya encontrado terreno fértil en el campo cinematográfico sería temerario; pero el mundo de hoy es como es; el hombre, si bien ha logrado alcanzar la Luna; todavía ha de resolver sus problemas de siempre, y un reflejo del estado de ánimo que deriva de esta situación, de la realidad en que vivimos, no podía dejar de expresarse en las pantallas.

Desaparecidos los buenos, los viejos monstruos de cartón, en Trieste este año ha aparecido el erotismo. Un erotismo a veces torpe, a veces sublimado por un mensaje superior de íntima limpieza; siempre, de todos modos, una búsqueda del hombre, por parte del hombre, para el hombre.

Si en EL HOMBRE ILUSTRADO aparecen abundantes trozos de epidermis masculina, en el film francés "Mr. FREEDOM", que William KLEIN a utilizado a partir de una comedia musical, todo es una orgía de sensualidad. Ello está en parte justificado por las intenciones de la película, que se lanza a una desmitificadora cruzada contra los aspectos deteriorantes del "american way of life". Pero la sátira es pesada, la película redundante, sobrecargada de imágenes multicolores que se suceden con rápi-

dos cambios de escena, a un ritmo frenético que no deja tiempo al espectador para saborear el "gag" precedente. Señal evidente de que no ha sido resuelto el compromiso entre "music-hall" y cine, prevaleciendo, según los casos, el ritmo de uno u otro.

También BRADBURY había afrontado el tema de una crítica de la sociedad americana tendente, empero, al redescubrimiento de un mundo infantil, irreal. Pero, como ya sucedió con el FAHRENHEIT de TRUFFAUT, bien poco ha quedado de este su mensaje en la transposición cinematográfica. EL HOMBRE ILUSTRADO de SIMGHT evita habilmente toda referencia a la sociedad contemporánea, refugiándose en un mundo de pesadilla donde se mueven tan sólo tres personajes: Rod STEIGER -bastante insulso en el papel principal-, una magnífica Claire BLOOM -en el papel de la maga encantadora- y un pasable Robert DRIVAS. La película, presentada fuera de concurso porque ya estaba distribuyéndose en Italia, no supera el nivel de correcta artesanía hollywoodiense; y aún se tiene la impresión que la original inspiración del autor ha sido desplazada al terreno del horror.

Pulgar hacia abajo para KAIJU SOSHINGEKI ("Destruye todos los monstruos"), de I. HONDA, para THE BODY STEALERS, del inglés Gerry LEVY, interpretada, entre otros, por por Neil CONNERY y para AZ IDO ABLAKAI ("Ventanas del tiempo") primer largometraje de SF realizado en Hungría, especialmente, según parece, para presentarlo en Trieste.

Tres temas de SF: el primero, la enésima reedición de los dinosaurios a la conquista del mundo; el segundo, una nueva versión del "rapto de las sabinas" -esta vez, con hombres-, y el tercero un interesante intento de llevar a la pantalla el tema de la hibernación de una parte de la humanidad, en el subsuelo, y la vuelta a la vida de los protagonistas; tan sólo un intento, de todos modos.

Hay que hablar aparte del film italiano IL TONNEL SOTTO IL MONDO ("El túnel bajo el mundo"), realizado por un jovencísimo equipo milanés capitaneado por Luigi COZZI -ficionado al cine, apasionado por la SF, traductor, editor del primer fanzine "made in Italy", COZZI tiene los papeles en regla para realizar una película digna, en este campo. Sin embargo ha fallado, en un primer intento comprometido, y el fracaso ha sido todavía más desagradable a causa de los silbidos del público triestino. Hay que hacer constar que el nivel medio de los espectadores que frecuenta este festival, es más bien bajo, tanto que dispensaron mejor acogida a los trucos banales de HONDA que a una película comprometida, especialmente cuando el doblaje no funciona como es debido. Con todo, hay que admitir que la película en cuestión era efectivamente incomprendible a primera vista; y esto se debe principalmente a una elección poco acertada del guionista. El haber puesto demasiada carne en el asador, haber pretendido afrontar un tema demasiado comprometido con pocos medios y aún menos experiencia, han perjudicado este "Tunnel", que no es ni una mala película ni está mal rodada, ni presenta defectos evidentes de interpretación. Esperamos a estos milaneses en un próximo intento; talento -lo han demostrado- no les falta.

Y vayamos a los "platos fuertes" de la manifestación: LE DERNIER HOMME, de Charles BITSCH, ganó el Festival. El "asteroide de oro" ha sido el premio para este director en su primera obra, tras haber trabajado largo tiempo con GODARD (también "asteroide de oro" en 1965, por ALPHAVILLE). LE DERNIER HOMME es la historia de un hombre y dos mujeres que, tras una catástrofe no especificada, se convierten en los últimos habitantes de nuestro planeta. Pronto se establece el inevitable triángulo, y es la esposa, Catherine (Sofia TORKELI) quien sufre las consecuencias. El destino será todavía más duro con la pequeña comunidad y al final quedarán tan solo Catherine y el hijo de ella nacido: el último hombre. La dirección es buena; la interpretación, discreta, como la fotografía; en todo caso nada trascendental.

TU IMAGINES ROBINSON, de Jean Daniel POLLET le ha valido el "asteroide de plata", concedido al mejor actor: Tobias ENGEL. Durante 90 largos minutos el actor se mueve, moderno Robinson Crusoe, en una desolada soledad tan solo interrumpida de vez en cuando por los gritos que él profiere para huir del silencio y de los recuerdos que le persiguen. Un día excepcionalmente despejado logra ver en el horizonte una franja de tierra. Tras un año de aislamiento al que no había sabido aclimatarse, sino tan solo sobrevivir, se lanza a nado hacia lo que parece la única posibilidad de escapar a la locura. En la escena final se le aparece María (Maria Linaria), la joven por cuyo amor ha

bía renunciado a la pintura. ¿Es ella real, o es solo la fantasía de él en su última y más cruel burla? En conjunto, la película resulta poco comercial y poco ligada a la temática de la SF; la magnífica interpretación del protagonista, subrayada por una adecuada fotografía hacen de ésta la mejor película del Festival desde el punto de vista cinematográfico.

RUUSUJEN AIKA ("Tiempo de rosas"), en blanco y negro, de Risto JARVA, primer film de SF producido en Finlandia, ha sido la piedra de escándalo en el Festival. Teniendo en cuenta los abusos de la censura, que la reservó para periodistas acreditados, esta película ha tenido la compensación de llevarse tres premios: el especial del Jurado, el asignado por el Grupo de Periodistas Cinematográficos del Friuli-Venecia Giulia y el "asteroide de plata" a la mejor actriz, asignado a Ritva VEPSA. Ha sido unánime la indignación por la decisión de la censura, que ha privado al público de la película más interesante y más de acuerdo con la temática de SF entre todas las que llegaron a Trieste. Es tanto más significativo si se piensa en el mensaje moral que emana del film y en la fundamental limpieza de las escenas, incluso las más escabrosas. Es evidente que TIEMPO DE ROSAS, en comparación con otras películas de libre circulación, es un lirio de inocencia. Más allá de la polémica, tiene el mérito (lo cual no es poca cosa) de ofrecernos una visión convincente de lo que podría ser el mundo dentro de cincuenta años.

Mucho más provocativa fue LA POUPEE ROUGE, de Francis LEROI que obtuvo, sin embargo el "nihil obstat". Película interesante también ésta a la que todos o casi todos dejaron pasar sin comentarios; agradable el uso alternativo de color y blanco y negro, este último para las escenas reales y el primero para representar el fantástico mundo evocado por la protagonista.

Interesante también el film canadiense VERTIGE, una especie de documental filmado por Jean BEAUDIN, gran parte del cual se ocupa de la descripción de una orgía "hippie". Estando claramente fuera del tema de Trieste, la película fue presentada sólo por la mañana, en la sesión reservada a la prensa.

Por lo que se refiere a los cortometrajes, el sello de oro de la ciudad de Trieste ha correspondido al dibujo animado canadiense COSMIC ZOOM --un viaje sin palabras desde los espacios infinitos de universo a los igualmente limitados del micocosmos--. El sello de plata a correspondido a WHY MAN CREATES, ("Porqué el hombre crea"), un pequeño ensayo sobre creatividad, realizado por Saul BASS (USA), con dibujos animados en tonos cinematográficos. También de buena factura los episodios del film TROIS ETRANGES HISTOIRES, de Jean DELIRE (Bélgica), JA GORE ("Yo guerrero") (Polonia), de Janusz MAJEWSKI, LE BOMBARDON, de Boris SZULZINGER, LE VOYAGEUR, de Francois LEIRE, NOCES DE PLUMES, de Patrick LEDOUX, NON LIEU, de Michel STAMESCHKINE (todos belgas) y el film búlgaro CARROUSSEL. Se trata de breves historias fantásticas a lo Hoffmann, a lo Jean Ray, a lo Thomas Owen.

Entre los dibujos animados hay que destacar los divertidísimos BOOMSVILLE de Jean MALETTE (Canadá); el americano STRANGER THAN SF, de Isaac KLEINERMAN; AND OF COURSE YOU, del USIS y OPERA CORDIS, de Dusan VUKOTIC (Yugoslavia). También buenos los dos episodios de TV dedicados al personaje del profesor Balthazar, realizados por un equipo de la Zagreb Film formado por Zlatko GRCIC, Boris KOLAR, Ante ZANINOVIC y Tomislav SIMOVIC.

En plan retrospectivo este año ha sido realizada una antología personal de ese buen artesano que es Roger CORMAN, con los siguientes films: NOT OF THIS EARTH, BUCKET OF BLOOD, THE FALL OF THE HOUSE OF USHER, THE PIT AND THE PENDULUM, THE MASQUE OF THE RED DEATH, THE MAN WITH X RAY EYES, THE TOMB OF LIGEIA. Dejando a parte el primero y el penúltimo (que ganó el 2º premio en la primera edición del Festival) se trata de películas de horror, basadas en los homónimos relatos de POE, y como tales no habrían tenido derecho a figurar en el Festival. Dentro de este apartado, ha sido proyectado en pre-estreno para Italia IT HAPPENED HERE, el corto que Kevin BRONWLOW ha rodado imaginando lo que hubiera ocurrido si en 1940 los nazis hubieran desembarcado en Gran Bretaña. Riguroso y crudo como un documental, IT HAPPENED HERE nos trae, intacto, el sabor de la época, con el empuje militar de las SS británicas, las proezas de Mosley (jefe de los fascistas británicos en los años 30) y los trillados argumentos de la propaganda de Goebbels. Un film que vale la pena ver, a pesar de las dificultades del idioma original y que está pagando con el ostracismo de todas las salas cinematográficas del mundo el valor y la honradez moral demostrados por sus realizadores.

Antes de terminar, unas palabras sobre las manifestaciones colaterales. Tras la orgía de exposiciones de arte inauguradas en años anteriores, sólo

(Viene de 93)

be-. Llámelo extrapolación. Es un talento para mirar las cosas con ojos nuevos y exponer los resultados con la forma de un entretenido relato".

Que los diez aquí agrupados poseen el don de entretener, es obvio. Que, pese al cuidado puesto en la selección, la calidad no es uniforme, también. Por supuesto que no sería posible aplicar aquí la devastadora "ley de Sturgeon" ("El noventa por ciento de todo es basura"), a la que PCLH tan alegremente alude; mas sí cabría pensar que, en uno o dos casos, el antólogo debió haber sido más riguroso. Personalmente, y si nos dieran a elegir, nos quedaríamos con EL PLANETA PESADO, de Lee GREGOR, y LA INVASION, de Robert WILLEY, ambos dentro de lo que -si se nos permite- llamaríamos SF-acción. El primero (que narra la caída de una astronave de nuestro sistemas, con armas atómicas, a otro planeta donde éstas aún no se conocen), nos recuerda, por la figura de de Ennis, su protagonista, a la figura de Doc Savaje de nuestras lecturas adolescentes. El segundo (que describe la llegada a la Tierra de tres naves del espacio exterior, con la misión de robar la energía eléctrica de la central más importante del planeta) une al buen pulso con que está llevado, la cualidad dos puntos interesantes en torno a los OVNIs: la frecuente aparición de estas supuestas naves extraterrestres en grupos de tres o de múltiples de tres y su aproximación a los centros de energía eléctrica, de los que tantos testimonios hallamos en la obra de FULLER, INCIDENTE EN EXETER.

Con los relatos de GREGOR y WILLEY, habría que destacar LENNY, de ASIMOV, siempre con un sitio cierto en las antologías del género. También LA FIESTA DE LOS DIABLILLOS, de MERRISON y REACCION EN CADENA, de ELLAMBY. LA FUNDACION MARK GABLE, de Leo SZILARD, juega con la posibilidad de "dormir" a un

dos y de calidad: la organizada por el sindicato regional de artistas, y la personal del veneciano Ludovico DE LUIGI (1), que en veintiseis lienzos ha traducido en imágenes visuales las más inquietantes elucubraciones ballardianas. Las visiones de pesadilla de la VENECIA 3000 están entre lo más bello y original que hasta ahora hemos visto en el festival, y constituyeron la más agradable sorpresa de esta edición.

Recordemos también la mesa redonda sobre el futuro de la Luna, en la que participaron la profesora HACK, directora del observatorio astronómico local, el cardiólogo húngaro prof. MATHOS; el prof. SUVIN, experto en SF; el editor CARNELL; el escritor BLISH el prof. CACCATO, experto en cibernética...

No faltó un concurso gastronómico entre los restaurantes locales, tendente a la cración de algunos platos "fantacientíficos": según los miembros del jurado, los resultados fueron superlativos.

Entre las personalidades que han intervenido, citemos los miembros del jurado: Mario SOLDATI, James BLISH, Jean-Louis COMOLLI, Roger CORMAN, Zelimir MATKO; por el fandom nacional, los periodistas ZANOTTO, SANDRELLI, PAGAN Y NARDELLI; Ugo MALAGUTI, COZZI y sus colaboradores, Gianluigi MISSIAJA, presidente del CCSF, Alfio BERTONI, Mario BOSNYAK y el que firma este artículo. Entre los extranjeros, entre otros, a Jean-Paul CRONIMUS (Francia), Thea AULER y Walter ERNSTING (Alemania) y estaba asegurada la presencia de algunos fanzinistas parisinos, los cuales se hayan aún en el incógnito.

(1) En el próx. CA incluiremos un comentario sobre DE LUIGI.

hombre de hoy y despertarlo a voluntad en otro siglo. La ironía está presente aquí como en otros muchos momentos de este libro que completa George GAMOW (EL CORAZON AL LADO CONTRARIO), Chandler DAVIS (PERDIDO EN EL SISTEMA), Lee CORREY (PLATAFORMA DE PRUEBA, real, vivido), y George O. SMITH (UN AFICIONADO EN APURROS).

La traducción ha corrido a cargo de Angeles Alledo y Antonio Alferez, el último de los cuales vertió también a nuestra lengua la obra de CONKLIN más arriba citada.

C. M.

Paul MISRAKI: LOS EXTRATERRESTRES  
Eds. 29; Barna, 69.

Un grupo de científicos de la Universidad de Colorado, bajo la dirección del doctor Edward Condon, ha realizado recientemente -el año pasado- un estudio sobre los OVNIS. La investigación fue patrocinada por las Fuerzas Aéreas USA, que gastaron más de medio millón de dólares en su realización. El resultado del estudio es negativo para la existencia de los llamados platillos volantes, puesto que la mayor parte de las apariciones de estos objetos pueden ser explicadas.

No obstante, el misterio de los objetos voladores no identificados sigue apasionando a muchos. La reciente llegada del hombre a la Luna parece confirmar la idea de que seres de otros planetas o de otros sistemas solares han podido estar más avanzados que los terrestres y realizan viajes espaciales con toda normalidad.

¿Desde cuándo? Según el escritor francés, desde que el hombre pisó la Tierra por primera vez: incluso aventura la hipótesis de que nuestra raza debe su existencia a seres que llegaron de otros mundos.

En 1962 publicó MISRAKI un libro que alcanzó difusión LES EXTRATERRESTRES. El año pasado lanzó una nueva edición aumentada en datos y deducciones, bajo el título DES SIGNES DANS LES CIELS, traducida al castellano por Monserrat Busquets y con el título de la primera obra: LOS EXTRATERRESTRES.

Confesamos estar más de acuerdo con el informe CONDON que con el libro de MISRAKI. En LOS EXTRATERRESTRES, naturalmente, todos son hipótesis, deducciones muy personales y apreciaciones muy discutibles desde la lógica.

La técnica del autor es sencilla: comienza por poner en duda un hecho o un relato, o incluso una visión, para enseguida intentar demostrar que no es posible negarlo categóricamente. Es decir, él procura no hacer afirmaciones, sino llevar al lector a un estado de duda, en el que resulta fácil influir para darle cualquier respuesta.

Bien es verdad que así lo advierte desde el principio: "Que el lector no espere hallar, desde nuestras primeras exposiciones, materia de convicción; conviene precisarlo". Esta última afirmación no era necesaria. Ciertamente, el lector se convence sólo si está predispuesto en lo que a fuerza de oírlo a través de la TV llamamos "alienígenas".

La Biblia sirve para todos. Para judíos, católicos, reformistas... Y para "platillistas". En ella buscan apoyo los defensores de la existencia de platillos volantes sobre la Tierra desde la antigüedad. Así lo hace MISRAKI, como en nuestra patria lo ha hecho Eugenio DAYANS en su libro PLATILLOS VOLANTES EN LA ANTIGÜEDAD, de 1967. Para Misraki, era un OVNI la "columna de nubes" que guió a los israelitas en su marcha por el desierto a la salida de Egipto, y de ella caía el maná. El profeta Ezequiel fue rebatado por una nave espacial, y los querubines que describe se asemejan a los hombrecillos que han sido descritos como pilotos de los platillos volantes.

Los querubines son seres extraterrestres -idea que se debe a Daniel ROPS-, y el mismo santo Tomás de Aquino los reconoce la facultad de asumir un cuerpo humano cuando lo desean. Enoch fue raptado por una aeronave. Cuando en el monte Tabor Cristo se transfiguraba y habla con Moisés y Elías, es que los profetas han descendido de una nube espacial; y Cristo es, claro está, un habitante de otro planeta. Saulo de Tarso tiene una visión en el camino de Damasco: de aeronave, descendido de luego. Mahoma también, como Joseph Smith, el fundador de la iglesia mormona: los extraterrestres estuvieron allí. ¿La ascensión de María?: en una aeronave, como la ascensión de Cristo.

María es importante en este libro. Gracias a ella no se ha producido el fin del mundo, que, según la exégesis de MISRAKI, iba a tener lugar sin falta en vida de los apóstoles, en el año 50. Pero intervino María y ya no habrá fin del mundo. Sin embargo ella se aparece de cuando en cuando -desde aeronaves, como en Fátima, hecho que el autor glosa detenidamente- para advertir a los hombres que tengan cuidado.

Tales hipótesis son gratuitas, de modo que resultaría vano intentar refutarlas. Nada se afirma, nada se niega. El que quiera creer en MISRAKI, que crea. Por nuestra parte, confesamos no admitirlas, aunque reconocemos que sus teorías son ingeniosas y que la lectura de LOS EXTRATERRESTRES es amena y nunca cansa. Lástima que la traducción tenga algunas deficiencias, como referirse al DIA J, por seguir al pie de la letra el francés "jour J" (p. 236) (Lo mismo que emplear el futuro por el subjuntivo castellano en ocasiones: "Pues cuando el señor descenderá del cielo..." (p. 24) o la confusión entre "sol", suelo y "soleil", sol (p. 65).

A. d. V.

Nº 10, 1969, Ap. 4018,  
Barcelona, 168 pp., 100  
pts.-

ND y CA, aparte de por la SF se parecen en otra cosa: la aperiocidad. Este número 10

corresponde a los meses de julio/agosto y en él podemos observar la continuada antigüedad de los originales publicados, que para encontrar uno de menos de dos años a esta parte, hay que hacer misas de rogativas, amen de alguna instancia suplicada.

Vayamos a los cuentos: EL COMPOSITOR (THE TUNESMITH), de Lloyd BIGLE jr., ataca en directo un tema que, en su día, hubo de ser original: el de la estupidez homosapiensítica, la aparición del hombre-masa, del hombre-asmo, del hombre-drogado por extrañas propagandas comerciales, potentes, despiadadas, idiotizantes, estultas en sí mismas, pero resplandecidas por el poderoso caballero del que hablaba don Francisco, y fuertes, pues, por su naturaleza, irrespetuosa con intimidades e individualidad. El cuento es bueno y está bien escrito. Tuvo su momento. Ya no. Ya estamos en el caos y nada puede hacerse. Sólo, eso sí, manifestar nuestra repulsa escribiendo un cuento de SF que pocos leerán y menos apreciarán.

LA SANGRE ES INQUIETA (BLOOD'S A ROVER), de Chad OLIVER; puedo decir que no ha perdido actualidad, en atención a su temática, por dos razones:

- Es una fantasía heroica.
- Sus dudosas motivaciones, de facto, no pierden, ni perderán, vigencia. La fantahipótesis anterior no carece de verosimilitud a mis ojos (e imagino que a los de todos que lo hayan leído) No es alta, en general, su calidad literaria, contrarrestada por la trama general del argumento.

En suma, dos buenos relatos. En el primero se adivina a Bach (el Himalaya de la música, como lo llamó no hace mucho mi amigo Andrés Segovia) y se vislumbra el perfil de un mundo idiotizado y sin música (tiene cierta gracia su medio conseguido ambiente estilo Chicago año 30); en el segundo se abre un ancho campo a lo que alguien pudiera escribir, y denominar como "metafísica espacial".

(Pasa a p. 85.)

En fecha breve se pondrá a la venta, en Madrid, una nueva colección de SF, FANTASIA PARA TODOS, de un tamaño aproximado de  $\varnothing$  90 x 60  $\varnothing$  y en ella hay, de momento, la siguiente selección de autores y obras:

- 1.- Carlos BUIZA: CUENTOS (prólogo de Camilo José Cela)
- 2.- Ray BRADBURY: CARNAVAL NEGRO (prólogo de Bue-ro Vallejo)
- 3.- José-Luis GARCÍ (prólogo de Carlos ROJAS): BI BIDIBADIDIBÚ.

Y seguirán: Robert BLOCH, Jorge CAMPOS, J. RAMSEY CAMPBELL, Juan PERUCHO, Carlos FRABETTI, Roger ZELAZNY, Algernon BLACKBOOD, Samuel R. DELANY, Brian W. ALDISS, J.G. BALLARD y Philip José FARMER.

Los ejemplares se venderán al precio de 50 pts. en librerías, y por suscripción, bajo las siguientes condiciones:

ESPAÑA.- El ejemplar nº 1 a suscripción del precio de 3, es decir, 150 pts. Los números 2 y 3 serán enviados al suscriptor, sin gastos y por correo, en el momento de su aparición. Todos los ejemplares que reciban los suscriptores, irán numerados y autografiados por sus autores.

EXTRANJERO.- Solicitar condiciones a FANTASIA PARA TODOS, Atocha 12, Madrid 12, España.

SUSCRIPTORES A CUENTA ATRAS.- Tendrán, en todo momento, sus ventajillas. Por ahora, éstas consistirán en que recibirán el primer número completamente gratis. Una vez recibido éste y si lo que promete ser la futura colección no os defrauda, os mandaremos los siguientes números; si avisáis en contrario, borraremos vuestro nombre de la lista de los elegidos.

Hay que aclarar que si incluimos este anuncio, es por tres razones:

1ª.- Se trata de la primera colección en cuyo planteamiento, desde un principio, se ha tenido en cuenta a la SF y al lector de la misma. Sólo eso. No puede tener pretensiones lucrativas porque comienza sin blanca. Lo único que puede ofrecer (y no es poco) son originales dignos, que constituirán una digna colección, y sólo pide lo indispensable para sobrevivir: suscriptores.

2ª.- Será ecuménica en cuanto a sus autores y un comité de selección garantiza desde ahora la calidad de los originales.

3ª.- No sólo publicará cuentos o novelas cortas, sino que -en ejemplares sencillos o dobles- incluirá obras de ensayo y comentarios sobre la SF y géneros afines. Si sus editores no se entranpan con impresores, distribuidores y demás aves de corral, en breve sería lanzada otra nueva colección, hermana de aquélla, que se llamará TERROR PARA TODOS y cuya temática es obvio especificar.

¿Hay que insistir sobre el habitat en el que se desarrollará FpT? Su nombre lo dice bien claro: para todos. En todo. Dependerá de nosotros y sin nuestra ayuda unida, se hundirá. Pero FpT, antes de nacer, ya ha confiado en los demás, en todos nosotros. Habría pasado, de otra forma, como un utópico proyecto más. Y es por esta confianza por lo que muy pronto se asomará, timidamente, al exterior.

FANTASIA PARA TODOS // Atocha 12, Madrid 12, España // FANTASIA PARA TODOS // Atocha 12, Madrid 12, España // FANTASIA PARA TODOS

---

E L  
C I E L O  
P A R A  
E L  
M O N S T R U O

---

C a r l o s

B U I Z A

Aquella era la casa. Antes de ver la conocía perfectamente el lugar donde sus desvencijados muros se elevaban algunos metros resistiendo al tiempo y a la intemperie. Los edificios que hacía muchos años la rodeaban, casi habían desaparecido, y sus restos apenas lograban acerse ver entre árboles y plantas selváticas.

El médico le había dicho:

-Ese lugar que me describe no existe en ninguna parte, convéznase. Todo es producido por sus sueños y su imaginación. Una simple neurosis de la que pronto nos desharemos si sigue el tratamiento que le indique. No piense más en ello.

Efectivamente, la neurosis desapareció; los sueños repetidos cada noche, en los que aparecía la casa, también desaparecieron. Incluso dejó de percibir la sensación de que, desde alguna parte, le llamaban, convirtiendo sus momentos de descanso en angustioso insomnio.

Ahora, después de haber conseguido la tranquilidad, el equilibrio tantas veces buscado, había llegado a la casa.

Todo se debió a la casualidad, o así lo creía él. Nunca, antes de ahora, había visitado la Tierra. El planeta que hacía pocos siglos era el centro de la civilización, se había convertido en una colonia más; agotados sus recursos naturales sólo conservaba de aquel antiguo esplendor un par de espaciopuertos y cinco o seis pequeñas ciudades diseminadas en las proximidades de aquéllos. Su posición extratáctica en un borde de la galaxia fue la única razón por la que aún se encontraba habitada; y el viaje que él, Tehar, hubo de hacer hasta Alfa Centauri, le decidió a visitarla.

Cuando aterrizó supo que la casa estaba allí. No fue un sueño ni un sentimiento, sino certeza absoluta. Así pues, retasó su vuelta. Tenía que encontrar la casa.

- "Ese lugar no existe en ninguna parte". Las palabras del médico le hicieron sonreír cuando se encontraba a menos de cien metros. "Una simple neurosis". La puerta inexistente de la casa que no existía se hallaba mejor conservada de lo que pudiera esperarse. Detrás de ella había un pasillo. Al entrar pensó en una violación de algo sagrado. En el silencio que le rodeaba escuchó su propia agitada respiración, cuyo sonido fue absorbido por las ruinosas paredes. La luz del atardecer se filtraba por las grietas y descubría partículas del polvo que flotaba en el ambiente. La soledad de siglos había sido rota y Teahr no supo a donde dirigir sus pasos. ¿Qué era aquella casa? ¿Por qué estaba allí? ¿Por qué había soñado una y otra con ella? ¿Qué quería de él? Comprendía perfectamente una señal de radio, una comunicación más rápida que la luz, una llamada que por cualquier medio científico prolongara hasta el infinito la voz de una persona. Mas allí no había instrumentos; la casa estaba vacía. Se encontraba en un mundo mágico lleno de sueños y milagros en el que las cosas eran y no era al mismo tiempo.

Estaba inquieto aun cuando no sintiera miedo.

Por fin se decidió y comenzó a andar por el pasillo, investigando en las habitaciones laterales, llenas también de polvo y suciedad. Vio



restos de muebles, instrumentos de de hierro y vidrio, fragmentos de u tensilios ahora inútiles.

La última dependencia estaba aún protegida por una puerta de metal. Se acercó a ella y limpió de polvo una chapa metálica claveteada eh el centro. Sobre ella pudo distinguir algunas letras medio borradas por el tiempo:

Mr. R CFF

La puerta se resistió pero no demasiado y después de varios intentos cayó hacia atrás levantando nubes de polvo. Thear encendió una linterna, porque la habitación carecía de ventanas. En uno de sus lados había vitrinas y baúles, los mismos que él viera en sueños. Era ese el lugar donde deseaba ir y ya había llegado. Por eso no se dio cuenta que estaba sudando y que sentía miedo. Comenzó a abrir cajones y pequeñas puertas, sacando cajas y recipientes. Todos iban numerados, y antes de que el contacto de sus manos los convirtiera en polvo, pudo leer palabras sueltas, rotuladas en el exterior: CICATRICES, COSTURONES, PELO, VENDAS... Al final de la hilera vio una caja más grande que las demás. La madera oscura estaba bien conservada. Antes de abrirla se detuvo un momento, sin saber qué hacer. Pero si estaba allí para descubrir su contenido, lo haría. Una funda de material plástico cubría el contenido de la caja. Los hilos se deshicieron entre sus dedos, pero la funda resistió. En ella, sobre una chapa rectangular, leyó:

Mr. KARLOFF

Era el mismo nombre que fragmentariamente viera sobre la puerta. Tiró de ella y, al tiempo de descubrir la cabeza de una extraña criatura, en el techo percibió un extraño sonido que no pudo localizar. La talla era el busto de un hombre sometido a alguna terrible operación quirúrgica; se veían cicatrices y costuras, su frente era demasiado amplia, los labios en extremo finos, los círculos superciliares más amplios de lo normal. En la parte baja de la talla había un letrero:

... del Dr. FRANKSTEIN. Quémame y descansaré.

Karloff y Frankstein, dos palabras que a Thear le resultaron familiares.

Y en ese momento comprendió por qué estaba allí y cuál era su cometido. Fue una visión de la cual no pudo calcular tiempo e intensidad, ni de dónde provenía. Pero estaba seguro. En ella vio un castillo y una tormenta bajo el cielo. Vio un científico con unas inquietudes demasiado avanzadas para su época, un bisturí, un encéfalo descubierto y personas que chillaban. Vio una momia llena de vendas que se hundía en arenas movedizas; y un sólo sentimiento presidía estas visiones: terror.

Hizo una hoguera con todo aquello. El humo que despidió aparecía anormalmente denso y aunque la habitación carecía de grietas, el humo tomó forma y se dirigió hacia el techo y desapareció. Echó la cabeza a la cabeza a la hoguera y antes de que fuera consumida por las llamas, y antes de que desapareciera en el techo, pudo oír el eco de un lejanísimo alarido y, seguido, el mismo coro de antes, que ahora parecía entonar un himno de agradecimiento.

La cabeza y todo lo que Thear quemó, se elevaron. Iban a un lugar muy determinado, más allá del mundo y del tiempo: se dirigían al gabinete que su poseedor les había asignado, un gabinete más limpio que el que tuvieron en la Tierra, con luces en las paredes y en el techo. Iban junto al viejo Boris, que los esperaba desde hacía siglos. Al llegar, el humo se materializó nuevamente. Los ángeles temblaron.

El terror había entrado en el Cielo.

